ALBUM

POÉTICO ESPAÑOL.

ALBUM

POÉTICO ESPAÑOL

CON COMPOSICIONES INÉDITAS

DE LOS SEÑORES MARQUÉS DE MOLINS, HARTZENBUSCH, CAMPOAMOR, CALCAÑO, BUSTILLO, ARNAO, PALACIO, GRILO, AGUILERA, NUÑEZ DE ARCE, ECHEVARRÍA, LARMIG, ALARCON, TRUEBA, HURTADO Y DUQUE DE RIVAS.

PUBLÍCALO LA EMPRESA

DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA Y DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

PARA OBSEQUIAR A SUS SUSCRITORES EN EL PRESENTE AÑO.

MADRID,
A. DE CARLOS É HIJO, EDITORES,
Carretas, 12, principal.

1874.

MADRID, 1873.—IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, número 3.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES.

Constantes en nuestro propósito de no perdonar esfuerzo alguno á fin de corresponder á la constancia de los suscritores á La Ilustracion Española y Americana y á La Moda Elegante Ilustrada, y al creciente favor de que gozan estas publicaciones, hemos creido, al dar á luz el presente Álbum poético, que de ningun modo podriamos significar mejor al público los deseos de que nos hallamos animados sino dando cada vez mayor importancia literaria y tipográfica á la obra que ofrecemos anualmente, como regalo, á sus favorecedores. Ya por esta razon, ya tambien con el propósito de satisfacer los deseos de muchas personas amantes de la buena poesía, no hemos vacilado en dirigir una invitacion á los ingenios más renombrados en la república de las letras, con el objeto de realizar dignamente el pensamiento, á nuestro juicio altamente nacional, de este libro, y que no es otro sino el de ofrecer una muestra brillante, y tan completa como nos ha sido posible, del estado actual de la poesía en nuestra patria.

A pesar de las circunstancias que atraviesa en estos momentos nuestro país, que no son ciertamente las más favorables á este género de publicaciones, y á pesar tambien de las dificultades que presenta ya de por sí una obra de estas condiciones, cábenos la satisfaccion de haber podido llevar á cabo la idea con el concurso de tan ilustres poetas como los que enaltecen las páginas de este Álbum. Si en ellas no figuran todos los que hoy contribuyen en primera línea al lustre del español Parnaso, no se achaque la omision á falta de diligencia por nuestra parte, sino á que, por circunstancias várias, algunos de nuestros ingenios más distinguidos no han podido responder á nuestra invitacion.

No entra en nuestro propósito hacer aquí el encomio del libro que ofrecemos al público. La mejor garantía de su mérito y de su importancia literaria son los nombres de los poetas que han contribuido á la realizacion del pensamiento, y entre los que descuellan los de *Roca de Togores*, *Hartzenbusch*, *Campoamor*, *Calcaño*, *Bustillo*, *Arnao*, *Palacio*, *Grilo*, *Aguilera*, *Nuñez de Arce*, *Echevarría*, *Larmig*, *Alarcon*, *Trueba*, *Hurtado* y *Duque de Rivas*, que gozan de una merecida reputacion. En este punto nos limitaremos á consignar que hemos puesto todos los medios para que el ÁLBUM POÉTICO sea en su género una obra de mérito superior. Al buen juicio del público sometemos el resultado de nuestros esfuerzos.

Réstanos sólo hacer una advertencia acerca del órden en que aparecen impresas las composiciones. En este punto no hemos seguido ningun sistema preconcebido: atendiendo únicamente á la premura del tiempo y á nuestra falta de competencia para establecer clasificacion de ningun género en la colocacion de los autores, las poesías se han impreso por el órden en que han ido llegando á nuestro poder, y con arreglo á la necesidad de adelantar los trabajos de impresion, sin esperar que aquéllas estuviesen reunidas por completo. Consignamos esta circunstancia para explicar la falta absoluta de método que notarán los lectores, no sólo en lo relativo á los autores, sino tambien en lo que se refiere á la clasificacion de los géneros en que pueden agruparse las composiciones contenidas en el ÁLBUM; circunstancia que tampoco se ha tenido presente al dar los materiales á la estampa.

Madrid, Diciembre de 1873.

A. DE CÁRLOS É HIJO.

AL LECTOR.

El temperamento poético no es condicion dominante de este siglo, por excelencia ilustrado: vivimos en tiempos de refinada cultura, en que la luz penetra en las inteligencias con virtud difusora nunca vista; en tiempos de mucha ciencia, de mucha filosofía, maestros en la clasificacion y el análisis, sutiles en la comparacion y la crítica; tiempos en que abunda el talento, la elocuencia y hasta los buenos versos...; pero en que escasea la gran poesía, y en que la facultad de juzgar se desarrolla en razon inversa de las fuerzas creadoras.

En medio de esta exuberancia de vida intelectual, los poetas, los grandes poetas, son muy raros: guardémonos, sin embargo, de inferir de aquí que la poesía es incompatible con semejante estado de cultura. La poesía vive en todos tiempos: cuando no palpita en el mismo corazon de una sociedad, se refugia en sus tejidos más sensibles; cuando no marcha como elemento civilizador por los anchos caminos de la vida, salpica de flores sus complicados senderos. Su voz languidece entónces, pero no se apaga; su aliento desfallece, pero no se extingue; que no muere nunca lo que es de esencia del alma.

La poesía vive, pues, en todas las alturas adonde llega el progreso humano, y es de todos los tiempos: lo que ocurre es que á medida que la civilizacion avanza, el genio poético pierde aquella viveza, aquella energía, aquella intensidad de percepcion, propios de las edades poco civilizadas. La facultad de generalizar, tan necesaria al perfeccionamiento de las ciencias, es ménos favorable á las creaciones de la imaginacion; á medida que los hombres avanzan en reflexion y en sabiduría, atienden más á las masas que al individuo, y producen más teorías científicas que grandes poemas; la poesía es entónces más fecunda en análisis de la naturaleza humana que en imágenes vivas y enérgicas, y más que hombres pinta cualidades personificadas. De suerte que si en la significacion más genuina de su naturaleza y en su índole íntimamente humana, la poesía es el arte de emplear las palabras de tal manera que produzcan viva ilusion en la fantasía, ó sea la facultad de hacer por medio de aquéllas lo que el pintor hace por medio de la paleta, el lenguaje filosófico de los tiempos modernos, correspondiente á un cambio análogo en el movimiento del espíritu, no es ciertamente el instrumento propio de las edades poéticas.

En este concepto, pues, los grandes poetas son más raros á medida que

le es más difícil al genio desprenderse de los hábitos de análisis y del aparato científico propios de una refinada cultura, para remontarse á los espacios libres de la inspiracion y revestir los dos grandes atributos de la poesía por excelencia sublime: la intensidad de la impresion, y la sencillez de la expresion.

Pero si en tal estado de civilizacion los grandes poetas no pueden ménos de ser excepciones raras, y las grandes creaciones esfuerzos extraordinarios del genio, tambien nos parece verdad innegable que el sentido poético, áun plagiado del espíritu razonador, áun despojado de aquella facultad ingénua y grandiosa, continúa en las condiciones á que le sujeta el espíritu de los tiempos, la tradicion de lo bello, y cumple, por extraño que parezca á los intereses que le rodean, una mision importante en el seno de la sociedad. En nuestra España, por ejemplo, despues de haber reflejado el sentimiento de un pueblo, cantando con él la epopeya de siete siglos y el torneo caballeresco más gallardo que registra la historia moderna, el númen de la poesía, bello todavía en su decadencia, agítase falto de norte y derrotero al rededor de los múltiples problemas y de la confusa elaboracion de una época en que parecen haberse citado, para llegar á una lucha decisiva, todos los intereses humanos que á traves de los siglos han venido riñendo la interminable batalla del progreso. Y es que la poesía, compañera inseparable de la humanidad por los senderos escabrosos que la llevan en busca de sus destinos, con ella cae en los abismos frecuentes del camino, ó se remonta á las cumbres que señalan su paso victorioso: intérprete majestuosa unas veces del sentimiento, del entusiasmo, de la fe, de la fuerza dominante cualquiera que sea, á que obedezcan los hombres lanzados por los misteriosos derroteros de este mundo; perdida otras veces, desalentada, sin aire que respirar en las honduras tenebrosas de la barbarie ó en las extremas alturas del progreso, la poesía, en los períodos de su mayor decadencia, contagiada en la atmósfera morbosa que la rodea, entregada á las corrientes por donde va el espíritu de su época, plegándose á las condiciones del medio social en que vive, hablando el último lenguaje que inventa la humanidad, y asimilándose las formas que á ésta le son más simpáticas y familiares, podrá perder muchas veces su savia vigorosa y primitiva, pero no abdicará nunca la virtud de llamar á la vida los nobles instintos del hombre, y de acompañarle en sus dias de entusiasmo como en sus dias de postracion.

Así la vemos hoy, despojada, es verdad, de su grandeza nativa, inspirando por raro prodigio aquellas altas creaciones en que el genio encuentra el secreto de hablar á todos los siglos y de vivir en la conciencia universal, acomodarse al espíritu de la cultura moderna, y participar del inquieto movimiento de esta sociedad, que se retuerce en las angustias de la impaciencia y de la duda. Sus alas no saben dónde posarse en medio de esta incubacion penosa, en que todo se agita y nada se resuelve; su genio participa de la confusion y la incertidumbre que le rodean, y esparce como puede sus flores perfumadas y peregrinas por donde quiera que le llevan las oleadas de tan revuelto mar. No sabe dónde encontrar los espacios libres y serenos, pero vuela; no sabe donde buscar el corazon de ese gigante moderno que agita sus cien brazos sin

acabar de hacer presa definitiva en sus conquistas, pero tantea los complicados tejidos de su organismo de hierro, produciendo aquí y allí palpitaciones de vida; y unas veces entregándose con el siglo á la abstracion filosófica, otras bordeando los problemas sociales; ya invocando los casi olvidados númenes del pasado, ya fluctuando en la incertidumbre de los nuevos destinos; ora pensador y sentencioso, ora versátil y descreido, suspirando entre las ruinas de los siglos, ó cantando las glorias del porvenir; racionalista con la vanguardia de los reformadores, ó agitando en la confusion la moribunda antorcha de la fe; glorificador sensual de una cultura refinada, ó explorador melancólico de los íntimos dolores que se esconden en sus repliegues, le vemos respirar en todas las temperaturas, acomodarse á todas las condiciones de vida con la facilidad del cosmopolita desacostumbrado al calor del hogar, y rozar con sus alas todos los espejos en que se refleja la vida moderna.

Los poetas de hoy, por consiguiente, no forman iglesia, no se inspiran y se nutren en el sentimiento de una inspiracion comun; pero cantan. Cuando los ruiseñores no encuentran una copa grande y frondosa donde congregarse para confundir sus voces en un concierto, cada cual se posa en el arbusto, ó en la zarza, ó en el seco matorral que encuentra bajo sus alas, para alzar desde allí su nota solitaria. Así cantan los poetas de nuestros dias; así cantan en España, en estos turbados tiempos, los hijos de aquellos vates cuyo robusto aliento confundió por última vez un entusiasmo comun, inspirado en el santo amor de la patria. Ejemplo de ello es el libro en cuyas primeras páginas escribimos estos desaliñados renglones; libro en que se ven desgranadas y sin engaste no pocas perlas preciosas, y en que la poesía, bajo la inspiracion de nuestros más renombrados ingenios, recorre, como la mano impaciente que impulsada por el deseo de la armonía se agita sobre un teclado, las notas múltiples, desligadas y caprichosas de la lira contemporánea. Recorramos por un momento esas páginas, en que no han de faltarnos bellezas que admirar, y dejemos que los pesimistas se inspiren á su sabor en la idea poco consoladora de que la poesía, cuando habla á raros intervalos el solemne lenguaje de la naturaleza, está próxima á terminar su mision entre los hombres. ¿Por qué la sábia crítica de nuestro siglo ha de guardar el luto de lo sublime, hasta el punto de no consolarse con los placeres de lo bello? Lo sublime es el lujo del arte, como el heroismo es el lujo de la moral; y nadie cree que ésta se acerque al término de su reinado porque sean cada dia más raros los Curcios y las Lucrecias.

No caigamos en este fatalismo desconsolador: no augnremos síntomas de muerte donde quizá tan sólo existen soluciones de continuidad, y en vez de deducir de la marcha del espíritu humano la muerte de las literaturas, busquemos en lo que áun vive y palpita emociones más dulces y presagios ménos desagradables. Veamos, por ejemplo, en nuestro país, en qué empresas prodiga hoy sus galas el númen de los Herrera y los Rioja, de los Gallego y los Quintana, y cómo derrama las flores áun no marchitas de su oriental corona.

El presente libro nos ofrece la ocasion, bien poco frecuente, de ver reunidos algunos de nuestros mejores poetas. En las páginas que vamos á hojear han

dejado su ofrenda ingenios tan distinguidos como Hartzenbusch, Campoamor, Roca de Togores, Manuel del Palacio, Hurtado, Grilo y otros ingenios; nombres todos ellos harto conocidos en el Parnaso contemporáneo, en cuyas cimas áun reverdecen á trechos los antiguos laureles de la musa castellana. No vamos á asistir á un certámen congregado á son de clarines, con temas brillantes de propósito elegidos para abrir un palenque comun á la bizarría de los ingenios: las poesías contenidas en esta coleccion son impresiones de poetas que cogen la inspiracion al vuelo donde quiera que la encuentran, en medio de las agitaciones de la vida moderna, y de las muchas y deplorables causas de disgusto y de inquietud, á que no pueden sustraerse en España, en los dias de desconcierto en que vivimos, ni los espíritus más incorregiblemente soñadores. No se trata, pues, repetimos, de un certámen poético: lo que vamos á examinar, o mejor dicho, á recorrer á la ligera, para no robar á los lectores la viveza de la impresion con demasiadas consideraciones críticas, son las hojas de un álbum formado sin más designio que el de recoger los ecos solitarios que la lira española deja oir todavía en medio de la tormenta de nuestras luchas civiles. Veamos lo que dice ese libro de poesías.

Entre las composiciones escritas para la presente coleccion, algunas son poemitas desarrollados en ciertas proporciones, y á los cuales por esta sola circunstancia dedicarémos primero nuestra atencion (1). En el primero que se nos viene á la mano ya encontramos el temperamento poético de nuestros dias, pasando de la imágen á la abstraccion. Aludimos á la leyenda del señor Hurtado, titulada *Monólogo de ultratumba*, poema fantástico, que el autor divide en dos partes de muy diversa índole poética. La primera es un trozo de poesía narrativa, en que no escasean el movimiento y el colorido. Está escrita en quintillas, por punto general correctas, fáciles y armoniosas, y el poeta cautiva la atencion desde los primeros versos, interesando al lector en las aventuras de un D. Juan de Acevedo, matachin si los hubo, materialista formidable, y hombre de tan dormida conciencia, que no puede oir hablar en serio de Dios, del diablo, ni de la otra vida, sin que al punto se le vaya la mano tras la empuñadura de su espadon. Tan al extremo lleva su ojeriza contra los que creen en la existencia del alma y de una vida perdurable, que un dia que la ocasion se le viene á la mano envia de un reves al Paraíso á un creyente moro que irritado por la rechifla del caballero, intenta inculcarle por la mala las verdades de Mahoma; y una vez en tan buen camino, el iracundo toledano no se da por satisfecho sin mandar á la huesa á un alquimista que no acierta á demostrarle prácticamente, resucitando en el acto al moro difunto, que el calor es la vida, y sin exterminar por saldo de cuentas á un devoto cristiano, á quien en hora menguada se le ocurre la mala idea de amenazar con las hogueras del Santo Oficio al embravecido esgrimidor.

(1) No nos proponemos seguir aquí un órden cualquiera, basado en la colocacion casual ó indeliberada de las composiciones, ni mucho ménos en la apreciacion de su mérito relativo.

Y terminada la matanza, el bueno de D. Juan de Acevedo se retira tranquilamente á su casa murmurando por via de oracion fúnebre:

Ahora verán si hay Eden,
Si existe infierno ó hay gloria.
Yo apuesto, por Barrabas,
Á que no viene jamas
Uno lo cierto á decir.
¡Claro! se nace á morir;
Despues de muertos..... ¿qué más?

La viveza de las imágenes, la espontaneidad de la versificacion y un cierto sabor rancio de época, caracterizan esta primera parte de la leyenda, en la que no hay digresiones inútiles, ni difusas descripciones, ni aquel ocioso lujo de armoniosas combinaciones de palabras que suele servir para disimular la pobreza del concepto ó la ausencia del arte. Rápido en la narracion, sóbrio en los accidentes, y no pocas veces castizo y desenfadado en el estilo, el poeta se propone ser conciso, sin dejar de ser pintoresco, y lo consigue casi siempre. La rudeza sarcástica del personaje en esta exposicion dramática de la leyenda, que por su sabor parece inspirada en las amarillentas páginas de algun viejo cronicon, está retratada con rasgos enérgicos. La escena en que don Juan sigue con asombro creciente los movimientos del cadáver sujeto á la accion del galvanismo, hasta que se persuade de que el fenómeno producido por el arte del alquimista no es más que una apariencia de vida, está muy bien imaginada y abunda en toques felices que pintan muy al natural, primero el asombro, y despues la brutal reaccion de una incredulidad ignorante y grosera, que ha estado á pique de tener que rendirse á la evidencia.

Estas y otras bellezas son fáciles de notar en la primera parte de la leyenda, y habriamos de prodigar los ejemplos si quisiéramos citar aquí las más notables.

En el resto del *Monólogo de ultratumba*, la vena poética del Sr. Hurtado cambia completamente de carácter. Consumada la sangrienta hecatombe del moro, el químico y el feligrés, D. Juan se duerme en su lecho, y la historia se desenlaza en el mundo de lo sobrenatural. A deshora, el desalmado toledano despierta despavorido, escucha con terror, sondea con espantados ojos el horror de las tinieblas que le rodean... ¿Qué ha visto en sueños? ¿qué inesperada claridad acaba de penetrar en su conciencia dormida y en su ruda inteligencia?... ¿Está vivo? ¿está muerto? Su cadáver yace en el lecho que acaba de abandonar, y sin duda es su espíritu el que, no despojado aún de la apariencia humana, registra con pavor el aposento y toma una pluma para escribir en presencia de su cuerpo inanimado sus fantásticas impresiones de ultratumba. Y entónces, la inculta razon del acuchillador de Toledo, desligada de los lazos mortales, penetrando los hondos misterios del más allá, explica, entre otras cosas extraordinarias, cómo las sombras del mahometano, del químico y del feligrés, empujadas por la mano de Dios, se arrojan sobre su asesino, le despojan de su traje carnal, y le arrojan á una tumba, donde su alma, aherrojada á sus despojos mortales, quedará condenada á asistir á la podredumbre de la materia; cómo D. Juan, lleno de arrepentimiento y

abrumado ante la idea de tan fiero destino, invoca la intercesion de sus víctimas, cuyas oraciones consiguen, en efecto, aplacar las iras celestes; cómo entónces hiende los aires un ángel de consuelo, que se acerca amorosamente á D. Juan, le besa, le bendice, y le anuncia que en expiacion de su pasada existencia, la justicia divina le sentencia á

Renacer, revivir..... ir á la hondura
De la vida carnal,

en la que habrá de cumplir los destinos que asigna al alma inmortal el dogma pitagórico de la metempsicosis.

Don Juan se resigna á volver á la tierra y á echar otra vez sobre sus hombros la pesada carga de la vida mortal: entónces la conciencia de lo pasado empieza á borrarse de su espíritu, siéntese arrebatado de abismo en abismo hácia la mansion de dolor en donde va á desarrollarse su nueva existencia, y al caer en esta sima profunda, la mano que ha obedecido hasta aquí al espíritu del muerto, interrumpe el tenebroso monólogo que pone término á la leyenda.

Así acaba en los quiméricos dominios de lo fantástico, y buscando un nuevo resorte de lo sobrenatural en el moderno espiritismo, el poema del Sr. Hurtado, y así se resuelven por lo alto del cuadro, en tonos confusos y vaporosos, las tintas francas y naturales empleadas á flor de tierra, y cuyas bellezas notarán fácilmente nuestros lectores.

Pero dejemos aquí á este fecundo y siempre agradable poeta y á su terrible acuchillador engolfados en los pavorosos misterios de la trasmigracion, y veamos, ya que el contraste se nos viene á la mano, de qué suerte otro ingenio esclarecido penetra en la realidad desconsoladora de la vida, y bañando la punta de su estilete en las perfumadas esencias de la poesía, escarba con él las úlceras más comunes del corazon humano.

Las tres Rosas, otro de los poemitas contenidos en este libro, pudiera compararse, de acuerdo con el título, á un jardin de hojas secas reflejado en un espejo mágico. El jardin de hojas secas es lo que se ve en el fondo de la leyenda *Las tres Rosas*; el espejo es la fantasía poética del autor, siempre fresca y galana, y armada esta vez de una varita encantada con que hace brotar las flores en medio de los arenales. En esta composicion, la poesía no fantasea en el mundo de los espíritus, no acompaña más allá de la tumba, á estilo dantesco, á los que parten de este mundo marcados con la marca de fuego de las pasiones: en *Las tres Rosas*, la poesía engalana con gran esmero á los muertos, derrama sobre ellos las olorosas flores de los montes Castalios, y dejándolos muy bien disecados sobre la pila, remóntase á las alturas para contemplar su obra bajo el mágico prisma del ideal. El poeta no busca en el fondo lo excepcional, sino lo frecuente, lo ordinario, lo real, lo que es de toda actualidad en el teatro del mundo; no se encierra tampoco en el círculo de hierro de las conveniencias y de los preceptos, sino que entrando resueltamente en el movimiento de emancipacion que caracteriza el espíritu moderno, ejerce ámpliamente su libertad de reflejar la vida tal como la encuentra, sin más limitacion que la que en el sentido de los fines invariables y superiores

del arte le imponen las nociones de lo bello y lo bueno; porque toda emancipacion es grande y fecunda en tanto que supone un paso en el camino de la perfectibilidad y una mayor aptitud para realizar el bien.

En el poemita *Las tres Rosas*, el genio del Sr. Campoamor, que por lo comun revolotea entre cielo y tierra, cantando, ora las luchas de la fe sencilla contra los sofismas arrebatadores de la pasion, ora el martirio de los ángeles de este mundo, ora las incurables nostalgias del ideal, baja esta vez el vuelo hasta tocar en los valles más hondos y más áridos de la vida, salvo el derecho de remontarse más alto cuando sus pulmones necesitan otro aire que respirar.

Las tres Rosas es la historia poco ménos que inenarrable de un sensualista sedentario, inaprensivo y egoista, que aspira á encerrar en la unidad de lugar la variedad de sus pasiones livianas, y que pone su amor, como por juro de heredad, en toda una dinastía de mujeres, adhiriéndose á ella, como dice el poeta con frase enérgica,

«Como se pega el muérdago á la encina.»

El amor de Julio Montero es como la planta parásita, que una vez adherida al árbol ha de trepar por todas las ramas. Rosa es el primer ejemplar de la serie: Julio la ama hasta donde puede amar un alma como la suya, es decir, hasta el hastío; una vez colocado en este límite extremo de la ilusion, el parásito formidable necesita volver á hilar su capullo en la propia rama; porque, como dice admirablemente Campoamor, por cuyos labios habla, no precisamente Julio Montero, sino el tedio personificado,

Sin el amor, que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta;
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

Así, pues, hastiado de Rosa, Julio pone los ojos en su hija Rosaura, aspirando sencillamente á continuar en los brazos de ésta la historia de amor interrumpida por el cansancio en los de su madre. ¡Tremenda expiacion la de Rosa!... Tremenda, pero merecida; porque es fuerza que purgue la enormidad de su delito; es fuerza que sufra la pena de haber puesto los fundamentos de su pasion tan á flor de tierra como los pone su ingrato burlador. ¿Qué importa que el poeta, respondiendo á su propio pensamiento y prestando por un momento á sus personajes los atributos de sus tipos ideales, haga hablar á estos amores impuros el lenguaje que sirve para expresar las más inefables emociones? ¿Qué importa que Julio Montero, hablando de Rosa, encuentre estas bellisimas pinceladas, que pudieran aplicarse mejor á una vírgen entre los dos solemnes crepúsculos de la noche nupcial?

Al empezar la noche de aquel dia,
Ella léjos de mí,
«¿Por qué te acercas tanto, me decia?
Tengo miedo de tí.»
Y al acabar la noche de aquel dia,
Ella cerca de mí,
«¿Por qué te alejas tanto, me decia?
Tengo miedo sin tí.»

No; Rosa es una pecadora abominable, que sólo á trueque del martirio consigue despertar en el alma un poco de simpatía. Sus amores sensuales con Julio empiezan al pié de una tumba áun no cerrada; hay en su origen una gran profanacion, cometida bajo los auspicios de aquella divinidad protectora de los fáciles lazos, que se llama ocasion. ¡Y qué horrible ocasion! El genio mismo de la impiedad no la concibiera más negra ni más horrible.... ¡Aquellas sombras sin pudor!.... ¡Aquel cadáver del amante ó del esposo que pasa por la calle!.... ¡Aquel profundo silencio de la conciencia y de los nobles instintos del alma! ¡Oh! Rosa es imperdonable; Rosa es una hoja muerta, arrastrada por el huracan á traves de las aguas dormidas, y no es ella, es el poeta el que en presencia de tales horrores deja oir este enérgico grito de indignacion:

Decias la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

Pero, ¿á qué descomponer el poema? ¿A qué sondear con la vista los abismos por donde se arrastran esas vergüenzas de la vida, abismos cuyo fondo no deja entrever el poeta sino al traves del opulento ramaje y de los prismas grandiosos de su fantasía? En *Las tres Rosas* el ingenio levanta velos de impureza, pero con aliento poético tan noble y esforzado, que al presentar á la vista los ejemplos de la miseria humana, abulta majestuosamente sus proporciones para que ofrezcan mayor objetivo á la conciencia humana, y más ámplia superficie, si se nós permite la frase, al látigo de la moral.

Con estas condiciones, ¿quién puede negar al poeta el derecho de penetrar en los senos más recónditos del mundo que le rodea? Porque, á nuestro juicio, en las sociedades en que las literaturas encuentran en el campo de la vida más atonías, más desfallecimientos morales y más sofismas que ardientes entusiasmos y grandes y arraigadas creencias, es trabajo digno del genio el de sacudir con vigorosa mano esas atonías y esos desfallecimientos, y darles cuerpo de gigante para producir en ellos más ancha herida, y despertar, como principio regenerador, la conciencia de su magnitud.

Esto hace Campoamor en su pequeño poema: Rosa se engrandece para el martirio; Rosa muere de desesperacion y de celos, herida en sus últimas ilusiones de amante y de madre. ¡Terrible expiacion! Rosaura es quien le roba, ó mejor dicho, quien la sucede en el corazon tornadizo de Julio Montero: la rival vencedora es su propia hija, aquella Rosaura cuyo aspecto seductor pondera el poeta con una pincelada tan bella, al decir que

.....En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

¡Noche terrible la del último desengaño de Rosa! Ésta acecha á los dos amantes reunidos en un jardin bajo un toldo de flores. El momento es solemne para la virtud de Rosaura, en cuyo corazon ha logrado sembrar Julio Montero los gérmenes de su amor criminal..... La noche, el silencio, el perfume embriagador de las flores, aquella voz de seduccion apremiante y apasionada,

aquellos murmullos de la naturaleza y aquellos murmullos del alma confundidos en un concierto de perdicion; todo aquel cúmulo, en fin, de tentaciones que describe admirablemente el poeta, van á triunfar de la virtud de la jóven: y en este supremo instante, al ver que el pérfido seductor se dispone á consumar su obra de fascinacion, Rosa cae desplomada al suelo y muere sin llevar á la tumba la conciencia de que el pié que ha hollado su cuerpo en la agonía era el de su hija, que socorrida á tiempo por la conciencia del deber, ha huido de los brazos de Julio Montero.

Así muere Rosa; y cuando su hija Rosaura pregunta con desconsuelo al doctor de qué mal ha muerto su madre,

«Murió, dice el doctor, de una caida.»

—«¿Pues de dónde cayó?», vuelve á preguntar Rosaura. Y dice el doctor:

.....«Cayó del cielo.»

¡Del cielo!.... ¡De allí caen los que en este mundo se sienten heridos en lo vivo de las grandes creencias y de los nobles ideales!.... Pero no olvidemos que Campoamor es idealista: no es de Rosa de quien habla aquí el poeta; es el amor de la tierra, despojado por la mano cruel del desengaño de sus más santas ilusiones, de sus felicidades más puras, el que pone aquellas palabras en los labios del doctor. El poeta hiere con el pié los áridos arenales..... y busca el eco en las alturas. Así es como, partiendo de las realidades más ingratas y más escabrosas de la vida, como base y fundamento de su poesía, su inspiracion va á dar el último aliento en las regiones de lo grande y de lo bello; y así es como, al caer anonadada por el desengaño aquella desesperada víctima de las propias y las ajenas liviandades, Campoamor deja en el suelo el cadáver de Rosa, y ya no es, repetimos, la mujer abandonada por Julio Montero, sino la pasion amorosa martirizada en sus creencias y en sus ilusiones, la que inspira la frase que hemos hecho notar y con que termina la primera parte de *Las tres Rosas.*

Esto mismo se observa en algunos otros poemas de Campoamor, en los cuales el subjetivismo—si se nos permite esta palabra de escuela—del autor de las *Doloras*, semejante á una caja armónica destinada á engrandecer y acordar los sonidos, recoge las notas aisladas más ágrias y desapacibles del concierto humano, y las resuelve en ámplias y hermosas melodías.

Por esto hemos dicho que la historia de *Las tres Rosas* no puede descomponerse: sus rasgos poéticos más culminantes y más bellos están por encima de los afectos y de las situaciones en que se inspiran, y son armonías arrancadas por el sentimiento desprendido de lo que es individual y concreto á la lira soñadora del poeta.

Los lectores sentirán, como nosotros, que el Sr. Campoamor, con el propósito, por cierto muy delicado, de no limitar el espacio en las páginas de este Album á otros ingenios, se haya limitado á la publicacion de la primera parte de este poemita, omitiendo las dos campañas amorosas que sostiene Julio Montero con Rosaura y Rosalía, hija y nieta de Rosa. En estos dos capítulos, de muy escabroso desempeño, que completan la composicion, la fantasía del

autor se aventura por regiones no ménos atrevidas; pero salvando siempre los escollos por obra y virtud de una inspiracion original, y de una poesía en la cual sobre la belleza y el vigor de la imágen descuella siempre en último término un pensamiento levantado.

Á otra índole pertenecen las composiciones en que un elegante y muy probado poeta español ha tratado asuntos relacionados con un acontecimiento histórico. Nos referimos á la coleccion de Romances del Sr. D. Mariano Roca de Togores. Este ilustre escritor, inspirándose en aquel antiguo númen castellano, nacido, amamantado y robustecido al calor de las patrias glorias, ha enriquecido este libro con una serie de cuadros inspirados en la crónica de Orihuela, y relacionados con aquellos dias gloriosos que precedieron á la conquista de Granada. La sencillez, la elegancia y el vigor, circunstancias á cuya feliz combinacion se debe que nuestro Cancionero nacional, con ser eminentemente popular, haya sido al propio tiempo la literatura de las clases cultas é ilustradas, descuellan, por lo general, en los bellos romances á que nos referimos. En estas composiciones el poeta penetra con planta respetuosa en el sagrado de los recuerdos, y despierta las sombras y los ecos de aquellos patriotismos, de aquellas altas virtudes y de aquellos sentimientos caballerescos, que imprimen tan grandioso carácter al reinado memorable en que se realizaron el fin de la reconquista y la unidad de la patria.

El Sr. Marqués de Molins no podia haber desenterrado más á tiempo el códice de familia en que se evocan estos recuerdos. El gran edificio levantado por los Reyes Católicos se desmorona en estos conturbados dias que alcanzamos, y la poesía, á falta de la conciencia general, traducida de algun modo que no sea el quietismo terrible de la fatalidad, debe recoger las reliquias conmemoraticias que vamos á desenterrar de los cimientos del pasado, próximos á desaparecer bajo la piqueta de nuestros desatentados reformadores.

Pero los romances del Sr. Rosa de Togores, no sólo son oportunos, sino que reclaman por su mérito poético un lugar muy señalado en este Album, como han de ocuparle, sin duda alguna, en la estimacion de los inteligentes. Nótase en ellos aquel estilo noble y castizo, aquella riqueza de imágenes y aquella ingénita energía que los buenos poetas de nuestros dias han sabido tomar del Cancionero general, imitándole en lo que tiene de superior, y de que ha dejado tan bellos ejemplos el inolvidable Duque de Rivas.

Ahora que por la corriente de los tiempos somos cosmopolitas en todo, en poesía como en política y en costumbres; ahora que llevamos á cabo con gran aparato de ciencia el trabajo de confundir los rasgos de nuestra fisonomía en los de la gran sociedad humana; ahora que no tiene aplicacion entre nosotros aquella opinion de Montesquieu, de que los pueblos pueden dejarse llevar de una condicion á otra por la violacion de las leyes, pero nunca por la de las costumbres; ahora que vamos abdicando las nuestras, no bajo la presion de los altos despotismos á que se refiere aquel grande hombre, sino con el concurso de las más pequeñas y desautorizadas tiranías; ahora que no nos va quedando de españoles más que una gran tradicion literaria, una historia gloriosa y una indolencia meridional, que haciendo lento y dificultoso el vuelo de la opinion, deja entregado á cualquier ráfaga de la tempestad el movimien-

to y la direccion del progreso; ahora, en fin, que en ciencia, en poesía, en costumbres y en creencias podemos, hasta cierto punto, considerarnos peregrinos en nuestra tierra, casi nos parece extraño oir hablar á las Musas de las cosas viejas de España en la vieja y atildada lengua de Castilla, y con el clásico, cadencioso y variado movimiento que caracteriza la tradicional contextura de su forma poética. Porque, la verdad sea dicha, acontece con estas flores nativas del español Parnaso lo que con las plantas de los jardines, que empiezan á confundir sus rasgos ingenuos y primitivos con los de una flora exótica, mestiza y peregrina, producto de una fusion de la savia universal.

Pues bien, aquel perfume patrio y aquel sabor ingénito se notan en la leyenda del Sr. Rosa de Togores, titulada *Isabel la Católica en Orihuela*, en la que abundan los cuadros animados, las imágenes oportunas y las galanas descripciones, realzadas por la nobleza de un estilo sobrio y castigado. Véase un ejemplo de estas bellezas en aquella enumeracion del romance IV, en que el poeta relata los presentes que las labradoras de la antigua Orulis ofrecen á la Reina Católica, que ha ido con el Rey á Orihuela á celebrar córtes y pedir subsidios con que atender á la conquista de Granada; enumeracion escrita en hermosas quintillas, que comienzan de este modo:

Orihuela da en presente,
Con rubio trigo en gran copia,
Las hebras que diligente
Labra en su morada propia
La crisálide de Oriente; etc.

Léase este pasaje, y se verá que la poesía del Sr. Rosa de Togores exhala el perfume de los azahares y los mastranzos del Mediodía.

Pero no es esto solo: los romances de este autor se distinguen por otras condiciones superiores á esos galanos escarceos del ingenio, tan propios de nuestro temperamento poético. El Sr. Marqués de Molins encuentra rasgos más profundos para bosquejar los caractéres, y mover y modular los afectos, para lo cual se requiere un arte superior á los brillantes alardes de la fantasía. Como muestra de estas delicadezas del ingenio, citarémos el Romance VIII, en que el poeta refiere cómo la reina Isabel, por hacer merced á la bella doña Leonor de Soler, la prende por sus propias manos el tocado, poniendo á prueba la discrecion y la modestia de la noble dama, y dando ejemplo de llaneza á la orgullosa aristocracia de aquellos tiempos. La Reina, despues de poner las augustas manos sobre la cabeza de doña Leonor, reclama la atencion de la jóven para poner el colmo á estas muestras de bondad con los consejos que la sugiere su afecto maternal.

Y entónces, dice el poeta:

La jóven alzó la vista,
Se vió al espejo, y no osando
Verse á sí propia tan bella,
Oyó con los ojos bajos.

Este movimiento de involuntaria y femenil coquetería, paralizado por el respeto y la modestia, está admirablemente expresado y es un rasgo delicadísimo de los muchos que pudiéramos citar.

No es ménos notable el Romance x, en que el poeta acaba de referir la entrevista de la Reina y doña Leonor, terminando el bosquejo de estas dos figuras por extremo simpáticas. Es una plática discretísima, en que estas dos soberanas, que gobiernan por el amor, la una un gran pueblo, la otra una casa dichosa bajo su yugo de flores, se comunican los sentimientos maternales, las santas alegrías, las inefables aspiraciones en que fundan estas dos soberanías. Por un momento la jóven se abandona á estas dulces expansiones del alma; mas de pronto recobra la conciencia de su situacion; recuerda que es la Reina la que está en su presencia; se apercibe del desaliño de su persona, é interrumpe, turbada y confusa, el cuento de sus felicidades domésticas.

..... Iba á seguir, pero viendo
Segunda vez por acaso
En el cristal su semblante,
Como la grana encarnado,
La toalla por el suelo,
Desnudo el pecho de mármol,
La Reina y Beatriz absortas
Y el sol hiriendo el tocado,
Corrida consigo misma,
Paró..... balbuceó..... y temblando
Cayó de hinojos, y dijo:
«Perdonadme el desacato.»

Así está escrito todo el romance. El segundo de la coleccion, titulado *El Consejo*, es un cuadro animadísimo, notable por el colorido. Reunido el «popular consistorio» para aprestar á los Católicos Reyes recursos con que hacer frente á la guerra,

Cada cual al noble peso
Intenta poner el hombro;

pero muy pronto se entabla un certámen de quejas y lamentaciones, que pinta muy al natural, reflejando perfectamente el carácter de localidad y de época, el perpétuo clamoreo de las clases que contribuyen á sostener las cargas del Estado. Menudean las quejas, crúzanse los dardos emponzoñados, las alusiones malignas; se acaloran los ánimos, se enconan los odios de bandería que traen dividido al pueblo; el gobernador suspende la eleccion de Repartidores que da márgen á esta escena tumultuosa, y el descontento está á pique de terminar en alboroto.

Es uno de los mejores romances de que se compone la leyenda, y como éste encontrarán otros los lectores en el último trabajo poético del Sr. Roca de Togores, uno de los ingenios que en primera línea contribuyen al lustre de la literatura patria, y cuyas obras quisiéramos admirar con más frecuencia, para ejemplo de estilo, de buen gusto y de levadura poética eminentemente española; que todas estas cualidades brillan en el poemita que nos ha sugerido estas breves observaciones.

El Sr. Hartzenbusch, prez y gloria de las letras españolas, y uno de los insignes escritores que han presidido el movimiento iniciado en el primer

tercio del siglo, ha honrado las páginas de este Album con algunas composiciones inéditas y una serie de siete fábulas, titulada *La historia del lobo viejo*, traducidas libremente de Lessing. Brillan en todos estos trabajos,—apólogos la mayor parte,—las eminentes cualidades de que no degeneran nunca las obras de este poeta por tantos títulos ilustre: pensamiento nutrido, versificacion galana, y admirable manejo de la lengua. En todos estos conceptos, las fábulas que recomendamos á la atencion de los lectores, originales unas, traducidas otras del aleman, pueden figurar entre las mejores composiciones de su género.

El nunca agotado ingenio del Sr. Harzenbusch, que consagró sus brillantes albores á la gloria del teatro contemporáneo, recorre su último, y quisiéramos añadir dilatadísimo período, cultivando aquel apacible númen que tan grato suele ser á las inteligencias privilegiadas que han llegado á su madurez sin abandonar los firmes senderos, y para quienes la belleza deja de ser amable si no irradia del fondo un reflejo de virtud ó se resuelve en una enseñanza útil. Ya por esta circunstancia, ya tambien porque el Sr. Hartzenbusch es uno de los pocos escritores ilustres que muestran todavía en sus obras una filiacion directa con los grandes hablistas que han hecho de la lengua nacional una de las más ricas, elegantes y armoniosas del mundo, sus escritos tienen un encanto indecible, y son siempre un acontecimiento para los amantes de las bellas letras.

No parecen incubadas en una imaginacion germánica las siete fábulas que con el título general de *La historia del lobo viejo* ha tomado el Sr. Hartzenbusch de un autor aleman, á quien en el movimiento literario desarrollado en aquel país á mediados del siglo anterior, le cupo una mision tan importante como la que á su insigne traductor le ha cabido en análogas circunstancias en nuestro siglo y en nuestra patria. Hay en esas composiciones tanta naturalidad; los versos en que el poeta español ha vuelto á modelar las formas del fabulista aleman son tan fáciles, la frase tan pulcra y tan castiza, y el sello general tan propio y solariego del clásico Parnaso castellano, que, aparte del pensamiento general, no se descubre resquicio en toda *La historia del lobo viejo* por donde vislumbrar la prosa germánica de Lessing. Fuera preciso reproducir aquí las siete fábulas íntegras para notar ejemplos de los primores de estilo, de la sátira sazonada y de la perfecta naturalidad que en ellas resplandecen. No lo intentaremos por no prolongar en demasía este escrito, y porque la eleccion sería tan difícil para nosotros como ha de serlo sin duda para los lectores.

De Lessing es tambien el pensamiento de la fábula *El águila y la lechuza*, cuyo objeto es censurar á los que se encumbran por el favor de una mujer. Está tratada por el Sr. Hartzenbusch con el mismo acierto que *La historia del lobo viejo*, y aventaja en energía al original, especialmente en el rasgo último, que encierra la moraleja. Dice el águila de Júpiter á la lechuza de Pálas:

Yo al Olimpo me vine por mi vuelo,
Y á tí te trajo á la mansion celeste
Favor que rancio ya se te conserva.

Entre sus faldas te oculto Minerva
Para encajarte aquí. ¡Leña en espaldas
Á bicho que voló cogido á faldas!

Son tambien preciosas por el pensamiento y la forma, las dos fábulas originales *El placer en la virtud*, y *Parentesco de las virtudes*, y la composicion *Al rio Piedra*, escrita en excelentes redondillas, y en la que el poeta desenvuelve un símil oportuno, fundado en una particularidad del rio aragonés, para hacer resaltar la excelencia de las bellezas morales sobre las exteriores. En todos estos trabajos descuella lo que indicamos más arriba: una moral purísima y una limpidez en la forma que guarda perfecta consonancia con la diafanidad del fondo; todos ellos, podemos añadir, aunque son de modesta y poco aparatosa condicion poética por el género á que pertenecen, son dignos del eminente escritor, cuyo privilegiado talento se ha probado con gloria en tantas y tan várias empresas, y llevan el sello especial con que han de pasar á la posteridad las obras del Sr. Hartzenbusch, entre las de los príncipes de nuestra literatura contemporánea. Si no hacemos aquí otra cosa que señalarlos á la admiracion de los lectores, es porque en esos cuadritos, tan bien miniados, tan perfectos y primorosos, es excusado andar á caza de bellezas. Todo en ellos es digno de admiracion.

Tambien encierra un pensamiento moral, formulado, como en el Apólogo, á guisa de sentencia, al fin de la composicion, la leyenda semi-fantástica, semi-humorística del Sr. Alarcon, titulada *El dia de luna*. La soledad poblada de vanas sombras, de efímeros recuerdos, en que queda sumido el célibe egoista que ha gastado la vida en locos devaneos, ha inspirado á este excelente escritor una fantasía *sui generis*, escrita en romance octosílabo, manejado con maestría, y en la que con pincel galano y pintoresco, y no pocas veces con elevada inspiracion, empieza el poeta por bosquejar con las tintas más diáfanas de su paleta un cuadro de la noche, que puede figurar entre los buenos trozos de poesía descriptiva contenidos en este libro.

Sigamos por un momento al escritor para notar de paso algunas de las más señaladas bellezas de su leyenda.

Es la noche; pero una noche espléndida, luminosa; tan luminosa y tan espléndida, que «en su augusta inmensidad», segun la expresion del poeta,

No reinan ni el mudo sueño,
Ni las tinieblas nocturnas.

La tierra no viste, como suele á esa hora, sus «negras tocas de viuda»; las esferas fulguran anegadas en resplandores que simulan la claridad del dia; no reina el silencio, ni el sueño, hermano de la muerte, arrulla á los mortales, fingiéndoles imaginados bienes: la vida sigue palpitando, asombrada, bajo el influjo de este esplendor inusitado del luminar de la noche, y los cielos y la tierra, olvidados del sueño, resplandecen de amor y de placer. No ocurre, en fin, en la naturaleza nada de lo que relata Virgilio en aquella famosa descripcion de la noche, que sirve de inevitable ejemplo en las Retóricas, y sin embargo, las tintas de «El dia de luna» son naturales, y el color de verdad se trasparenta á traves del fantástico prisma de que se vale aquí el autor. Se

trata puramente de una solemnidad extraordinaria de la noche, que ha buscado en su tocador sus joyas más rutilantes, para acrecentar con ellas sus naturales é ingénitos atractivos, y despertar no sabemos qué inefables palpitaciones de vida y qué instintos nupciales en las almas negadas á estas santas emociones. Porque es de advertir que en este cuadro solemne se mueve una figura, y que esta figura es la de un peregrino encanecido en el ódio contra el sétimo sacramento, la de un solteron impenitente que anda la última jornada de la vida con el tedio en el alma y la soledad al rededor.

Y hé aquí de qué modo el autor presenta muy ingeniosa y oportunamente el contraste de una naturaleza en que irradian todas las alegrías sembradas en el espacio por la fuerza fecunda del Criador, con esos séres híbridos á quienes va enderezada la moraleja, y los cuales, á imitacion del peregrino de la leyenda, arrastran por el mundo un corazon cubierto de cenizas sin calor, donde han formado su nido todas las decepciones de una vida malversada en egoistas devaneos.

Véanse algunos de los rasgos con que describe el poeta esa noche eminentemente nupcial y casamentera:

Insomne, bella, gozosa,
Naturaleza relumbra,
Como régia desposada
En la noche de sus nupcias.
Olas de argentado encaje
Doquier desata la luna,
Colmada y resplandeciente,
Ebria de amor y ventura.
Los rutilantes luceros
Y las estrellas innúmeras,
Como en extático eclipse
Muestran su luz moribunda.....
Y del infinito espacio
En la bóveda cerúlea,
Móviles se trasparentan
Del Olimpo las columnas.
No, no es de noche en los cielos.....
Sus leyes trocó natura,
Y el hemisferio asombrado
Contempla *un dia de luna.*

Al resplandor de esta noche magnífica, cuyo diáfano ambiente, segun la expresion del poeta, «inundan fulgores de plata», el macilento viajero ya mencionado, que si no lleva el cuidado roedor á la grupa de su caballo, como el jinete de Horacio, es porque camina á pié y apoyado en el bordon del peregrino, penetra en un misterioso jardin, en donde el agua de la fuente, al verterse

De taza en taza de mármol,
Besos amantes simula,

y en donde, segun la poética descripcion del autor,

Las trémulas ramas fingen
Abrazos en la espesura,
Y entre las hojas se oyen
Conversaciones confusas.

El peregrino cruza este jardin, llamado por el poeta el *jardin de los amores*, el cual conduce á un palacio encantado, morada misteriosa, en donde reina un silencio de muerte y cuyas ventanas están abiertas, oscuras y desiertas

Como profanadas tumbas.

El viajero se detiene delante de este alcázar maravilloso; exhala un profundo suspiro al contemplar aquella soledad, y ya se dispone á continuar su camino, cuando de improviso se ilumina, como por ensalmo, el interior del palacio, y aparecen en las ventanas las sombras de otras tantas mujeres,

Como de retablo gótico
Las místicas esculturas,
En actitudes dramáticas,
Las ornacinas ocupan.

El viajero las reconoce: son las sombras de sus efímeros amores; son las mujeres á quienes ha consagrado su juventud disoluta.

En el balcon principal están las nueve Musas, « primer amor de los hombres», y en las ventanas contiguas se ven las trágicas heroinas que ha inmortalizado la literatura antigua y moderna, desde la ardiente Cleopatra y la incestuosa Fedra, hasta aquella idealísima Dulcinea que armaba el poderoso brazo del Hidalgo manchego. Todas estas sombras ocupan balcones de honor en el alcázar maravilloso, y el poeta encuentra calificativos oportunos, exactos y expresivos para darlas á conocer de una sola pincelada :

Allí gime *Inés de Castro ;*
Llora *Isabel de Segura :*
Reza la triste *Desdémona ;*
Carlota (1) calla y escucha.

En la parte inferior del palacio, detras de las rejas de estancias bajas y oscuras, aparece otra « blanca y misteriosa constelacion de hermosuras.» Son las hijas de Eva que sustituyeron en el corazon tornadizo del ahora mustio viajero, el platónico amor de las inmortales habitadoras del Pindo. El autor las enumera, y hay en este pasaje pinceladas muy dignas de notarse, tales como las siguientes :

Allí están las que sin nombre
Fueron á la sepultura,
Huespedas de muchas almas,
No lloradas de ninguna.....

(1) La de Werther.

Y allí las que sucumbieron
Bajo el puñal de la duda,
Fieles amantes de un alma,
Lloradas luégo de muchas.
Allí está la que le dijo
Con una mirada impúdica:
Elévate hasta mis labios,
Al que lo creyera injuria.....
¡ La misma que agora, impávida,
Lo desconoce y se encumbra.....
—*Aguila caudal que lleva*
Un corazon en las uñas!
Y allí tambien está aquella
Inmortal, innata, única,
Que al amanecer del alma
El primer amor incuba,
Eva, del hombre congénita,
Que surge, bella y fulgúrea,
Del adolescente espíritu,
Como Vénus de la espuma.

Las dos imágenes que hemos notado con letra cursiva son muy poéticas, la primera por su energía, la segunda por su delicadeza.

Al llegar á este punto, el poeta, que ha sentido ya una gran comezon de abandonar el tono serio, por creer sin duda que un solteron renitente y disoluto que evoca sus recuerdos á la luz de la luna no es digno de la sensible poesía, acaba de referir en estilo desenfadado cómo el viajero, lamentando su soledad, pregunta en vano á aquellas sombras qué fué del amor que le tuvieron, y cómo al sonar las cuatro en el reloj de las *Angustias*, de Granada, lugar donde pasa esta fantástica escena, la luna traspone los montes del Ocaso, el palacio se queda á oscuras, y toda aquella pléyade de beldades olímpicas y terrenas desaparece en las sombras de la noche.

Y el autor, poniendo fin á esta fantasía, que empieza en las regiones más vaporosas del espacio y acaba en las de la sátira llana y sentenciosa del apólogo, asienta, por via de moraleja, que *El dia de luna*,

Es la hora de los recuerdos
De una vida disoluta.
Y el viajero solitario
Sufre la condena justa
Del *solteron* egoista
Que al dolor el cuerpo hurta;
Que de su parte de afanes
Llevar la carga rehusa,
Y se echa el alma á la espalda.....
Y sus hijos á la inclusa.

Éste es, en resúmen, el pensamiento de la leyenda del Sr. Alarcon. Al seguir el voluble curso á que se entrega en *El dia de luna* la inspiracion del poeta, hemos notado de paso las bellezas más señaladas. Otras muchas encontrarán los lectores en esta composicion, cuyo conjunto ofrece ademas el atrac-

tivo de la originalidad, y el que siempre llevan consigo la novedad y el ingenio en la forma de presentar los pensamientos y las imágenes.

Hasta aquí hemos dado una idea sucinta de la obras que, con el carácter de leyendas y poemitas de algunas dimensiones, contiene el ALBUM POÉTICO. Otros poetas y otra clase de composiciones reclaman ahora, aunque por breves momentos, nuestra atencion, ya que los límites á que debemos reducir este escrito no nos permitan un juicio tan detenido como le merecen ingenios de tanta valía y poesías líricas de tanto mérito muchas de ellas, como las que áun hemos de mencionar en este prólogo.

Entre estas últimas, ocupan lugar muy distinguido las del señor D. Manuel del Palacio, uno de nuestros poetas más apreciados. Ingenio fácil, espontáneo y fecundo como pocos, el Sr. Palacio tiene al propio tiempo el dón de la variedad, y ora maneja la sátira punzante y desengañada de Quevedo, ora pulsa la lira soñadora, ora canta los entusiasmos ardientes de patria y libertad, ó concita las fuerzas de su númen contra todas las tiranías. Su vena inquieta fluctúa entre los múltiples intereses, entre las corrientes diversas que empujan nuestra perturbada sociedad, y hay entre nosotros pocos poetas más sensibles á la movilidad de las temperaturas por que pasa el espíritu en dias de agitacion, de lucha y de prolongada crísis social como los que desde los albores de este siglo atraviesa nuestra patria.

Esta variedad de manifestaciones, propia del genio poético del Sr. Palacio, no se muestra, sin embargo, en gran manera en las composiciones escritas para este ALBUM. Al leer esas poesías, en las cuales, por punto general, y salvos algunos trabajos ligeros de carácter festivo, domina un fondo melancólico ó un espíritu soñador, y algunas de las cuales se inspiran en las dulces emociones de la familia, llega á perderse de vista por un momento al poeta cuya fogosa imaginacion y cuya sátira incisiva han tomado tanta parte en nuestras recientes luchas políticas. Si algo se trasluce de aquel numen batallador, está impregnado de la amargura de que se contagian los entusiasmos del alma que no han muerto todavía, pero que luchan ya con los frios del desengaño. Tal es, por lo ménos, la impresion que nos produce este poeta cuando, por ejemplo en el *Prefacio de un libro*, composicion dedicada á su hija, habla de las decepciones de la vida con toda esta amargura:

> Aspirar á lo grande y ser pequeño;
> Amar la libertad y no gozarla;
> Tener tan sólo á la razon por dueño,
> Y al capricho del mundo encadenarla;
> Vivir sujeto al afrentoso lazo
> Que teje á veces la maldad triunfante,
> Y ver unidos en estrecho abrazo
> El odio ruin y la ambicion gigante
> . . . .
> Veras con miedo, con enojo, con ira,
> Tomar el vicio de virtud el nombre,
> Apellidar la verdad á la mentira,
> Hacer el hombre su escabel del hombre.

Aun hay más amargura en el sentimiento en que está inspirado el sone-

to *A la ilbertad.* No es el amor nutrido en la fe, sino la pasion irritada por el recelo la que dicta estas dos enérgicas imprecaciones con que termina el señor Palacio la composicion dedicada á su ídolo :

¡ Maldito aquel que hipócrita te adore !
¡ Maldito aquel que estúpido te pierda !

Pero prescindiendo de estas consideraciones, que estarian más en su lugar en un estudio biográfico de este autor y de sus obras, es indudable que, como trabajos poéticos, son notables las dos composiciones que acabamos de citar.

Las poesías *Olas amargas*, *La muerte de un ángel*, *Del álbum de mi hija* y *El Sueño*, son muy sentidas. En todas ellas domina un tono melancólico, y la última, sobre todo, escrita en muy buenas quintillas, es una elevacion al ideal de los ideales, que recuerda, por su género, las *Armonías* de Lamartine.

Es muy elegante y encierra un pensamiento profundo el soneto *En la torre de Pisa*, que nos recuerda los mejores de nuestros clásicos. *Las ondinas*, la *Trova* y *Polos opuestos* son poesías en que se admira la inspiracion espontánea de este poeta y su versificacion siempre fácil, numerosa y galana. Por esto, y por la idea en que está inspirada la composicion, es muy notable la primera de las que hemos citado. El autor compara la existencia bulliciosa de una mujer cuyo corazon está negado al dulce sentimiento del amor con los fatuos placeres á que se entregan las ondinas en sus lagos silenciosos. La idea es feliz y está desenvuelta en estrofas que pueden pasar por modelo de cadencia y de construccion. Citaríamos algunas si no tuvieran todas el mismo mérito. *Las ondinas* es una de las mejores poesías líricas que contiene este ALBUM, y puede señalarse entre las que dan más alta medida de las facultades de este insigne poeta, honor del Parnaso contemporáneo.

Con fantasía no ménos brillante, aunque no tan subordinada á veces á las excelencias de la forma y á una ajustada crítica en la eleccion de los pensamientos, cultiva la poesía lírica otro de los gallardos ingenios que han contribuido con su talento á la formacion de este ALBUM. El Sr. Grilo es el cantor del Mediodía: imaginacion ardiente, impresionable, exhuberante, que encuentra donde quiera el estímulo y el objeto de la expansion, y que necesita un molde instantáneo en que vaciar el pensamiento. Cuando la forma brota espontáneamente con la idea, como sucede frecuentemente, y el poeta no tiene más que verterla al correr de la imaginacion, el Sr. Grilo combina fácilmente la correccion y la propiedad con la frescura de la fantasía; pero cuando esto no sucede, la inspiracion del poeta cordobés no gusta de guardar antesala, y se traduce en la fórmula que encuentra más á mano, aunque ésta no sea la más cuidada, y sin curarse de si la abundancia puede ser á veces un dón estéril y embarazoso.

Pero el calor, la savia, el fuego andaluz, vivifican las poesías del Sr. Grilo, en las que casi siempre rebosa el *Deus agitante* de que nos habla el antiguo vate, ó la *hermosa demencia* que Shakespeare atribuye al poeta inspirado. Como

muestra de la complexion meridional á que obedece el genio de este autor, y como ejemplo tambien del acierto con que no pocas veces emplea sus facultades, bastaria leer su brillante composicion: *En las ermitas de la sierra de Córdoba*, que es de las mejores del ALBUM. El calor de la inspiracion, la fluidez de los versos, la elevacion de los rasgos poéticos más culminantes, y hasta un cierto desórden, hijo de la abundancia, que se observan en esta composicion, ponen de manifiesto, bajo su aspecto más favorable, las condiciones líricas del Sr. Grilo. Respira en esta poesía aquella uncion distraida y móvil tan propia de las ardientes imaginaciones del Mediodía, las cuales no llegan al fondo del pensamiento y de la contemplacion sino á traves de un objetivismo opulento. Así vemos que el poeta, para venir á parar á la contemplacion del humilde culto para que están destinadas las solitarias ermitas de la sierra de Córdoba, necesita sacar de antemano de su lira todos estos bellos acordes:

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas jardines
Donde esconderlas:
En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De Abril en las auroras
Tiernos capullos.
Arpas del Paraíso
Puso en las aves,
En las húmedas auras
Himnos suaves.
Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas.

Cuando la imaginacion del poeta, mariposa de inquieto vuelo, se ha posado en todas esas imágenes, es cuando encuentra este pensamiento profundo y sobriamente expresado.

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
A los que desde el llano
Van á la cumbre!
Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
Mas larga es la vereda
Cuando se baja!

Del mismo modo la imágen de una calavera induce al Sr. Grilo á rehacer en su fantasía la cabeza poblada de bucles bellos, los ojos que vieron y lloraron, los oidos adonde llegaban las armonías del mundo, la vida, en fin, que ha animado aquellos restos miserables; y en pos de estos vuelos del pensamiento viene esta elocuente concentracion de la idea que le inspira aquella imágen de la nada!

Aquí en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡ Muerte!
Y una cruz, ¡ Vida!

Hemos notado solamente de cursiva la frase á que queriamos hacer referencia, porque harto comprenderán los lectores cuán notable es la antítesis que se encierra en los dos últimos versos. Por lo demas, toda la poesía es bellísima, rica de color, bien sentida, y desenvuelto y graduado el pensamiento poético con un arte á que, como ya hemos indicado, no siempre se sujeta la vena del Sr. Grilo.

Mi Fuensanta y *Tu traje azul* son composiciones amorosas, escritas con más descuido. Cántase en la primera la pasion, tal como la engendra el sol ardiente de Andalucía; esto es, la pasion que brota instantánea de una mirada, que se incuba rápidamente en dos almas, y que una vez la emocion sentida, necesita llegar al instante á la fórmula más intensa de expresion:

Acaso por extraña simpatía,
Solos y amantes sin pensar nos vimos;
Era la vez primera..... y parecia
Que ya en otra ocasion nos despedimos.

En ambas composiciones se nota la misma vehemencia: el poeta quiere decir todo lo que siente de la mujer amada; ensalzar cuanto la rodea; sorprender en sus ojos las emociones de su alma; explicar cómo son sus ojos, sus cabellos, sus vestidos; erigir en un altar la reja donde la ha visto por vez primera; encontrar de una ojeada hasta las más recónditas excelencias del azul de su traje: y todo esto lo expresa con el desórden, con la movilidad, con el lirismo impresionable y descuidado que suele imprimir á las poesías del Sr. Grilo el sello brillante de la improvisacion.

Pero la correccion y la crítica son el resultado de la madurez. El Sr. Grilo es un poeta jóven por la edad, y más jóven aún por la frescura de la fantasía; posee en alto grado la inspiracion y el sentimiento', imprescindibles condiciones de toda grandeza, y no sería justo exigirle aquellas dotes que en más experimentados ingenios suelen ser el producto de un dilatado estudio de las facultades.

Á este número pertenece el Sr. Ruiz Aguilera, uno de los ingenios que en el movimiento poético de estos últimos tiempos han sabido unir á una inspiracion íntimamente popular, las galas de un estilo correcto y elegante. Pocas son, pero muy notables, las composiciones de este poeta, acerca de las cuales tenemos que llamar aquí la atencion de los lectores. La más capital es una oda filosófica, titulada *En el cementerio*, de levantado tono y de formas grandiosas y severas. Hay en esta poesía pasajes grandilocuentes, tales como aquel que empieza:

¿Será verdad, oh creacion del mundo, etc.,

en los que el autor hace sonar el estro de los Herreras y los Riojas, y alcan-

za en la expresion la sobria elegancia de nuestros clásicos. Quizá del carácter que estas circunstancias imprimen á la composicion, desdicen las frases, demasiado científicas, que á veces emplea el poeta al hablar de las armonías del universo; pero este defecto, dado que sea digno de tomarse en cuenta, no perjudica en gran manera al conjunto de la poesía, y está ademas compensado con rasgos tales como el que acabamos de citar y el magnífico arranque con que termina el poema:

¡ Huye, pavor del ánimo cobarde, etc.

No es éste momento oportuno de juzgar, en toda la extension de su talento poético, al Sr. Ruiz Aguilera; de otro modo veríamos cómo sabe encontrar la inspiracion en las fuentes que le son más simpáticas y familiares.

Las demas composiciones del Sr. Ruiz Aguilera son un romance *Á España en sus discordias civiles*, muy sentido, y en el que se nota aquella culta naturalidad de nuestra poesía popular, que tan perfectamente ha sabido interpretar este autor en sus poesías más generalmente conocidas y apreciadas; una *Introduccion á la sátira inédita Grandezas de los pequeños*, que, segun la muestra que nos ofrece el Sr. Ruiz Aguilera, debe ser digna de la discreta y regocijada musa que con frecuencia inspira á este poeta; dos buenos epigramas y un poemita precioso titulado *El cántaro roto*, de muy delicado sabor poético.

Otro ingenio de levantado vuelo, pero en quien se agita mas visiblemente ese númen propio del siglo que vacila entre la duda y la fe, unas veces agobiado bajo el peso del escepticismo, otras acogiéndose en el sagrado de las creencias, solicita en este punto nuestra atencion. Las composiciones del señor Nuñez de Arce, como las de otros poetas que buscan la inspiracion en la conciencia íntima del siglo, y viven, si así podemos decirlo, vida de actualidad, son la expresion de esa lucha del espíritu creyente por naturaleza; contra el espíritu razonador, áun no contagiado con el grosero materialismo, lucha en que el poeta se deja arrastrar más de una vez por la pendiente de la duda, pero en la que al cabo llevan la mejor parte los entusiasmos y las creencias del alma: tan cierto es que el enemigo implacable y mortal de la fe y de los nobles instintos del hombre no es la razon, que al esclarecer con la antorcha de la ciencia todas las tinieblas deslumbra por un momento nuestra vista, sino el grosero positivismo, síntoma infalible de muerte de las sociedades humanas.

De esta pasajera obsesion del genio escéptico, que el poeta maldice despues en un vigoroso arranque, encarnándole en la figura de Voltaire, son ejemplos la composicion *Velut umbra* y el soneto titulado *Problema*. En ambas está expresada la fluctuacion del espíritu, ambas terminan en la duda; pero no en aquella duda irónica que es ya el resultado de una atonía, sino en la duda del sentimiento desconsolado que teme la hora decisiva del desencanto y desfallece en la incertidumbre. Así dice el poeta al terminar la primera de las composiciones mencionadas:

Cae en mortal cautiverio
Cuanto el alma inquieta y muda
Busca y ama, anhela y nombra :
Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra.

Es, pues, el alma amante, el alma que busca con inquietud la explicacion de cuanto anhela y nombra, la que aquí se abandona al desaliento; y la duda colocada en estas alturas del sentimiento, se resuelve siempre en la fe.

Aparte de estas consideraciones, échase de ver desde luégo al leer esta composicion que el espíritu que lucha con el escepticismo es el de un buen poeta, y que reina en toda ella un tono de simpática melancolía que recuerda el de las famosas trovas de Jorge Manrique.

En el soneto titulado *Problema* la inquietud de la duda es más punzante; el espíritu sacude las nieblas de la melancolía y busca la palabra del enigma apostrofando al mismo Dios :

¿Por qué desde Caín la humana raza,
Sometida al dolor, con sangre traza
La historia de sus luchas giganteas?
Y si es ficcion la gloria prometida,
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

En otra bellísima composicion, titulada *En el monasterio de Piedra*, el poeta se entrega á una brillante reaccion del ánimo, y desafía al ateo á que contemple, sin caer de rodillas, el espectáculo que mueve su númen. Rebosa en toda esta poesía la más vehemente inspiracion, y tiene estrofas como ésta, en que todo es feliz, el pensamiento, la forma y hasta la gradacion perfecta contenida en el cuarto verso :

Arpa es la creacion, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor ni acento
En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

La ultima estrofa de esta composicion es muy buena: el poeta ha encontrado la palabra del enigma, el por qué de la lucha humana. Hay una causa superior, omnipotente, origen de todo bien: llegan momentos en que el insensato orgullo del hombre quisiera sobreponerse á Dios y proclamarse árbitro soberano del espíritu y de la materia, y el Sr. Nuñez de Arce dice de la criatura sujeta á esos paroxismos de la soberbia humana:

En vano golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.

Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

El Sr. Nuñez de Arce evoca despues en un soneto la sombra de Voltaire; le concede, en tono sarcástico, la completa victoria alcanzada por su escepticismo, y escribe este magnífico terceto en que le adjudica la palma debida á los genios funestos:

Ya el Cristo se desploma; *ya las teas*
Alumbran los misterios del camino;
Ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

Nótese la belleza del pensamiento contenido en el hemistiquio y el verso subrayados: no es la luz fulgurante de la conciencia humana; son las teas de la orgullosa razon las que pretenden esclarecer los misterios insondables del camino.

Así escriben los buenos poetas.

Pero la más grandiosa de sus composiciones es la titulada *Miserere*. En esta poesía Nuñez de Arce evoca, como Quintana, las sombras augustas que bajo las bóvedas del Escorial duermen el sueño de la gloria, eternamente velado por las generaciones ó el hondo sopor de la fatalidad. Los cadáveres de todos aquellos reyes, príncipes y magnates que vieron llegar á su espléndido apogeo y desmoronarse despues en manos débiles el imperio más poderoso que ha visto la edad moderna, se levantan de sus sepulcros á la voz del más grande de todos ellos, y se congregan en la nave de la suntuosa basílica haciendo brotar de sus huecas entrañas los fúnebres acentos de un *miserere*. El canto de aquellos muertos, que representa los esplendores y las tinieblas de otros tiempos, es un lastimero gemido que exhala el pasado ante la accion demoledora del progreso presente. El poeta ha pintado con sombríos y enérgicos colores esta fantástica solemnidad. La escena en que todos aquellos esqueletos, medio cubiertos con los harapos de su pasado esplendor, se levantan de las tumbas, y en que todos aquellos fantasmas de príncipes, inquisidores y guerreros, que representan los grandes poderes de la tierra, cruzan con paso automático y silencioso los sombríos corredores del monasterio, está admirablemente descrita y abunda en imágenes felizmente inspiradas en el genio pintoresco de lo terrible.

Las arpas mudas es otra hermosa poesía y otro lamento del poeta al contemplar la enseña de regeneracion que nuestros padres saludaron con santo entusiasmo, arrastrada hoy por el lodo en manos de las turbas, desgarrada en el tumulto y envilecida por el escepticismo.

Un poeta que se inspira en la actualidad y siente los estímulos del bien, deja brotar de su lira, como el Sr. Nuñez de Arce, estas sentidas endechas:

Pero hoy ¿qué alegre canto
Entonarán las Musas?
La llama del incendio
Nuestro camino alumbra.

La libertad, seguida
De alborotadas turbas,
Arrastra por el fango
Su blanca vestidura.
   El entusiasmo espira
En lecho de dolores :
Atónita y turbada
La fe su venda rompe, etc.

Estos versos, como toda la composicion, se distinguen por el calor y el sentido profundo que se admiran con frecuencia en las poesías de Nuñez de Arce.

La sencillez, la ternura y el colorido son las cualidades que sobresalen por lo comun en las poesías del Sr. D. Antonio de Trueba, uno de los más justamente celebrados escritores que han honrado las páginas de este libro. Las composiciones que forman parte de esta coleccion ofrecen en grado muy notable aquellas cualidades y no desdicen de las muchas y muy buenas que con general aplauso ha producido el númen ingenuo y delicado de este poeta.

Son todas ellas idilios en que predomina esa poesía íntima que encuentra el sentimiento, la gracia y la naturalidad en las emociones más dulces del hogar y del suelo nativo, y que dejan como un perfume gratísimo en el alma del lector. No es preciso notar sus rasgos más sobresalientes : *Mi valle*, *Santo y Santa*, *El Domingo*, *Frutas ágrias*, y otras no ménos bellas, abundan de tal modo en toques delicados y en pinceladas ricas de color, que sería fuerza reproducirlas íntegras si hubiéramos de buscar en ellas ejemplos de buena y sentida poesia. Son dignas del autor de los *Cantares*, que andan en manos de cuantos rinden culto á lo bello, y éste es su mayor elogio. Citarémos, sin embargo, *Mi valle* y *El Domingo* entre las más sentidas de este autor.

La segunda, particularmente, es bellísima, y respira toda ella el delicado perfume de que dan idea estos versos, que pueden servir como ejemplo de elocuente sencillez :

¡ Qué alegre es el domingo
Cuando cariño y pan
Al volver de la iglesia
Se encuentra en el hogar,
Ó bajito, bajito,
Que lo oiga Dios no más,
Se ha conseguido alguna
Promesa muy formal
De labios que parecen
Hechos para besar, etc.

Esta ternura, esta animacion y esta naturalidad se admiran por lo comun en las poesías comprendidas bajo el título general de «Primaverales.» Son idilios, repetimos, en que el Sr. Trueba suele anteponer á la gracia que en la antigua poesía suele ser el principal adorno de este género de composiciones, el calor del sentimiento cristiano y la expresion ingénua de los más inti-

mos afectos del alma. ¿No es, por lo demas, esta última cualidad poética la que hace tan generalmente simpáticas las buenas composiciones del señor Trueba?

El espacio nos falta para juzgar con alguna extension otras páginas del Album, pocas ya en número, debidas á otros ingenios, y cuyo exámen nos ofreceria frecuentes ocasiones de alabanza, si no hubiéramos llegado al límite trazado á este largo y desaliñado escrito. Las poesías de D. Antonio Arnao y D. Francisco Perez Echevarría, escritor elegante y de formas correctas el primero, poeta el segundo á quien asiste con frecuencia una inspiracion levantada y calorosa; el poema titulado *Querellas del vate ciego*, debido á la pluma de un ingenio, que hurta la cara al aplauso bajo el pseudónimo de Larmig; poema que por haber llegado tarde á nuestras manos no ha sido comprendida en el juicio que al principio de este prólogo hemos hecho de los trabajos de este género, contienen bellezas que aquilatan no poco el mérito del presente libro y dan una idea más aventajada de la que domina en la opinion comun acerca del númen poético de la España contemporánea.

Entre las poesías del Sr. Arnao, *La Vision* es la más notable por el pensamiento y la inspiracion. En las del Sr. Echevarría esta última cualidad es frecuente. La oda *Al mar Cantábrico* abunda en rasgos poéticos, nobles y vigorosos, tales como éste, en que el poeta compara las tempestades del mar con las de la vida humana:

Yo vengo de otro mar. En él se agita
Turbulento oleaje
De envidias y rencores confundidos.
En él se precipita
La horrible tempestad de las pasiones.
Ruge el crimen y mueren oprimidos
Los ayes del dolor como en tu seno
Mueren las blandas auras
Cuando se extiende rebramando el trueno.

No es ménos notable por el tono y la elevacion aquel otro pasaje que empieza así:

El aliento de Dios aquí se agita
En este mar profundo,
Donde las olas sin cesar renacen
Como los siglos en el mar del mundo, etc.

Las querellas del vate ciego es un largo monólogo en que el inmortal autor del *Paraíso perdido* lamenta los dolores de aquella vida política y literaria, que tuvo tan activa parte en una de las luchas más memorables que recuerda la historia del género humano. El autor encuentra muchas veces en este poema el acento profundo y elocuente de aquella alma grande y resignada, que supo soportar tan noblemente los embates de la fortuna, y que nunca se mostró infiel á su propia gloria.

Hay en todos estos trabajos no pocos rasgos notables, que entregamos

sin exámen á la discreta atencion de nuestros lectores, ántes de consagrar un tributo de respeto y admiracion á las últimas páginas del Album Poético. Estas son preciosas, porque encierran el postrer pensamiento de un ingenio ilustre, del inolvidable Duque de Rivas. Son poesías familiares inéditas, una epístola discretísima escrita desde Nápoles en fáciles y galanos tercetos, y cuatro versos dirigidos por este insigne poeta, en los últimos instantes de su vida, á un hombre no ménos ilustre, por quien en estos momentos lleva luto la patria. Este último pensamiento está dedicado á D. Salustiano de Olózaga, y es la agonía de aquel ingenio fecundo y laborioso, que tanto contribuyó con sus obras á regenerar el gusto literario en España, y á cuyo recuerdo irá siempre unido este título de gloria imperecedera.

Madrid, 1.º *de Julio de* 1873.

Peregrin García Cadena.

ISABEL LA CATÓLICA

EN ORIHUELA,

LEYENDA SACADA DE UN CÓDICE DE FAMILIA,

DEDICADA

Á LA CONDESA DE***

POR EL MARQUÉS DE MOLINS.

ROMANCE PRIMERO.

LAS CÓRTES DE 1488.

Ya es tiempo que un solo yugo
Abarque en robustos lazos
Desde el frígido Sobrarbe
Hasta el aurífero Darro:
Y la cruz, que en Covadonga
Alzó el infante Pelayo,
Fulgure enhiesta en la Alhambra,
Por Isabel y Fernando.
Y es divina Providencia,
Que los muros que miraron
Del artero Teodomiro
El irrisorio reinado,
Resto efímero y caduco
Del godo poder y el fasto,
Que en el fatal Guadalete
Con Rodrigo naufragaron,
Miren tambien la saeta
Postrera, que bella mano
Contra el poder agareno
Tiende certera en el arco.
Dios la aguzó. ¿Quién resiste?

¡Ay del infiel! Tú, mi patrio
Solar, alégrate y presta
Acento digno á mi labio;
  Que nunca más bellos dias
Lucieron para los campos
Que fecunda entre azahares
El Segura orcelitano.
  Ni ¿quién reseñar pudiera
Los próceres esforzados
Que tus arábigos techos,
Noble Orihuela, hospedaron?
  Allí está el Marqués de Cádiz,
El conquistador preclaro
De Málaga, el de Ledesma,
Y don Pedro de Velasco;
  Allí brilla por sus galas
El Duque del Infantado,
Y el de Alburquerque, y los Condes
De Monteagudo y de Castro,
  Y Pedro Lopez Padilla,
De Castilla adelantado,
Y Chacon, que lo es de Murcia,
Yerno de Alonso Fajardo;
  Alli Gutierre de Cárdenas
El Comendador, criado
De la Reina, y señor de Elche
De su dulce oficio en pago;
  Y el gran Cardenal de España,
Y el Cura de los Palacios,
Cronista, y el padre Deza,
Del príncipe don Juan ayo.

Y allí las Córtes del Reino,
En sus tres potentes brazos,
Procuradores de villas,
Ricos-hombres y prelados.
Vinieron desde Valencia;
Fueros y leyes juraron
En el templo venerable
Del Santo Apóstol Santiago;
Y en premio á la paz que obtienen
Por sus reyes, les dan cautos
Fuerza ó plata (*tanto monta*),
Y hombres, y armas, y caballos,
Con que terminen la guerra,
Y lancen al africano
Allende el mar, y rematen
La promesa de Pelayo,
Y venguen á Teodomiro
Con el valor de Fernando,
Ó con la virtud sublime
De Isabel, que (*monta tanto*).

ROMANCE II.

EL CONCEJO.

Resueltas están las Córtes,
Soberanos son sus votos:
Así reune Orihuela
Un popular consistorio
Para aprestar los servicios
Y acudir con el socorro
Que los Católicos Reyes
Han de lanzar contra el moro.
Mover guerra al agareno
Lo quieren, lo aplauden todos,
Y dar, por tanto, el tributo
Bien cumplido y pronto, pronto.
Cada cual al noble peso
Intenta poner el hombro;
Pero al computar el tanto
Son los dennestos y ahogos.
Guardamar pretende alivio,
Porque dice que es notorio
Que tiene, por las crecidas,
Azarbes y puentes rotos.
—Tanto mejor; á más riego
Más cosecha, dicen otros.
—Alíviese á Cox, que tiene
Sin simientes los rastrojos.

—Rojales y Benejúzar
Pagan mucho, grita ronco
Su síndico, y le responden:
—Callosa y Catral no poco.—
—Todo eso ménos valiera,
Dijo el viejo Gil de Sotos,
Si por cada heredamiento
Se partiera igual el cobro;
Que en impuestos y en arados,
Por experiencia conozco,
Cargar el yugo es muy fácil,
Saberlo igualar es todo.
Ya veréis en éste cuántos
Se escapan, zagueros y horros.
—Por lo ménos, los Soleres
No pagarán, dicen otros.
—Y es razon, dice un tercero;
Váyase por cuando solos
Pagaron, miéntras mandaban
Los de don Juan y de Osorio.
—Los de don Juan no se niegan
Nunca á los lances honrosos,
Dice aquél. Y éste responde:
—Cierto, á los lances devotos.
—Haya paz, dijo el ladino
Gil Sotos. ¿No veis, cachorros,
Que siendo de una camada
No se han de morder los lobos?
Los de don Juan y Soler
Son unos, como yo y Sotos,
Desque don Jaime y Leonor

Se unieron en matrimonio.
—¿Quién nombra al *Sol de Orihuela?*,
Dijo entrándose en el corro
Un labrador de la Daya,
Terciada la manta al hombro.
—Nadie que no la respete,
Contestó el viejo.—Seo zorro,
No cace palomas, dijo
El dayés con aire torvo.
—No cazo, repuso Gil,
Que me faltan piernas y ojos,
Y áun por eso no columbro
Aquí á los pájaros gordos.
—Es verdad, no está don Jaime,
No ha venido, observa un mozo,
Y eso que paga tributos,
Que pasó el año de novio.
— Es cierto, ni el señor tio,
Don Juan, el que anda tan fosco
Desque perdió la bailía
Y la mujer este Agosto.
—¿Por qué no viene al Concejo?
¿No quiere pagar tampoco?
—Harto, dijo el de la Daya,
Paga don Juan, yo le abono:
Que para hospedar al Rey
Y á la Reina es un asombro
Lo que ha gastado en su casa
Y en muebles y en seda y oro.
—Ese fuera, dicen muchos,
Juez partidor recto y probo.

Que es imparcial, pues ya paga.
—Nombrémosle, dicen otros.
—No está aquí, replica el viejo,
Encubriendo mal su enojo,
—Vaya con Dios : partidores
No faltan entre nosotros.
— A votar, llama entre tanto
El Gobernador, y entorno
Agita la muchedumbre
Pechos, brazos, mantas, gorros.—
Así las hojosas vides
En las tormentas de otoño
Se arremolinan y enzarzan
Al ágrio silbar del Noto.—
Y en esto, cual combustible
Se amontonan nombres propios,
La discordia acerca el fuego
Y la envidia arrecia el soplo.—
Y á poco si de los bandos
De Roca y Soler al ódio
Vuelve á levantarse llama
Del no apagado rescoldo.—
Que de Ponces y Guzmanes
El ciego feudal encono
Encontraba imitadores
Hasta en humildes villorros.—
El Gobernador suspende
La eleccion, cauto y celoso ;
Y el pueblo sale á la plaza
Casi alzado en alboroto.
Allí pasaba don Juan,

No ya macilento y solo,
Mas con Leonor su sobrina,
Lucero de estos contornos;
  Con Leonor, Sol de Orihuela,
La de los cabellos blondos,
La que hace brotar virtudes
En donde pone los ojos.
  El pueblo les dejó calle,
Abriéndose á un lado y otro,
Y camino de Palacio
Siguió sus pasos absorto.

ROMANCE III.

EL HOSPEDAJE REAL.

En un alcázar que estriba
Sobre el puente de Bigastro,
Á quien da el Táder fecundo
Espejo, defensa y baño;
Donde Berenguer el noble
Hospedó en tiempos pasados
Contra dos Pedros crueles
Al Infante D. Fernando;
En donde al presente lucen
Aspe su purpúreo mármol,
Callosa su negro jaspe,
Benejúzar su alabastro;
Cuya trepada azotea,
Con lises interpolados,
Roques de ajedrez coronan
Por divisa y por ornato;
Cuyo escudo gentilicio
Y cuyo viejo retablo
Publican, como la alcurnia,
La devocion de sus amos;
Y en estancias que embellecen
Guirnaldas de rosa y lauro,
Paños de Flándes y alfombras,
Terciopelos y damascos,

Brilla como en su apogeo
El más pasmoso milagro
Que diera asunto á la historia
Y pábulo al entusiasmo.
Guerras trata, y es piadosa
Más que los Dezas y Hernandos;
Es mujer, y más bizarra
Que los Ponces y Gonzalos.
Arrostra cualquier peligro,
La vence cualquiera llanto,
Ningun Rey es su maestro,
Cualquier infeliz su hermano.
Sus hijos son los de España;
Porque en su amor ha juntado
Los que en el Ebro nacieron
Con los que beben del Tajo.
No en riquezas con el rico,
No en poder con el tirano
Compite, ni mueve guerras
Por agrandar sus Estados.
Crucificada en su trono,
Vuelta la vista al Calvario,
Recibe del Rey de reyes
Fuerza, corona y dechado.
¿Su nombre? ¿Quién no lo aclama
Desde el Oriente al Ocaso?
No tú, mi linda señora,
Ignoras ya de quién hablo.
Tú, que crecida en los valles
Del imperio mejicano,
Tierna flor, te abriste al cielo

Al influjo de aquel astro.
  Tú, que *Isabel* balbucías
Con puro inocente labio,
Como símbolo de gloria,
Emblema sublime y santo;
  Coyunda de amor tendida
Desde Calpe al Chimborazo,
Que bajo la cruz del Gólgota
Hace á dos mundos hermanos.
  ¡Isabel! Por tí, Occidente
Conoce ya el increado
Sol, y no mancha sus aras
Con sacrificios humanos.
  Y si hoy parricidas tornan
Á más fieros holocaustos,
Isabel, desde los cielos,
Hará que se den las manos.
  Madre fué suya; sus joyas
Del error los rescataron;
Náufragos de la barbarie,
Los arrancó al Oceáno.
  Así el suelo que algun dia
Colon, Cortés y Pizarro
Fecundáran, no se torne
De los logreros mercado.
  Y la que en lecho de muerte
Hizo á *sus indios* legados,
Tambien mandará del cielo
Para *sus indios* amparo.

— —

ROMANCE IV.

LA OFRENDA.

En un estrado que forma
Doble elevada tarima,
Bajo un dosel recamado
Con lazos, yugos y cifras,
Sentados están los Reyes
En sendas talladas sillas,
Merced otorgando á muchos,
Haciendo á todos justicia.
Sirve detras de la Reina,
Doña Beatriz Bobadilla,
Y al Rey, Jorge de Alarcon,
El señor de Fuentecillas.
Ya de delante los pajes
El luengo escaño retiran,
En que las Córtes han dado
Su postrera despedida.
Y por la anchurosa escala
Baja ya la clerecía,
Muy ufana con su arenga
En buen latin de Lebrija.
Hay, con todo, quien recele
De una apacible sonrisa,
Que ha sorprendido en la Reina;
Que es la Reina gran latina.

Empero escena más grata
A otra parte la convida,
Que va en la cámara entrando
Turba de zagalas lindas.
Las flores que todas llevan
Deslucen con sus mejillas;
Otras de sus negros ojos
Lanzan fulgurantes chispas.
De brocatel y cetí
Ostentan la falda rica,
De fino cendal las tocas,
Las negras trenzas por cima.
Negras sí, que por respeto
Y urbana contesanía,
No hay una con áureos rizos
Que con Isabel compita.
Y á la Reina, en homenaje
De amor y agüero de dicha,
Nativos frutos presentan
En labradas canastillas.
Orihuela dá en presente,
Con rubio trigo en gran copia,
Las hebras que diligente
Labra en su morada propia
La crisálida de Oriente.
Trajo escritos y de aroma
Sus melones Guardamar;
Y con el propio azahar
Molins la dorada poma,
Que el Asia puede envidiar.
Humildes frutos dá Urchillo

De picante carmesí;
Y destilando rubí,
En bien curtido odrecillo,
Trajo vino Almoradí;
Cox le presenta nopal,
Y áloes de tierra esquiva;
El áureo jugo Rafal
De la lucífera oliva;
Y sus cáñamos Catral;
Y otros esquilmos habia,
Y ramos de nardo y rosa,
Y por más galantería,
Por donde quiera lucía
La granada misteriosa.
Callosa, en fin, con membrillo
En pasta copió la almena
De su moruno castillo,
Y con dátil amarillo
Labró la roca y la arena.
Y en una palma curada
En los pensiles del moro,
Puso una letra labrada,
Que dice «Mayor tesoro,
Reina, te espera en Granada.»

ROMANCE V.

DON JUAN.

Cuán afable el rey Fernando,
La Reina cuán expresiva
Avaloran los quilates
De aquella ofrenda sencilla.
Ora llegan á los labios
Las frutas, ora examinan
Las agrícolas labores,
Que su rendir multiplican.
Ni de Isabel para en esto
El afan: luégo festiva
Al trigo llama *su aljófar*
Y á la granada *su envidia.*
Y solícita se informa
De los pueblos y familias;
Su jardin, llama á la huerta,
Y á las zagalas *sus hijas.*
Por eso las que á la entrada
Iban trémulas y tibias,
Arden de puro entusiasmo
Y de amor á la salida.
Y luégo hablando á los nobles,
Que en la cámara se apiñan,
Tiene Isabel para todos
Dulces palabras y dignas.

A Rocafull de Albatera,
Y al señor de Jacarilla
Distingue, y al de Rafal,
Y al de Arneva y al de Alquibla.
Y como en una ventana
Tras las agolpadas filas
Viese al anciano don Juan
Casi oculto en la cortina;
—¿Cómo así el amo de casa?
Dijo Isabel. Y él replica:
—Porque yo soy el criado
Do quiera que el Rey habita.
—Siempre tuvo, dijo el Rey,
Don Juan las respuestas vivas:
Así le dejára agora
Su añeja melancolía.
—Me duele ver, dijo el noble,
Pasada mi edad florida
En inútiles querellas
Y en sangrientas banderías.
Cual los Ponces y Guzmanes
Afligieron á Sevilla,
Carvajal y Benavídes
Las extremeñas campiñas,
Los de Manuel y Fajardo
La noble ciudad vecina,
Otros bandos parecidos
Ensangrentaron la mia.
Lucha que postró mi casa
Como Aragon y Castilla,
Y nada que dar me deja

Para la santa conquista.
—Sí tal, repuso la Reina,
Con voz casi compasiva,
Dios, que los dones bendice,
Da qué dar como le pidan.
Tambien de viejos agravios
La tenaz memoria antigua
Es á Dios y es á los Reyes
Noble dádiva y opima.
—¿Y qué sirve á Vuestra Alteza,
Permitidme que lo diga,
Que perdone ó que se vengue
Un pobre hidalgo en su villa?—
El Rey, no bien conociendo
Al viejo Baile, imagina
Que áun resentido recuerda
Que él le quitó la bailía,
Y dice:—Don Juan, los Reyes
Á Dios mismo simbolizan:
Por él rugen los leones,
Por él las aves anidan.
Los nobles son en la hueste
Los ministros de sus iras,
Y han de ser en sus estados
Reflejo de su justicia.
El Rey es todo de todos,
Y así no es mucho que exija
Gratitud si recompensa,
Y humildad cuando castiga.
—Yo que don Juan, mi Fernando,
Humilde respondería:

(Dijo Isabel, que miraba
De entrambos arder la vista.)
Yo dijera que es más bien
Como el agua la hidalguía,
Que á la majestad del sol
Dócil se presta y benigna:
Su claridad y hermosura
Retrata, si es pura y limpia,
Y mortífera la tornan
Sus rayos, si es corrompida.
Á veces en vanas nieblas
Se levanta y se disipa,
Á veces en gratas nubes
Los sembrados fertiliza.
Su luz en lagos refleja,
Su ardor en fuentes mitiga,
Y sol y agua son del pobre
La Providencia divina.
—¡Ah! Señora, sea en vos
Reverenciada y bendita,
Dijo don Juan, y una lágrima
Humedeció sus mejillas.
—¿Qué os daré yo como prenda
Del amor que ya me anima,
Y hace hervir mi helada sangre
Como en juveniles dias?
¡Ay! Ya mis hombros se niegan
Á la militar loriga,
Y no me quedan caudales
Con que pagar quién os sirva.
—Dadme el amor de estos pueblos;

Que á vuestro ejemplo revivan
La fraternidad, la fuerza,
La fe, la constancia antigua.
Viéndoos perdonar agravios,
¿Quién hay tan vil que no os siga?
Que no es grande el que más tiene,
Sino el que más edifica.
—Será así, dijo don Juan:
Desde hoy mi lealtad os brinda,
Si no el hierro de mi espada,
Los yerros ¡ay! de mi vida;
Y mi fe al Rey y á la patria
Vincularé en mi familia.
Dijo, y besando la mano
Calló y dobló la rodilla.

ROMANCE VI.

DOÑA LEONOR SOLER.

Entre todas las bellezas
Que en las plazas y paseos
Tributan á sus monarcas
Curiosidad ó respeto;
Y entre las damas ilustres
Que en los regios aposentos
De visitar á los Reyes
Gozaron el privilegio;
Una las eclipsa á todas
Por la gracia y el talento,
Que cual en pomo dorado
Encierra en su débil cuerpo.
Ancha su frente, da plaza
Á elevados pensamientos,
Mesurado el continente,
Noble ademan y resuelto.
Perlas da el mar á su boca,
Si el coral las guarda dentro;
Son de rosa sus mejillas
Y áun á menudo de fuego;
De alabastro su garganta,
De oro agramado el cabello,
Garzos los ojos y puros
Semejan al mar y al cielo.

Pero lo que más sorprende,
Lo que en el estrado regio
Le merece los encomios
De aquel tropel palaciego,
Es la viva semejanza
Que tiene en su porte y gesto
Con la Reina, que al notarlo
Nubló el semblante risueño.
No es envidia, no, que nunca
La conoció, y un secreto
Gozo femenil le dice
Que es de tal copia modelo.—
Goza en ella viendo al vivo
Su retrato sin el sello
Que ya en su frente sagrada
Imprime profano el tiempo.
Y al mirar tanto donaire,
Tan juvenil embeleso,
Recuerda triste los años
De Madrigal y de Arévalo.—
Y áun por eso no curiosa,
Mas solícita en extremo,
Se informa de sus costumbres,
De su estado y de sus deudos.
No pregunta su linaje,
Sabe que es noble, y á un necio,
Que prolijo se lo cuenta,
Dice: — Basta de abolengo.
Aquel juzgo por más noble
Que ménos presume serlo,
Y que imita y no relata

La virtud de sus abuelos.—
  Leonor Soler es el nombre
De la dama; bien que el pueblo
La llama el *Sol de Orihuela*
Y de su *huerta lucero.*
  Ha tiempo fué pretendida
De un jóven hidalgo y bueno,
Don Jaime, el que ya dijimos
Que es al presente su dueño.
  Don Juan, que era á la sazon
Baile general y deudo
Del amante, hombre iracundo,
Bien que probo y justiciero,
  Por no sé cuáles demandas
Que los Soleres pusieron
Al patrimonio del Rey,
Que él guarda, parte derecho,
  Y viene á los cintarazos,
Dejados atras los pleitos.
Turbáronse los amantes,
Las familias y los pueblos,
  Y alzáronse banderías,
Y hubo carteles y duelos,
Refriegas y escaramuzas
Y rebatos y saqueos,
  Y áun durára tal desórden
Si por auto de Toledo
El propio Rey don Fernando
No le pusiera remedio.—
  El irascible don Juan
Fué por su Alteza depuesto,

Don Jaime partió á Sicilia,
Doña Leonor á un convento.
  Hasta que dadas las treguas
Por soberano precepto,
Se realizó el matrimonio
Há tres años, poco ménos.
  Es doña Leonor de entónces
Sol de amor para su dueño,
Íris de paz en su casa,
Ángel de Dios en el pueblo.
  De las solteras dechado,
De las casadas espejo,
Ornato de los ilustres,
Tesoro de los pecheros;
  Acoge á los desvalidos
Y conforta á los enfermos,
Y da más brillo á las fiestas
Y mayor culto á los templos.
  Es, en fin, porque se diga
De una vez tanto portento,
En todas estas riberas
Lo que Isabel en sus reinos.

ROMANCE VII.

UNA CARTA.

A vos, la noble Señora
De Cornera y de Centí,
Doña Leonor de Soler,
Mi prima por lo Belvis;
La que, segun dicen todos,
Es reina y señora aquí,
Ya que no por su realeza,
Por sus virtudes sin fin;
Sabed que la de Castilla,
Que es mi señora otrosí,
Os manda sus encomiendas
Y ésta me ordena escribir.
Trabajo os da la de Moya
Con esta su letra ruin:
Si os da gozo, es de la Reina;
Si os da molestia, es de mí.
Su Alteza diz que prendada
De vuestro aire señoril,
Y sabiendo las virtudes
Que en vos adora el país,
Y admirada de la gracia
Con que, humano querubin,
Disteis paz al iracundo
Y consuelo al infeliz.

Quiere con vos de estas cosas
Y otras muchas departir,
Y una merced otorgaros,
Bien que vos no la pedis.
Por esta breve noticia
Y su mandato, venid
Mañana en siendo las doce
A su regio camarin.
Bien lo conoceis, señora,
El de raso queremí,
Donde bálsamos labrabais
Con las flores del jardin.
Si en esto rompo un secreto,
Perdonadme tal desliz,
Que vos no perdeis en nada,
Y Dios gana. Con que así,
Él en su gracia mil años
Os guarde buena y feliz.....
Y á..... la Marquesa de Moya.
Firmado, treinta de Abril.
Y luégo añade en postdata,
En letra áun más baladí:
Así firmo miéntras firma
Su compañera, Beatriz.

ROMANCE VIII.

EL TOCADOR Y EL REGALO.

Junto á una mesa de jaspe,
Sentada en mullido escaño,
Entre pebetes y flores,
Ante un cristal veneciano;
Leonor, el Sol de Orihuela,
Está esparciendo sus rayos,
Y, aunque es bella y es bizarra,
Está confusa y temblando.
Un fino lienzo la cubre
Las espaldas de alabastro,
Y sobre él hasta la alfombra
Pende el cabello sin lazo.
Entorno de ella acontece
El más peregrino paso
Que viera Juan de la Encina
En su naciente teatro.
Su cabello mansamente
La de Moya está peinando,
Y la Reina le derrama
Perfume de fresco nardo.
Discreta así lo ha dispuesto,
Ó por pasatiempo grato,
Ó por útil enseñanza
A aquellos fieros hidalgos,

Ó por cimentar las paces
De los contrapuestos bandos
Con tal favor, ó por befa
De los linajudos vanos.
Y con sus dedos, que á torno
El marfil deslucen blanco,
Las rubias sedosas crenchas
Divide por ambos lados.
Y á doña Leonor pregunta:
—¿Tengo pesada la mano?
—No tal, aunque lleva el cetro—,
Dijo Leonor de contado.
—Beatriz, añadió la Reina,
¿No vendrian de milagro
Unas perlas de marquesa
Y sendas hojas de acanto
Sobre este oro?—Y Leonor dijo:
—Por mí prefiero los ramos
Que me regala mi Jaime
De la Alquibla y el Barranco.—
Y la de Moya:—Este pueblo
Para vuestro sol no es campo.
—Dios me da tanta cosecha,
Marquesa, que apénas basto.
—Discreta sois como hermosa,
Dijo la Reina.—El tocado.—
Y Beatriz de Bobadilla
En un baulillo lo trajo.
Entónces la misma Reina
Le acomodó con sus manos
Un gracioso tocadillo

Bien compuesto de briscado,
  Que á manera de azahares
Lleva pinzantes colgando,
Y rosetas esmaltadas
De rosicler y de blanco.
  Y le muestra en azafates
De plata filigranados
Un brial de terciopelo
Azul y un rico tabardo.
  —Con él podrás, hija mia,
Acompañar el tocado,
Le dice, y agora escucha,
Que cual tu madre te hablo.—
  La jóven alzó la vista,
Se vió al espejo, y no osando
Verse á sí propia tan bella,
Oyó con los ojos bajos.

ROMANCE IX.

LAGUNA EN EL CÓDICE.

En este punto, señora,
Tiene el códice una cruz
De aquella forma que vido
Pelayo en el monte Astur.
Ya sabes que en otro tiempo
Era la usanza comun
Comenzar hechos y escritos
Con tal signo de salud.
Con él sucedió en Oriente
Roger de Flor á Raul,
Y dió á Berenguer de Entenza
Título de Magadux.
Y con él Roger de Lauria
Desde un velero laud
Órdenes dió, que cumplieron
El galo, el trace, el ligur.
¿Qué más? Librando á Sicilia
De los delfines de Anjú,
Aspiró á cruzar con barras
El libre argentado atun.
Con él entrambos Fernandos
Dieron al pueblo andaluz
Leyes que le libertáran
De Boabdil y de Aben-Hud.

Con aquel signo en Lepanto
Don Juan de Austria y Santa Cruz
Anunciaron la derrota
De Alí, Siroco y Uluch;
Y ya empezado el menguante
De la luna de Estambul,
Con sus triunfantes galeras
Viraron hácia Corfú.
Con cruz principian sus cartas,
De Canarias, Betancur,
Hernan Cortés, desde Otumba,
Pizarro, desde el Perú,
Pescara, desde Pavía,
Balboa, del mar del Sur,
Desde San Quintin, Felipe,
Magallánes, de Cebú,
Un Córdoba, en Garellano,
Otro Córdoba, en Flerus,
Colon, en el Nuevo Mundo,
San Javier, en Maliapur,
Y con él nos acataban
Clemente como Dragut,
Y llegaban provisiones
Desde los Andes á Ormuz.
No es mucho si un pendolista,
Conjurando á Belcebú,
Con cruz principió la copia
Que no ha terminado aún.
Él la exornó de arabescos
Y franjas de oro y azul,
Y puso á un lado columnas,

Borrado el *non*, claro el *plus*,
  Y al otro, bajo una palma
Sobre ajado almoraduj,
Triunfante el campeon de Cristo,
Exangüe el moro Gazul.
  Eso sí; mas del discurso
De la Reina, ni una Q:
Quedósele en el tintero,
Ménos la fecha y la cruz.
  Yo en su busca he consultado
Las obras de Bofarrull,
Los archivos de Simáncas,
Monzon y Calatayud.
  Todo en vano, mi señora,
Y ya presumo que algun
Robo erudito se esconde
Como el diablo tras la cruz.
  O más bien que compendiaron
En este signo comun
La autoridad y el cariño
Y la ciencia y la virtud
  Del discurso de la Reina,
Que fué elocuente, segun
Corre en la familia y marca
Aquel signo de Jesus.
  Así tal vez quien dibuja
Un sobrehumano querub
Sus inefables facciones
Vela con rayos de luz:
  Y la actriz que representa
Ante el reciente ataud

Del hijo el dolor materno,
Cubre su rostro con tul.
  Ello es que de tal escrito
No queda rastro ningun;
Acaso por la respuesta
Puedas inferirlo tú.

ROMANCE X.

EL BESO.

.....Dijo Leonor:—Vuestra Alteza
No me hable de marquesados;
Que yo no he de hacer por ellos
Lo que niego á su mandato.
Demás que allá en la clausura,
Desde mis primeros años
Aprendí á odiar el bullicio
Y á no codiciar el fausto.
—Yo tambien, dijo la Reina,
Juntando más los escaños,
Eso mismo he deprendido
En la soledad del claustro.
—Fundado por un su deudo,
Siguió Leonor, el Santuario
Donde me crié, ofrecia
Los blasones de mi amado
Por donde quiera; en el coro,
En la tumba, en el retablo:
Como si allí se educase
Mi amor con fines más altos.
Salí; di paz á dos casas,
Dando á mi Jaime la mano.
—Con Aragon y Castilla
Yo tambien hice otro tanto.—

—Así gota de rocío
Refleja del sol los rayos,
Y Dios da luz á la aurora
Y al mezquinillo gusano.
Dijo Leonor:—Él os unge
Con su fuerza, como al brazo
Dió el cetro de Recaredo
Y la espada de Pelayo.
Él dicta filial ternura
Al labriego, al artesano.
Y es España una familia,
Vos la madre, y Dios el amo.
Yo, señora, aunque criada
En más reducido estadio,
Tambien coloco mi trono
En el pecho de quien amo.
Tambien reino con mi Jaime,
Tengo deudos, y él criados,
Con mi ejemplo los gobierno,
Con mi cariño les pago.
Y aunque el asistir me honrára,
Como quereis, en el cuarto
De vuestros hijos, los mios
Me negáran sus halagos.
Y no que cuando los veo
Dormidos en mi regazo,
¡Hijos mios! que algun dia
Serán del vuestro soldados,
Me doy á soñar tesoros,
Y muy más ricos hallazgos
Que los que diz os promete

Ese genoves tan sabio.
  Y si ambicion, por ventura
Mueve en mi pecho rebatos,
Y en sed de ganar conquistas,
Por reinos extensos ardo,
  En el corazon del pobre
Hago entradas, doy asaltos;
Asiento allí mis reales,
Donde él cuenta sus trabajos.
  Y Dios, que os concede triunfos
Y que fecunda estos campos,
Multiplica mis limosnas
Y hace invencible mi llanto;
  Su Madre viene conmigo,
Y, de su amor al amparo,
Le torno muchos rebeldes
Por gratitud tributarios;
  Y cuando vuelvo á mi casa,
El rico botin que traigo
De amor y de bendiciones
Entre mis hijos reparto.—
  .....Iba á seguir, pero viendo
Segunda vez por acaso
En el cristal su semblante
Como la grana encarnado,
  La toalla por el suelo,
Desnudo el pecho de mármol,
La Reina y Beatriz absortas,
Y el sol hiriendo el tocado;
  Corrida consigo misma,
Paró..... balbuceó..... y temblando

Cayó de hinojos, y dijo:
—Perdonadme el desacato.
—¿Perdon? exclamó la Reina,
¿Lo has tú menester acaso?
La verdad es el tributo
Que da el noble al soberano.
Demás, que somos hermanas
En el reinar; aunque alcanzo
Que el reino en que tú gobiernas
Te causa ménos trabajos.
Es la virtud un imperio,
Y la belleza un reinazgo;
Quien es buena y es hermosa,
Do quiera encuentra vasallos.
Sí, del hogar, de los mares,
Desde el trono, desde el claustro
Arrancan ásperas sendas,
Que van á eternos palacios:
Allí nos guarda coronas
Quien reina sobre los astros,
Y eterno dura el imperio
Que con la virtud logramos.
Allí reinarémos juntas,
Mi Leonor, vén á mis brazos,
Dijo Isabel, y en su frente
Un beso estampó su labio.

ROMANCE XI.

PRÉSTAMO SOBRE FIANZA.

Las Córtes se han apartado,
Y aquel augusto lugar
Que dejan aparejado,
Doblemente consagrado
Al Apóstol tutelar,
Hoy á concurso mayor
Y más vário abre la puerta,
Y aunque con ménos primor,
De la ciudad y la huerta
Encierra la nata y flor.
Ello es que, el poder contrario
Vencido y rebelde afan
De Gil Sotos su adversario,
Fué proclamado don Juan
Partidor compromisario.
Y uno y otro heredamiento
De la feraz Orihuela
Vienen en aquel momento
Por ver cómo les revela
El arduo repartimiento.
Pueblan los verdes escaños
Síndicos y labradores,
Y con mantas de colores
Y tornasolados paños

Remedan verjel de flores.
Llegó el último puntual
Don Juan con pajes de azul.
Trayendo un descomunal
Y muy ferrado baul,
Que dejó junto al umbral.
Mucho dá que discurrir
El tal cofre á quien lo nota.
Y al fin se vino á inferir
Que nadie podrá salir
Sin dejar en él su cuota.
Don Juan al sólio en prolijo
Afan y mucho saludo
Llegó, y al concurso fijo,
Ya en sus asientos y mudo.
Con voz imperiosa dijo:
— Honrados vecinos de.....
Paró y dijo: — Mis hermanos,
Con voz más dulce, pesé
El tributo, chico á fe,
Que os piden los soberanos. —
Mostróse en torno extrañeza,
Y él continuó: — A lo que veo,
Yo he medido su grandeza
Al compas de mi deseo,
Y no de nuestra pobreza.
Mucho buscó mi razon
Cuál fuese reparticion
Justa para dar ofrenda
Que, sin dañar vuestra hacienda,
Se grabe en el corazon.

Y un arbitrio discurrí.....
Soy de Orihuela buen hijo.....
Pensad si os fiais de mí
Y si daréis lo que exijo;
Y todos dijeron: — Sí.
—Justo el cielo, y no clemente,
Continuó, plagas envia
Por manera diferente,
A muchos con la creciente,
A los más con la sequía.
Cada cual siente su daño.
Mas puesto que en varios modos
Todos padecen hogaño,
Fuera arbitrio bien extraño
El afligirlos á todos.
Búsquese quien su caudal
Por el de todos ofrezca,
Y así en lance sin igual
Más su virtud esclarezca,
Que es la nobleza rëal. —
Gil de Sotos, que esto oyó,
Luégo empezó á rebullir;
Alguno se le allegó:
—¡ Bravo modo de partir!.....
Dicen, y don Juan siguió:
—Mas tal ventura conviene,
Aunque á muchos cause enojos,
A quien la suerte previene,
Y ni mujer ni hijos tiene
Que hayan de cerrar sus ojos.
Los suyos luégo enjugó

El anciano, y prosiguió:
—Busquemos todos un hombre
Que pueda agrandar su nombre,
Ya que su familia no.
  Y porque al cabo se entienda
Por todos la razon mia,
Fallo que pague la ofrenda
Aquel que adquirió una prenda
De más precio esotro dia.
  —¡Qué bizarro desatino!
Murmuró Sotos artero.
—¿Qué va que este caballero
Alude en esto al molino
Que compré con mi dinero?
  Larga pausa. En ella habló
Con sus parciales el viejo,
Y hecha la intriga, exclamó:
—¿Quién libra, en fin, al concejo?—
Y don Juan repuso:—Yo.
  Con esto, de envidia ó pasmo,
Calló Sotos, y al momento
Diéronse vivas al viento,
Y rebosaba entusiasmo
La sala de Ayuntamiento;
  Porque, valga la verdad,
Aunque agente de alborotos,
Y logrero en la ciudad,
No gozaba Gil de Sotos
Mucha popularidad.
  Y por eso extremos hizo
La turba por causa doble,

Que, por ódio á lo postizo,
Aunque estime poco al noble,
Desprecia al advenedizo.
  En tanto la multitud
Se apiña en torno á la mesa,
Por dar á don Juan salud;
Y él con bizarra actitud
Por sus filas atraviesa.
  Ya por la puerta salia,
Cuando con voz importuna
Gil Sotos, que le seguia,
Preguntó:—¿Y cuál garantía?.....
Y don Juan gritó:—Ninguna.
  Pajes, dad el cofre de oro;
Que en hipoteca mejor
Puso la Reina que adoro,
Con sus labios un tesoro
En la frente de Leonor.
  Leonor, hermana y trasunto
De la esposa que adoré,
Ángel de paz y de fe,
De gloria y de amor conjunto,
La que por hija adopté;
  Leonor me guarda el recibo
Regio, y á todos se alcanza
Que no es mi dón excesivo,
Y es más bien que donativo,
Préstamo sobre fianza.

XII.

CONCLUSION.

Basta; que al recordar tiempos mejores,
Casi brota en mis párpados el lloro.
¡Oh tú, cuyos purísimos favores
Alzaron una hueste y un tesoro,
Y acallaron envidias y rencores,
Y echaron de Granada al torpe moro!
Dime, reina Isabel, ¿con cuál hazaña
Una patria formaste y una España?

España, donde luchan con demencia
Raza con raza, hermano contra hermano;
Y en feroz, bien que pobre, independencia
Aspira cada pueblo á soberano:
Y cada cual apela sin conciencia
Ántes que á su vecino al africano.....
Fué preciso, á calmar tamaño encono,
Subir la fuerza y la virtud al trono.

Y más aún; de su divina alteza
Fué menester que á tu dosel bajára
La santa religion, cuya pureza
El imperio español purificára
De envidia vil y sórdida pereza,
Y una familia con la fe creára
De Calpe altivo hasta el confin navarro,
Y del frio Nervion al áureo Darro.

Y Dios, al delegar en tu persona
El poder de su brazo omnipotente,
A tu pueblo bendijo, á tu corona
Dió los remotos climas de Occidente:
Para extender su fe de zona á zona,
Valor, ingenio prodigó á tu gente;
Y la extendió, miéntras armarse pudo
Con la ley del Señor, que era su escudo.

DEL Excmo. SEÑOR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AL RIO PIEDRA EN EL EX-MONASTERIO DE ESTE NOMBRE.
EL PLACER EN LA VIRTUD.
PARENTESCO DE LAS VIRTUDES. — EL AGUILA Y LA LECHUZA.
LA HISTORIA DEL LOBO VIEJO.
EPIGRAMA.

AL RIO PIEDRA

EN EL EX-MONASTERIO DE ESTE NOMBRE.

Á CÁRMEN.

A tu plácida corriente,
Rio, de tu tierra honor,
Obstáculo aterrador
Opónese de repente.
Hondo precipicio es
De rocas cercado y breñas;
Tú, raudo en él te despeñas
Con arrojo aragonés.
Al fin se ven arrolladas,
Tras rudo combate, allí,
Rebramando contra tí,
Las honduras anegadas.
Las registra el peregrino
Luégo con vista perpleja:
Son monumentos que deja
Tu victoria en el camino.
Grito de asombro se escucha
De quien lo ve y se entusiasma:
Tremenda la lucha, pasma
Cada estacion de la lucha.

Tu agua, rio, el aire puebla
De visos, cuando cayendo
De la cumbre con estruendo,
Salta convertida en niebla,
Cuyos átomos volantes,
Que el sol obsequioso adorna,
Gala del triunfo, los torna
Diamantes desmenuzados.
Pero, aunque al sol claro y puro
Tu insigne victoria luce,
Lo mejor que ella produce
Tú lo guardas en oscuro,
Donde ancha peña escarpada
Cubre con bóveda eterna
La prodigiosa caverna,
De los encantos morada,
Donde agotado el saber,
La voluntad confundida,
Rompió la mágica Armida
La vara de su poder;
Y tasando en su valor
Del recinto los primores,
A bellezas exteriores
Antepuso la interior.
Lo mismo, Cármen, verás
En otra naturaleza:
No es en alguna belleza
El rostro el que vale más;
Que tal vez le une otro don
Sumo el Todopoderoso,
Dándole al semblante hermoso

Más hermoso el corazon.
 Convienes, Cármen, conmigo,
Noble añadiendo y leal
Que es *Fulanita de tal*
Ejemplo de lo que digo.
 Honro á esa señora mia;
Mas como contigo hablaba,
Mirando ejemplificaba,
Retraté lo que veia.
 Cité con exactitud
Cabal, que mayor no cabe:
Deja, pues, deja que alabe
La verdad á la virtud.

EL PLACER EN LA VIRTUD.

FÁBULA.

«Enrique, mortifica tu apetito»,
Dijo Fray Amador al señorito,
Cuyos pasos al bien encaminaba:
«Si el dulce de guayaba,
Si otro cualquier manjar, que ves delante
Cuando la mesa cubren, estimula
De tal modo tu gula,
Que devorarlo anhelas al instante:
Por el que fué clavado en un madero,
Cómelo con paciencia lo postrero.»
Esto al doncel aconsejaba el Ayo;
Y hallándose presente
Un bellacon Lacayo,
Goloso y hablador impertinente,
«Sí, señorito (replicó travieso),
Tengo experiencia en eso
Más que Fray Amador, aunque me alabe.
Reservando prudente
Para el fin lo mejor, más bien me sabe;
Gastrónomo de gusto refinado,
Último ha de comer el gran bocado.»

Repuso el preceptor: «Benigno y justo,
Merecimiento Dios hace del gusto.
Verás, Enrique amado,
Verás en la virtud, si la siguieres,
Que ella es el gran placer de los placeres.»

PARENTESCO DE LAS VIRTUDES.

FÁBULA.

Otra vez que delante
Nuestro Lacayo bachiller estaba,
Fray Amador á Enrique le encargaba,
Como aviso importante,
Que, en general, cuando limosna diese,
Cuidadoso evitára que se viese.
«La caridad, le dijo, meritoria
Debe llevar consigo la modestia,
Y huir toda ocasion de vanagloria.»
Y aquí añadió el Lacayo: «Si es un bestia
Quien deja ver que da; se le echa encima
Tal nube de mendigos al momento,
Que verlos pone grima,
Y del ochavo que se da nos pesa.
Socorre usted á uno; acuden ciento,
Que alrededor chillando,
Se comen vivo al que se muestra blando.»
El Padre contestó: «Réplica es esa
Del que, sobre no dar, quita las ganas.
Las virtudes, Enrique, son hermanas;
Y no es la caridad únicamente
Benéfica, es humilde y es prudente.»

EL AGUILA Y LA LECHUZA.

FÁBULA (1).

Las dos aves de Júpiter y Pálas,
El Águila real y la Lechuza,
De buen pico las dos y grandes alas,
Riñeron del Olimpo en las esferas;
Y aunque fué de palabra, fué de véras.
«Ruin chupona de líquido de alcuza (2),
Fantasma horrible de nublosa noche
(Gritó la favorita del Tonante),
Vete léjos de mí, no te desmoche.
—Parla tan arrogante
(Replicó la Lechuza) no hace mella
En quien ve que las dos aquí habitamos.
¿Por dónde más que yo quiere ser ella?
Venga el por qué; veamos.
—Razon es que sin duelo
(El Águila repuso) te conteste:
Bien distinto en las dos, el caso es éste.
Yo al Olimpo me vine por mi vuelo,
Y á tí te trajo á la mansion celeste

(1) Original de Lessing, en verso. Traduccion libre.

(2) Las lechuzas de fábula chupan aceite; las otras parece que no.

Favor, que rancio ya se te conserva.
Entre sus faldas te ocultó Minerva
Para encajarte aquí. ¡Leña en espaldas
A bicho que voló, cogido á faldas!»

LA HISTORIA DEL LOBO VIEJO,

EN SIETE FÁBULAS (1).

I.

Entrando con sus uñas en consejo
Cierto Lobo sagaz al verse viejo,
Treguas hacer con los Pastores quiso.
Discurso meditó cuerdo y conciso,
Y en busca fué del Mayoral del hato,
Que á la lobera vió más inmediato.
«Pastor, dijo el truhan con voz melosa,
Tú por ladron me tienes y asesino,
Y, amigo, no hay tal cosa;
Es que tal vez y tal hace hambre tanta,
Que uno sale de tino,
Y clava el diente á recental y oveja,
Porque es rabioso el mal de la carpanta.
Líbrame de ella tú, y á buen seguro
Que de mí formen queja
Nunca jamas zagal ni ganadèro.
Dándome cada dia mi costumbre,
Teniéndome harto á mí de tierno ó duro,

---

(1) Originales de Lessing, en prosa. Traduccion libre.

Ni el más dócil y tímido cordero
Me aventaja en paciencia y mansedumbre.
—¡Tiene, dijo el Pastor, el dicho gracia!
«¡Hártame y no hurtaré!» Mas ¿quién te sacia?
Nos enseña un proverbio de pericia
Que nunca se hartan lobo ni codicia.
Prestarme á tu propuesta dificulto,
Respetando el refran. Escurre el bulto.»

II.

Despedido mi Lobo
Del vecino Pastor, número uno,
Al segundo acudió con esta arenga:
«Sabes, pues no eres bobo,
Que yendo dias y viniendo meses,
Y acechando ocasiones oportuno,
Te cazo algunas reses.
Creo que te convenga
Cederme seis al año,
Porque seguro tengas el rebaño.
Por media docenita,
Ni perros ni zagales necesita.
—¡Seis! gritó el Hombre. ¡Dieta moderada!
¡Seis! ¡Toda una manada!
—Rebajaré; que complacerte intento.
Con cinco me contento.
—¡Cinco! Ni por asomo.
Yo ni las cinco al año me las como.

—Vamos, á darme cuatro te dispones,
Replicó nuestro Lobo con presteza;
Y el Pastor, sacudiendo la cabeza,
Menudeaba la señal de *nones.*
—Tres. ¿No? Dos.—Ni una sola,
Ni un cuarto de cabrito ni su cola;
Completa negativa
Ten por contestacion definitiva.
¿Para qué reducirme á tributario
Yo de ningun contrario,
De quien seguro estoy de maleficio,
Buenamente cumpliendo con mi oficio!»

III.

«A las tres, la vencida»,
Para sí dijo el animal artero,
Y en busca fué del Rabadan tercero.
«Me tiene el alma herida
Ver, dijo, que la gente
Que por estos contornos pastorea
De mí difunda tan atroz idea.
Tú vas, Montano amigo,
A ser juez ó testigo
De que me han calumniado inícuamente.
Con una res que al año,
Cediéndomela tú, segura cuente,
Podrá tu grey, sin que recele daño,
Pastar en la espesura,

Donde yo solo inspírole pavura.
Una res, una inútil ovejilla.
Ya ves ¡qué pequeñez? ¿No es maravilla
Con Lobo tropezar tan desprendido,
Que no lo hubiera sido
Más un Emperador de marroquíes?—
Pero, Hombre, sé formal. ¿De qué te ries?
—Es que, al verte, de júbilo me arrobo.
¿Cuántos años tendrás, hermano Lobo?
—¿Qué te importan mis años? Aunque viejo,
Áun á cualquier mastin cardo el pellejo.
—No te me piques, abuelete rucio;
Que no te dejas ver sobrado lucio
Para hacer de pujanza mucho alarde.
Mira, se me figura
Que tu proposicion viene algo tarde;
Y á mala coyuntura,
Portillos deja ver tu dentadura.
Es tu desinteres engaño y chanza;
Tu solo fin municionar la panza.»

IV.

Amostazóse el de las canas harto;
Mas luégo se contuvo,
Y del tercer Pastor corrióse al cuarto,
Que hallábase afligido,
Por habérsele muerto de repente
El mejor Perro que en ganados hubo,

Cuidadoso sin par, sin par valiente;
Y aprovechando el Lobo el incidente,
«Pastor, dijo, he reñido,
Y de manera tal, con mi familia,
Que ya nadie jamas nos reconcilia:
Causas lo impiden ¡oh! pero ¡qué graves!
A lo que estás expuesto, bien lo sabes,
Mas si ajustarme quieres á soldada
Para ocupar el puesto del difunto,
Res no habrá tuya que peligre un punto,
Ni áun quien torva le clave la mirada.
—¡Oiga! el Pastor le contestó: ¡me ofreces
De mi ganado ser ángel custodio
Contra tus deudos, que te inspiran odio,
Y que en el encinar, donde apaciento,
Puédenme perseguir cada momento!
—Pues sí, pues eso digo una y mil veces.
—¡Lance bueno estuviera!
Y di, si en la majada te aposento,
¿Me dejarás en ella oveja viva?
Pensar librarse del ladron de afuera,
Ladron igual introduciendo en casa,
Eso, Lobo, entre gente reflexiva,
¿Sabes por lo que pasa?
Por..... — Bastante me dices,
El Lobo interrumpió; no silogices,
No concluyas la frase.
Abur. Me voy.» Y vase.

V.

Rechinando de enojo,
Bramaba el perillan: «¡Ay! me hallo flojo;
Tiento es preciso que haya,
Siendo uno ya de lo que fué distinto.»
Fuése, pues, al Pastor, en órden, quinto;
Y á él poniéndose junto,
«Si me conoces, dijo, te pregunto.
—Algunos de tu laya,
El Hombre respondió, conozco al ménos.
—Pues, amigo, esos tales,
Áun siendo nata y flor entre los buenos,
Á mí no son iguales:
El Señor de los Lobos ha querido
No le haya igual á mí ni parecido,
Para ser por mis títulos un dia
Númen de la ovejil ganadería.
—Y esa ponderacion decirme quiere.....
¿Qué?—Que no puedo atravesar tajada,
Sino de oveja que por sí se muere.
La de res en salud acogotada
Es para mí estrignina:
Yo he de vivir de carne mortecina.
Para nadie gravoso,
Mi inofensividad me hace glorioso.
Permite, pues, que siempre que barrunte
Macho, mansa ó primal intercadente,
Por los contornos éstos me presente,
Y por la baja próxima pregunte.

—Creo cuanto me dices,
Repuso el Pastor; pero
Verdades hay con pena de infelices.
¿Quién Lobo conoció mortecinero!
Res ademas á quien achaque apunta
Y en su rincon se mete,
Se te pudiera figurar difunta,
Ó por efecto de aprension liviana,
Maluchona tal vez la buena y sana.
Yo ante tus prendas quítome el bonete;—
Se me muere una res..... la quemo. Vete.»

VI.

«Ya no vale pretexto,
El Lobo discurrió, ni sirve arenga:
Empeñar necesito lo que tenga»;
Y fuése al Pastor sexto.
—«¿Te gusta mi pellica?»
El Lobo preguntóle.
—«¿Tu piel! Veamos. ¡Hole!
Sí, contestó el Pastor; ser buena indica
El no estar ni encentada
Siquiera de canina dentellada.
—Pues óyeme, Pastor; hablo sincero,
Y eso que lo que digo me lastima.
Teniéndome la edad atropellado,
Poco puedo llevar la piel encima:
Te constituyo en ella mi heredero,

Si me das por mis dias el bocado.
—¡Calle! exclamó el Pastor. No está pensado
Mal; pero es viejecilla la ocurrencia.
Y pudiérame bien costar la herencia
Más que vale mil veces:
Duran la eternidad ciertas vejeces.
Pero si te hallas malo,
Y hacerme quieres de tu piel regalo,
Venga el favor ahora,
Y gracias, y le admito sin demora.»
Echó mano el Pastor á su garrote,
Y se largó el tordillo más que á trote.

VII.

«¡Oh chusma sin entrañas!»
El fugitivo prorrumpió con esto,
Ya en frenesí rabioso echando el resto.
«Ejemplar de feroces alimañas
He de ser, en castigo
De que al viejo infeliz desatendisteis.
No de hambre moriré; como enemigo,
Matando, sí: vosotros lo quisisteis.»
Partió furioso y asaltó cabañas,
Sin detenerle resistencia alguna;
Niños de pecho destrozó en la cuna;
Y sólo á fuerza de juntarse al grito
De «¡muera el lobo!» número infinito
De brazos y de chuzos y rencores,

Le quitaron la vida los Pastores.
Y dijo á la sazon el más prudente:
«Obramos neciamente,
Llevando hasta el extremo peligroso
Al antiguo ladron; fuera cordura
Prestarse á compostura
Con quien, de fuerza bruta poderoso,
Pudo usar y abusar tan largamente.
Ya el tiempo sin violencia le traia
Pronto fin á la vieja tiranía.»

EPIGRAMA.

«Para dos perdices dos»,
Dijo allá el del Castañar;
Y así lo dejó pasar
Gente á la buena de Dios.
No lo escuchara ninguno
De estómago fuerte hoy dia,
Sin replicar: «No, García:
Para dos perdices..... uno.»

(Idea oida á D. Eugenio de Ochoa.)

PRIMERA PARTE

DE

LAS TRES ROSAS,

POEMA EN TRES JORNADAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

PERSONAJES.

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel dia,
Ella, léjos de mí,
«¿Por qué te acercas tanto? me decia;
¡Tengo miedo de tí!»

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
«¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!»

ESCENA II.

A rey muerto rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro dia
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y «¡traicion! ¡sacrilegio!», me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos.....
El muerto y el terror fueron pasando.....
Y al ver luégo la luz, cuando salimos,
«¡Qué vergüenza!», exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!.....
¡El beso aquel sobre la negra trenza!.....
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!.....
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA III.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaria
En tí y por tí la humanidad entera?.....

ESCENA IV.

Hastío.

JULIO.—ROSA.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO.—ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
«Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
»Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien ántes ó bien despues.»

II.

Rosa luégo, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afan:

«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazon.
»Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo;
Tú, copa segunda, vén,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.—ROSAURA.—ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(Si bien por excepcion un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estacion florida,
Lo mismo que lo fué su primavera,
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que cual si fuese un velo
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo,
Pelo que todavía
Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro

Que si á los quince Abriles encantaba
Y á los veinte admiraba,
Seguia á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solia perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de dia en dia
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
Su pena, más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamas la deja.....
¡ Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja !

III.

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,

Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando..... Mas ¡Dios mio!
Despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida despues que ama,
Y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Despues que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.

Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leido
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardin, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaria
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frio
Con un jóven galan de mucho brío,
Que, como un lord, de sus haciendas vive,
Que aunque se llama Blas, es muy celoso,
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á traves de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles espansiones,

Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oia
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creia
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el dia,
Bajo el fresco rincon de un emparrado
Que entre la casa y en el jardin habia,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardin hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oir en alevoso acecho.

IX.

Y miéntras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,

En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Miéntras Rosa, escondida y desalada,

Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera.....
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!.....
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!.....
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!.....
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!.....
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!.....
¡Oh, imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!.....
¡Vértigo que formaron combinados,
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!.....

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más..... mira más..... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la carne, con nobleza
Casta, retrocedia,
Pues cuando ya perdia
Su corazon la calma

De un modo que no sé cómo aquel dia,
Sin saber lo que hacia,
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma.
Al corazon venció con su cabeza,
Pues, áun envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo ademas que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazon un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardin á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazon extrañas:
Y, más rival que madre, entónces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
«¡ Rosa!», exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intérvalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
«Me asesinaste, adios; duerme si.....» Muere
Y el «si puedes», que apénas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡ La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO. — ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caida.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE.—SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA.—AL CATUCHE.—LA LUNA Y LA TARDE.
Á LA MUERTE.

LA NAVE.

Á EMILIA, MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.
¿Qué es mi ausencia sino el vuelo
De un ave, al alba? Y en tanto,
¿No nos cubre con su manto
Por doquiera el mismo cielo?
No merece tu plegaria
¡Oh alma llena de piedad!
Mi nave, aunque solitaria:
Hay otra á quien más contraria
Amaga la tempestad.
Y, al mover tu ruego amigo,
¿Piensas que me alejo á solas,
Piensas que no vas conmigo,
Porque está en tierra tu abrigo
Y mi casa va en las olas?
Todos al par tripulantes
Somos de un mismo bajel:
Todos somos navegantes:
Los guerreros, los farsantes,
Arador y timonel.
Tanto dice, tanto encierra
Contemplar en desvarío

Las estrellas del vacío,
Desde un puente de la tierra
O en el puente de un navío.

Engaña el tiempo en el mar
La ociosa tripulación
Con la danza y el cantar;
Quién tira el oro al azar,
Quién juega su corazón.

Ve la gran nave que nada
En el éter cristalino:
Ciencia, gloria, cetro, espada
¿Qué son en nuestra jornada?—
Pasatiempos del camino.

Pena ó placer, dan lo mismo;
Al que muere y al que vive
Quebranta igual paroxismo;
Todos van sobre un abismo,
Hasta que el bajel arribe.

A todos nos lleva á un puerto:
Todos tributo pagamos
Al gran mareo, ello es cierto;
Pero juntos todos vamos,
Quién dormido y quién despierto.

Sí, no habrá al fin del viaje
A la voz de «¡tierra!» sordo.
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enclaje,
Cuando suelte su ropaje
La mascarada de á bordo?

¿Qué del traidor, del falsario?
¿Qué del que sangre vertiera?
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,
Halle al juez en la ribera?
¿Qué del mundo, si provoca
Las justas iras del cielo
Con saña blasfema y loca,
Y, cual disparada roca,
Al cáos arrebata el vuelo?
Di si áun temor por mí cabe
¡Oh alma llena de piedad!.....
Esa jornada es la grave:
Ruega más bien por la nave
Que lleva la humanidad.

(A bordo del *Rhone*, viniendo de América.)

———

SOBRE UNA TUMBA.

¡Qué cerca y al par qué léjos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche,
De ella arriba todo es dia.
De ella abajo está la muerte,
De ella arriba está la vida,
Dia y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea;
Y ésa es la sola distancia
Para la cual no hay medida.

AMOR É INOCENCIA.

The night-dew tat falls, though in silence it weeps,
Shall brighten with verdure the grave where he sleeps.

Dos tesoros no más preció en la vida:
Su perdida inocencia, su amor muerto.
Así, pulsando el arpa, en voz sentida
Esto cantó á las brisas del desierto:
«Cuando la noche que anubló tu frente,
Con su denso crespón cubra la mia,
Y el mundo á que voló tu alma inocente
Abra ante mí su misteriosa via;
¿No hallaré, como el nauta en el ocaso
Del héspero, ya oculto el sulco leve,
Una fúlgida huella de tu paso,
Que, guiando mi alma, á tí me lleve?
De esos ojos tan puros, cuya lumbre
Me hablaba de los ángeles y el cielo,
¿No veré yo la dulce mansedumbre
En las santas regiones del consuelo?
¡Oh bienandanza, oh dicha verdadera,
Si allá, anudando la infantil historia,
Revolar otra vez en mí sintiera
Los sueños del amor que fué mi gloria!

Y no ofende á los cielos mi delirio:
Mi amor, al sol del trópico emulaba;
Mas su llama era pura como el cirio
Que brilla ante el altar y en él se acaba.

Dilo, oh santa inocencia, que cubrias
Con tus alas de ángel nuestra frente,
Y las puertas del cielo nos abrias,
De amor y beatitud la faz rïente.

Casta inocencia, fuente bendecida,
¿Quién me enturbió tu linfa sosegada?
¿Y á tí ¡oh dolor! quién te marcó la vida
De la frágil violeta, en flor tronchada?

¡Oh Eden perdido! ¡Oh escurecida llama!
Hoy vierto desolado el llanto mio,
Como ciprés que en soledad derrama
Sobre ignorada tumba su rocío.

Mas el rocío del ciprés, clemente,
Vida infunde en redor con su frescura;
Y musgo y flores en festón luciente
Visten la abandonada sepultura.

Al riego de las lágrimas que vierto
Fenece todo en torno; y su inclemencia
Dice á mi corazón que todo ha muerto,
Muertas ya para mí tú y mi inocencia.»

AL CATUCHE[1].

ELEGÍA.

Pues si no yo, ¿quién á tu márgen muda
Vendrá, donde se asienta,
La faz grave y ceñuda,
La veste polvorienta,
El estrago, y apenas tu auge cuenta?

Llama al mortal la soledad en vano;
Tras el placer sin freno
Otra voz no oye insano,
Aunque más de ella el seno
Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias;
Hoy el dolor te viste:
Ya alegre discurrias;
Ni muestras lo que fuiste,
De quebrantado y silencioso y triste.

Apénas tus ruinosas hondonadas

---

(1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Caracas, extremo en donde sembró más ruina el terremoto de 1812.

Vense allá en la altura
De verde coronadas;
Que escasa tu onda pura,
Ni áun te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco
Tu cauce silencioso:
En el recinto hueco
De tu álveo peñascoso,
Sólo al viento vagar se oye silboso;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda
De tu hado sombrío
La tórtola viuda,
Que en doloroso pío
El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?
No Anauco el de las flores,
Ni Guaire el celebrado:
¡Qué pompa y qué loores!
¡Qué cantares tuviste, y qué pastores!

Corpulento samán, ya en gloria eterno,
Dame nuevas, si tienes,
De aquel pastor tan tierno
Por quien tan alto vienes,
De flores y verdor cintas las sienes (1).

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Dime si, quebrantando el largo exilio
Por venturoso caso,
Al buen pastor Cecilio
Viste una noche acaso
A tu sombra mover augusto el paso.

Y, pues amor y vida le mereces,
¿Cómo por más estrecho,
Ni un renglon en tí ofreces
Que pague tu provecho
Y diga la nobleza de aquel pecho?

Ni ménos plauso y eternal memoria
Debes, por sus canciones,
Al que narró tu historia
En tan acordes sones,
Que á oirle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,
Simplecilla pastora,
Que una vez con su lira
Tornó blanda y sonora
La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida:
Cayó la noble frente
De lauros mil ceñida;
Mas del hogar ausente.....

(1) Alúdese á Rafael María Baralt, y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad*.

Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

¿*Turbio catuche, tu camino usado,*
Ya entre zarzas perdido,
Ni una huella ha guardado
De tu pastor Bellido,
Tan docto en el cantar como sentido? (1).

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano!
Rompiendo su barrera,
Borrará el Océano
Cuanto América fuera,
Ántes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,
Que tu recinto agreste
Asilo y santuario
A tanta virtud preste,
Y que tan pocos al ejemplo apreste?

¡Ay, cómo extiende la pasion su fuego!
¡Cuánto furente amago!
Al amor ¡qué despego!
Al odio ¡cuánto halago!
¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago! (2).

¡Oh río, oh río! el duelo me quebranta;

(1) El inmortal Andres Bello tenía prediléccion por este rio, muy cerca del cual nació.

(2) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos

Y á tan honda amargura
Se anuda en la garganta
La voz, si humilde, pura,
Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros.
Mañana, al sol naciente,
Yo volveré á invocaros
Con alma reverente,
Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,
Alumbrará mi via;
Y así mi nombre sea,
Pues que no gloria, un dia
Honra modesta de la patria mia.

LA LUNA Y LA TARDE.

Abandonando celosa
Las regiones orientales,
En busca del Sol querido,
La Luna al Ocaso parte.
Allá encendieron sus celos
Los obsequios, los afanes
Que á una vírgen ¡y cuán bella!
Prodigó el pérfido amante.
Ella misma de la Aurora
Sorprendió las tiernas frases;
Ella misma vió en su frente
Las perlas y los diamantes;
Áun encontró en torno suyo
Las rosas sin marchitarse,
Y rosas más encendidas
Animando su semblante.
Hora acá, porque no quede
Traicion que no lo delate,
Perfidia que no la humille,
Ni esperanza que la engañe,
La triste á llegar acierta
Cuando otra vírgen, la Tarde,
Del amador licencioso
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,
Melancólico el semblante,
Sueltos de su veste al viento
Los pajizos tafetanes,
Sobre la cumbre de un monte
La halló extasiada en mirarle,
Cuando él triunfante volaba,
De su dolor sin cuidarse.
Las quejas que ésta le envia
Un punto aduermen sus males,
Que suple al bien la venganza
En despechados amantes.
Mas pronto advierte esparcidos
A las plantas de la Tarde,
Del reciente galanteo
Los despojos criminales:
Aquí relumbra un topacio,
Allí un zafiro, acá yace
Olvidado un cerco de oro,
Joyas de las sienes reales;
Y los tapetes de grana
Salpicados de diamantes,
Que en su desórden le dicen
Lo que soportar no sabe.
Pálida como la muerte,
Mirando vestigios tales,
Faltarle siente las fuerzas,
Ansias de morir sobrarle.
Una á otra, frente á frente,
Contempláronse un instante,
Cuanto en belleza distintas,

En desventuras iguales;
  Y á lamentar su abandono
Entrambas fueron, la Tarde
En el seno de la noche,
La Luna en el de los mares.

À LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡Con cuánto amor el pensamiento mio
A tí dirige el fatigoso vuelo,
Del mundo y de la vida ya en hastío!
¡Cuál me halaga pensar en cuándo vengas,
De tus galas angélicas vestida,
Y en tus brazos recibas y sostengas
Esta frente llorosa y abatida!
Tú me debes piedad y amor prolijo:
Si eres madre del huérfano errabundo,
Madre del infeliz, yo soy tu hijo;
Más triste corazon no lo vió el mundo.
Yo no temo de tí, ¡oh ángel clemente!
¿Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
A la vírgen, al párvulo inocente
A quien arrancas del materno seno?
Ciego pavor, terrena resistencia
De la tenaz raíz, que asida al suelo
No quiere fenecer; pero la esencia
De la trémula flor aspira al cielo.
Vén, abrígame ya bajo tu manto:
El mundano temor á mí no alcanza;

En tí acaba el dolor, se extingue el llanto:
Tu verdadero nombre es La Esperanza.
  Y en tí sólo esperar mi ánima sabe:
Porque en tu mano, arcángel favorito,
Puso Jehová la misteriosa llave
Del alcázar azul de lo infinito.
  Tú me libertarás de tantos males
Como me asedian en funesta copia,
Del vicio y la maldad de los mortales,
De su insana miseria, y de la propia.
  De este rebelde polvo impenitente
Quebrantarás las ansias y pasiones;
Y á su instinto mi espíritu obediente,
Ya no hallará ni acechos ni prisiones.
  ¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,
A las obras de Dios? Ese tembloso
Desteñido celaje del ocaso,
Es en otro hemisferio oriente hermoso.
  Yo seré la verdura de las eras,
Yo el nido abrigaré del pajarillo,
Viviré con el lirio en las praderas,
Daré sombra y sustento al cervatillo;
  Y, flor del valle ó junco de los lagos,
Prestarán regocijo al polvo mio
De las aguas y brisas los halagos,
Y servir á la tierra de atavío.
  Eso darás á mi mortal despojo,
¡Oh regenedora de la vida!
Y fin á mis tristezas y mi enojo,
Y á mi alma la patria apetecida.
  Y me darás tambien, en tí confio,

Del tan llorado padre, estrechamente,
El amoroso pecho unir al mio,
Y darle paz en la serena frente.
¡Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vueles,
Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,
Lirio arrancado en flor de mis verjeles,
Sér de mi sér, amor del alma mia?
¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!
¿A qué se abre la flor y exhala aromas,
Si el organillo errante alza sus sones,
Y tú ni te sonríes ni te asomas?
Hijo, tus manecillas como armiño
Ya no buscan mi rostro, ni me inunda
De celeste delicia tu cariño.....
¿Qué soledad es ésta tan profunda?
¡Oh Muerte! por piedad, pues ya no hay llanto
En este corazon, y no me mata
Esta intensa agonía, abre tu manto
Y á los cielos mi espíritu arrebata.

———

PÁJAROS Y HOMBRES,

POEMA DE UN DESCONCIERTO,

POR

D. EDUARDO BUSTILLO.

PÁJAROS Y HOMBRES,

POEMA DE UN DESCONCIERTO.

SINFONÍA.

I.

De amor sienten la llama
El pájaro y el hombre;
La misma ley divina los reclama;
Mas juro por mi nombre
Que, miéntras canta el pájaro en la rama,
De su pasion sencilla siempre ufano,
El hombre, que es de Dios perfecta hechura,
Por no llevar su voz á tanta altura,
Cuando quiere cantar, canta en la mano.
El dia en que perdiste el paraíso,
Rey de la creacion, perdiste un trono:
Y si Eva, nuestra madre, así lo quiso.
Yo, que soy un Adan, se lo perdono.
Por saber lo ignorado se moria,
Su compañero, al fin, era inocente,
Y que ella se muriera no queria
Por no aburrirse luégo eternamente;
Y ademas, ¡prometia
Unas cosas tan dulces la serpiente!

II.

Mas hoy los pobrecitos hijos de Eva,
Que la historia de Adan no hallamos nueva,
Y que al comer la fruta consabida
Ya nos hemos comido la partida;
Nosotros, que del mal nada ignoramos,
Y que en prestar oido
A la serpiente vil nos deleitamos,
Y, al escuchar su seductor silbido,
Dentro del corazon la acariciamos;
Que, de la audaz malicia el alma llena,
Ó de torpes deseos con gran copia,
Ni escarmentamos en cabeza ajena,
Ni hallamos freno en la desgracia propia;
Nosotros, sí, los reyes
De derecho divino, en fin, los hombres,
Que á la flor y á la piedra damos nombres,
Y á la bestia feroz dictamos leyes,
Con la razon altiva por corona,
Y por cetro la espada,
Tenemos que rendir la Real persona
Y humillar nuestra frente coronada
Ante un débil vasallo, un pajarillo,
Que, entonando en la rama sus canciones,
El templo labra de su amor sencillo
Y de eterna moral nos da lecciones.
Y aquí á la sinfonía doy ya punto,
Que expuesto dejo el fondo de mi tema,
Y voy á entrar de lleno en el asunto
Que encierra el interes de mi poema.

CANTO PRIMERO.

MÚSICA DE LA TIERRA Y MÚSICA DE LOS CIELOS.

I.

Era de un viejo guarda-bosques hija
La preciosa Leonarda;
Con vivo celo y atencion prolija
Todo en su bosque lo guardaba el guarda,
Ménos á aquella niña encantadora,
Ya su postrer consuelo
Desde que, en muy mal hora,
Vió á su santa mujer tornar al cielo.
Y aquel bendito padre
Pensaba que á su niña
El ejemplo bastaba de la madre,
Y que mujer hermosa es una viña
Que en sí lleva la guarda, ó no la tiene
Si la mujer no es cuerda,
Aunque la acote el dueño y la condene
A perro que vigile, ladre y muerda.
Y, en fin, el pobre viejo,
Que nunca vió en su bolsa más que el cobre,
Alegre á su humildad oyó el consejo
De que jamas Amor busca su espejo
En mujer olvidada, oscura y pobre.
Pero á su gusto lo dispuso el diablo,
No como el guarda imaginarlo quiso,
Y Amor, sin disparar más que un venablo,
Pudo herir á Leonarda hiriendo á Pablo,
Que encontraba en el bosque un paraíso.

II.

Era Pablo un muchacho
Ingenioso y alegre y vivaracho,
Por gracia del maestro
En leer y escribir bastante diestro,
Y áun por la aldea circuló la idea
De que Pablo poner logró en un brete
Nada ménos que al cura de la aldea
Por lo bien que glosaba al padre Astete.
Con todo su saber el pobre chico,
Que sólo en ilusiones era rico,
Si no cortaba leña no comia
Su pan de cada dia;
Y esa necesidad, que es la primera,
Trajo la del amor, que no podria
Ahorrarse ya el rapaz aunque quisiera;
Pues lo que en broma habian empezado,
El cantar, la sonrisa y el piropo,
Llegó en véras al límite vedado
De un beso prometido al pié de un chopo.
Ni vió ni oyó el anciano, ni hubo riña
Para bromas y véras de Leonarda;
Pues, siempre con su idea de la viña,
Ménos á aquella encantadora niña,
Todo en el bosque lo guardaba el guarda.

III.

La tarde parecia de verano;
El viejo en un pinar quedó dormido;

El rapaz dejó el hacha de la mano,
Deslizóse sin ruido
Del silvestre avellano
Y el zarzal, por las sombras protegido,
Y junto al chopo aquel de la promesa,
En un recinto plácido y ameno
Donde es la fronda espesa,
El ambiente de aromas está lleno
De zarzamora y de montés frambuesa,
Y el claro arroyo, que corriendo aprisa
De la montaña viene,
Deleitando á las flores con su risa,
En murmurar de todo se entretiene;
Allí fué donde, trémulo de gozo,
Halló á Leonarda Pablo, y allí donde
Va á reclamarla con afan de mozo
Y acento á que el amor siempre responde.

IV.

Y cuando ya la lengua enmudecia,
Y de ardientes antojos,
Ya sólo la pasion hablar podia
Con temerarias frases de los ojos,
Un ruiseñor, que estaba el nido haciendo,
Asustado salió de entre el follaje,
El peligroso giro interrumpiendo
De aquel mudo y diabólico lenguaje.
Con tan leve rumor sobrecogidos,
Declarando su falta de inocencia,
Los amantes, sin verse arrepentidos,

Darse cuenta pudieron de que hay ruidos
Que hablan como la voz de la conciencia.
Atenta el ave al fin á su cuidado
Más que á los dos amantes indiscretos,
Que, en fuerza de callar, tanto han hablado,
Toma el nido y retoma, y sale y entra
Tranquila y sin enojos,
Llevando el útil material que encuentra
De la rica floresta en los despojos.
Por dar fin á su obra
Trabaja sin descanso la avecilla,
Pues le causa zozobra
El hondo afan con que el futuro esposo
La requiere, la apremia, la persigue,
Y áun esfuerza su acento melodioso
Porque el amor del arte más la obligue.
Y el galan ruiseñor, altivo, fuerte
Y envidia de cantantes,
Que ya de algun rival causó la muerte,
Allí, á la vista de los dos amantes,
En seguir se divierte
A su adorada en sus variados giros;
Mas como ella su juego esquiva tanto,
A su alta rama vuelve, y son suspiros
Las dulces notas de su nuevo canto.

V.

Aquel cantor que enalteció la escuela
De su sentido hermano Filomela,
Pide al amor el tono á que se ajusta,

Pues de él espera ricos galardones,
Y sabe que á las hembras siempre gusta
Oir sobre ese tema variaciones.
  Y como ha visto allí seres humanos
Que el amor arrastraban por los suelos
Con aficion á juegos de villanos,
En el idioma puro de los cielos,
Poniendo por testigos á las flores,
Quiere enseñarles el alado artista
Cómo entre ruiseñores
El amor de las hembras se conquista.
  Y el rey de los tenores de la fronda,
Con muy tierna querella
A su amada obligando á que responda,
Se excede en su cancion sentida y bella,
Y entre escalas y trinos y ligados,
Lanzando un admirable *dó* de pecho,
Ante Leonarda y Pablo entusiasmados
Ve su orgullo de artista satisfecho.
  Desde su nido la hembra enamorada,
Por reclamos tan altos obligada,
Mirando á su galan atentamente,
Con suave *pío pío*,
Contestarle queria lo siguiente:
«¡Muy bien, ídolo mio!
»¡La cancion es preciosa! ¡Como tuya!
»Tú el premio alcanzarás; mas, por ahora,
»¡Ay! déjame que huya,
»Aunque tu dulce acento me enamora;
»Déjame que fabrique
»Un templo á la pasion que nos abrasa,

»Para que Dios en él la santifique
»Y despues nuestros hijos tengan casa.
»No tomes por desden este desvío,
»Y, miéntras pongo fin á mi tarea,
»Canta, canta, bien mio,
»Pues tu voz me da aliento y me recrea;
»Y mañana tal vez, cuando improvises
»Tu cancion á la luz del nuevo dia,
»Podrán venir alondras y malvises
»A celebrar tu bien y mi alegría.»

VI.

El ruiseñor la entiende y vuelve al canto,
Y miéntras ella á su trabajo vuelve...
¡Ah! sí; pero entre tanto
Las dudas de Leonarda ¿quién resuelve?...
¿Por qué á cantor de tan soberbia traza,
El ave, á quien amor así convida,
Duramente rechaza
Al mirarse de cerca requerida?
Aunque es su amante Pablo tan leido,
Se ve con duda tal puesto en un brete,
Y áun sabiendo glosar con buen sentido
La doctrina moral del padre Astete,
A contestar no acierta; si acertára,
No escucharia con pasion avara
Los consejos del diablo,
Y á tiempo se diria: «¡Guarda, Pablo!...»
No sabe contestar, pero sí sabe
Preguntar á su vez con egoismo:

«Muy cruel ha sido el ave;
»¿Serías tú capaz de hacer lo mismo?»
Y la pregunta trae á su memoria
El prometido beso;
Y aquí el cuento de amor pica en historia.
Que era ardiente la tarde con exceso,
Penetrante el perfume de las flores,
El sitio solitario, y... ¡ay Dios mio!
¿Por qué, por qué en amores
No tiene el hombre, rey por su albedrío,
La virtud de los castos ruiseñores?

VII.

Y caia la tarde lentamente,
Y el aura susurraba entre las hojas,
Y ellos bajaban con rubor la frente,
Pálidas las mejillas, ántes rojas.
Y aquel arroyo claro y cristalino,
Que de todo murmura,
A cuantas flores halla en su camino
Del monte y la llanura
En secreto les dice cuanto sabe;
Y ellas tiemblan, le llaman indiscreto,
Y no se duermen sin cerrar con llave
En el fondo del cáliz el secreto,
Pues se trata de amor y el caso es grave.
Y ya Pablo y Leonarda,
Baja la vista, vacilante el paso,
Sintiendo con vergüenza lo que tarda
En hundirse la luz en el ocaso,

Huyendo van del plácido recinto
Donde el ave afanosa,
Que trabajó con maternal instinto
Ántes de que el amor la hiciera esposa,
En su acabado nido se recrea,
Donde la arrulla con su dulce canto
Aquel que ama la luz y la desea,
Aquel que de esperanzas vive tanto,
Que en la luna, con cándida porfía,
En el lucero, en las estrellas todas,
Ya sueña ver el sol del nuevo dia
Viniendo alegre á celebrar sus bodas.

CANTO II.

ROMANZA-ARIA FINAL.

I.

Del guarda en la casita
No hay más de lo que el viejo necesita,
Con su hija idolatrada,
Viña muy rica, pero mal guardada.
Un cuarto reducido,
Con una cama estrecha casi lleno,
Donde el guarda dormir siempre ha podido,
Sordo á la envidia, á la ambicion ajeno:
Luégo el hogar humilde, que conviene
Del pobre á las comidas más frugales,
Aunque en él vivo el fuego se mantiene
Sin eternos cuidados de vestales:
Y, en fin, el dormitorio de Leonarda,
Donde ella con empeño
Santos recuerdos de su madre guarda,
Que ahora la impiden conciliar el sueño ;
Pues de un consejo le habla cada prenda,
Que, por su mal, la niña dió al olvido,
De amor en la contienda
Prestando sólo á su pasion oido.
Los ojos de su alma, ya sin venda,
No ven quizá la inmensidad del daño,
Pues ama la muchacha con locura,
Y encuentra no sé qué placer extraño
Al pensar en su propia desventura.

II.

Siempre la misma duda la persigue
En medio del insomnio que la abruma:
¿Será verdad que amor con nada obligue
Pecho de blanda pluma?
¿Que con desden tan fiero así castigue
Un ave al ruiseñor que adora en ella,
Que en torno suyo eternamente gira,
Y sólo pide un beso si suspira,
Y en vano canta triste y se querella?
Y así Leonarda trae á la memoria
Dos historias de amor, pero áun no sabe
Por qué intranquila piensa en la del ave
Con tanto afan como en su misma historia.
Ni darse cuenta puede todavía,
Preocupada y confusa,
De que acusando al ave por impía,
De su propia flaqueza ya se acusa.
Y es la noche para ella eterna y triste,
Primera en que tembló su alma sencilla,
Que en vano á los recuerdos se resiste
En que la imágen de su madre brilla.
Y en vano de esperanza busca un rayo
Que ilumine su amor y su fortuna,
Como ilumina el bosque dulcemente
Con suave resplandor la blanca luna,
Del desdichado amiga y confidente.

III.

Presa de su inquietud indefinible,
Deja por fin el lecho,
Una tregua buscando, ya imposible,
A aquel afan de su agitado pecho.
Y va á asomarse luégo á la ventana
En que, á la luz del sol, de vida llena,
Un dia se mostró rosa galana
La que hoy es triste y pálida azucena.
Y el astro de la noche contemplando,
Los ojos por el llanto humedecidos,
Tal vez ignora en lo que está pensando.....
Miéntras llega confuso á sus oidos
Ese vago rumor de mil rumores
En que parece que hablan, áun dormidos,
Auras, insectos, pájaros y flores.

IV.

En escuchar se empeña,
Entre un acento y otro discordante,
Como el latir de un corazon que sueña
Realizar las promesas de su amante;
Ó notas sueltas del cantor alado
A quien fiero desden hirió de muerte,
Y que, solo en su rama y desvelado,
En cantar sus desdichas se divierte.
Y en aquella ilusion de sus sentidos
Ve otra vez sus recuerdos confundidos;

Y un deseo vehemente acariciando,
Nacido de la duda que la acosa,
Poco á poco la frente va inclinando,
Tan pálida y hermosa
Como el lirio que crece en su ventana,
Y que, al calor febril de aquella frente,
Se agita y tiene sed del fresco ambiente
Precursor de la luz de la mañana.

V.

La del alba nacia;
La triste Diana, en tan solemne instante,
Tras el monte lejano fallecia,
Buscando, moribunda, todavía
Los besos de Endimion, su dulce amante.
Y cuando en sus rumores,
Auras, insectos, pájaros y flores,
Con música sentida y concertada
Saludan al fulgor de la alborada,
Alza la niña su abrasada frente,
Y, en el momento mismo,
Con paso torpe, como aquel que siente
Impulsos de un fatal sonambulismo,
La casita abandona, un grito lanza,
Y es un ¡ay! de ansiedad con que responde
A una nota de amor y de esperanza
Que ella sueña escuchar bien sabe dónde.
Y acude allí, temblando
Tal vez con la naciente calentura,
De vergüenza tal vez, y, separando

Uno y otro ramaje en la espesura,
Entre dos blancos álamos asoma,
Curiosa impertinente
Que ha manchado sus alas de paloma,
Y áun pregunta por qué no es inocente.

VI.

Ven sus ojos y áun duda; el ave impía,
Que desdeñosa se mostrára y fria
Al ruiseñor que en la pasada tarde
Hizo de artista y de galan alarde,
Ahora, en su tosco nido
A la fe conyugal brindando un trono,
Con pecho enardecido,
Al que firme de amor la ha requerido
Se entrega ya con plácido abandono.
Y es el fulgor de la riente aurora
Su antorcha de Himeneo;
Y apadrinan su union en tan buen hora
La alondra y el malvis; y son sus galas
Los perfumes y gotas de rocío
Que el suave ambiente les llevó en sus alas;
Y entonan himnos en la alegre fiesta
Los alados cantores de más brío
Que con su voz animan la floresta.
Leonarda, sorprendida, apénas puede
Dar crédito á sus ojos,
Y enójala quizás lo que sucede;
Que empieza á comprender, áun con enojos,
Que era el rigor aquel de la avecilla,

Cuando atenta á su nido sólo estaba,
Elocuente leccion, aunque sencilla,
Que ella en su ciego afan no adivinaba.
¿Dónde á su ardiente amor, ya satisfecho,
Labraron ella ó Pablo el propio nido?
Ni un sacrificio al porvenir han hecho:
Su pasion lo fué todo, hasta el derecho
De dejar su pobreza en el olvido.

VII.

Y despues pasa un dia y otro dia,
Y á Pablo ve Leonarda
Sintiendo siempre amor, mas no alegría,
Y si algo la pregunta el pobre guarda,
Con su tenaz idea se extravía,
Y habla de aves y nidos,
Y de puros afectos escondidos
Entre álamos y hiedra y zarzamora,
Y á un tiempo gime y canta, rie y llora.
Y otra vez, por la fiebre sostenida,
Curiosa, inoportuna,
Busca la muerte donde todo es vida;
Y acude á desgarrar la última tela
Del corazon herido;
Verdugo de sí misma, que áun anhela
Penetrar hasta el fondo de la escuela,
Cuya moral tan tarde ha comprendido:
Cebarse en su dolor con sed extraña,
Como el enfermo, ya desesperado,

Que goza golpeándose la entraña
Que á eterna postracion le ha condenado.

VIII.

Y allí está ya; con extraviados ojos
Busca el nido, le encuentra, pero ¿dónde
Con su esposo adorado al fin se esconde
La que la inspira admiracion y enojos?
Sólo ve el nido desde allí, no sabe
Por qué tan fria soledad la espanta...
Mas ya el acento suave
Se oye del ruiseñor, que alegre canta.
¿Por qué canta tan dulce melodía?
¿Dónde su esposa está, que es su alegría?
¿Qué novedad encierra aquel acento,
Expresion de la angélica armonía,
Poema del más puro sentimiento?
Oye y no ve la niña, y se enfurece,
Y de penas más grandes codiciosa,
Acude al pié del nido, en que aparece
Ante su vista la feliz esposa.
Está el ave tendida,
Inmóvil, adormida,
Con el ala enarcada como el brazo
De una madre que cuida
De abrigar á su niño en su regazo.
Y asoman tres cabezas bajo el ala,
Y en el fondo del nido hay movimiento,
Y la vida, el calor, el sentimiento
Que allí del seno maternal se exhala.

IX.

¡Cómo tiembla Leonarda, contemplando
Aquel cuadro tan rico de ternura,
Juez silencioso que la está acusando,
Miéntras su santo amor y su ventura
Artista y padre á un tiempo están cantando!
Un ¡ay! brota del alma
De la niña infeliz, y la avecilla,
A ver quién turba su apacible calma
Irgue asustada el cuello, se alza, chilla
Y llama al fiel esposo,
Que, suspendiendo el canto,
A ella acude solícito y celoso;
Que era de madre el grito y tuvo espanto.
Juntos los dos, con ademan sañudo,
Fiera expresion de paternales celos,
Presentan en sus pechos un escudo,
Pues temen que les roben sus hijuelos.
Y al ver la niña su mirada ardiente
Fija sobre su rostro demudado,
Huye cual si gritasen: «¡imprudente!
¿Por qué turbas la paz que ha conquistado
Un firme amor con su pureza santa,
Tú, que torpe has manchado
Nuestro bendito asilo con tu planta?»

X.

¡Ay, se muere Leonarda!
Y ya sabe su amante por qué muere,

Y allí se encuentra junto al pobre guarda
En tan tristes momentos,
Al postrer resplandor de una existencia
Cuyos dolores son remordimientos
Con que al fin ha de ahogarle su conciencia.
Sufre ménos el viejo que lo ignora
Y se alivia llorando, pues no sabe
Que hay en aquella muerte algo más grave
Y que avergüenza al padre que lo llora.
Ya por la fiebre lenta consumida,
Despídese Leonarda de la vida;
Y en medio del delirio
Áun escucha en su triste despedida,
La voz del ruiseñor, que es su martirio,
Aunque al dulce final de su romanza
Brinda á la pobre mártir un consuelo,
Pues parece decirla: «Mira al cielo,
Que allí todo es amor y bienandanza.»
Y ella ve celestiales resplandores,
Murmurando al morir: «Haz tú, Dios mio,
Que siempre en sus amores
Tenga el hombre, que es rey por su albedrío,
La virtud de los castos ruiseñores!»

DEL SEÑOR

D. ANTONIO ARNAO.

VISION.—LOTARIO.
CANTO DE LOS ZAGALES.—EL REGALO EN SUS DIAS.—LA MUERTE DEL PAJARILLO.
AL CAER LA TARDE.—MELODIAS.

VISION.

—

Mis párpados dolientes se cerraron
El hálito al sentir del blando sueño:
Las horas de la noche al fin tocaron
Mi sien con su beleño.

Vago reposo de sin par dulzura
Bienhechor mis sentidos dejó en calma:
Sólo en el seno de la niebla oscura
Velaba triste el alma.

Y oyó una voz, cual vaga melodía,
Dulcísima, pausada, lastimera,
Que por los mudos aires descendia
De la azulada esfera.

Leve rumor, compas imperceptible,
Luégo á su lado resonó un momento,
Como de un ala grácil, invisible,
Que latir hace al viento.

Y entre una luz que al íris semejaba
Vió un ángel bello de argentada veste,

Que en silencio de amor la contemplaba
Con expresion celeste.

Lo que el alma feliz sintió primero
No lo puede narrar humana boca,
Mas á la ley cedió del puro acero
Cuando el iman le toca.

Y al ver que el ángel desplegaba ante ella
Con majestad el vuelo sosegado,
Lanzóse en pos de su esplendente huella
Con afan no pensado.

Y salvaron la mar, y enhiestos montes
Que alzaban rudos la atrevida cumbre,
Hasta que al fin llegaron á horizontes
Tintos en roja lumbre.

Melancólica, estéril y callada,
Debajo de aquel cielo se veia
Vasta extension, llanura calcinada,
Donde vida no habia.

Herida estaba por el rayo ardiente,
Sin árboles, ni brisas deleitosas;
Sólo yacian junto á seca fuente
Ruïnas pavorosas.

«Dime (el alma exclamó con honda pena,
Mirando el llanto aquel, árido y muerto),
¿Qué mar es ese de abrasada arena?»
Y él replicó: «¡El desierto!

»Esos restos que ve tu horror profundo,
Sobre los que no llora el caminante,
Son los de una ciudad, reina del mundo,
Ciudad sin semejante.

»Vió su poder en el cenit glorioso
Y la envolvió la muerte en sombra densa:
¿Sabes quién fué ese pueblo portentoso?
¡Babilonia la inmensa!

»Su soberbia la hundió. Proterva y loca
Mofarse quiso de la ley divina;
Y al murmurar sacrílega su boca
Tornóse en vil ruïna.

»¿En dónde está la prístina grandeza
De la que en Ásia fué gentil señora,
De la que alzaba el hierro y la cabeza
Potente y triunfadora?

»Rotas columnas en la tierra hundidas
Quedan de aquellos nítidos palacios
Que en un tiempo pudieron atrevidas
Alzar á los espacios.

»Y polvo inerte, cuya vista aterra,
Sus sabios son, sus reyes y guerreros;
Todos cuantos ayer sobre la tierra
Se erguian altaneros.

»No más á darle su esplendor augusto

Sobre ella tornará la vida grata,
Pues cuando Dios fulmina rayo justo
Eternamente mata.

»Vengan los pueblos, do impiedades brotan,
Que sólo del deleite ávidos cuidan;
Los que niegan á Dios, los que le azotan,
Los que necios le olvidan;

»Vengan los reyes cuyo torpe labio
Vela hipócrita infames ambiciones,
Y haciendo á la justicia eterno agravio
Desgarran las naciones;

»Vengan los sabios cuya ciencia artera
Quiere arrancar el mundo de su centro;
Sepulcros blanqueados por defuera,
Podredumbre por dentro;

»Y aprendan todos en la vil escoria
Que resta de ese pueblo, ayer tan fuerte,
Que está la muerte tras su infanda gloria,
Y el juicio tras la muerte.»

Dijo así el ángel, y en su fácil vuelo
Desapareció con giro vaporoso,
Y empezó á reflejar el alto cielo,
Volcan esplendoroso.

Y vió el alma en el colmo de su espanto
La tierra en vasta hoguera convertida,

Y á los pueblos vertiendo sangre y llanto
En lucha fratricida.

Y entre el humo de tronos y de altares
Su faz los astros con horror velaban,
Y un trono y un altar, entre millares,
Solos en pié quedaban.

Y vió tambien surgir de los escombros
De aquel horror inmenso, nunca visto,
La Fe que alzaba en sus robustos hombros
La intacta cruz de Cristo.

Torné á la vida al fragoroso estruendo;
Y al cielo alzando los nublados ojos,
La realidad de mi vision temiendo,
«¡Perdon!» clamé de hinojos.

LOTARIO.

ELEGÍA.

Triste Lotario, que en amores arde,
Canta así con mortal melancolía
Cuando en sombras de horror muere la tarde:

«¡Todo pasó! Tras de la estrella mia,
Que por mi mal desapareció del cielo,
Rápida huyó cual humo mi alegría.
»Perdí la luz que consoló mi duelo,
Y desde entónces en mi torno crece
Noche fatal de luto y desconsuelo.
»Doliente gime el alma que fallece,
Mas no halla un eco que su voz repita,
Pues el eco tambien mudo parece.
»¿Quién á la queja de mi amarga cuita
Responderá con voz consoladora?
¿Quién calmará la angustia que me agita?
»¡Tierra de transicion! ¡Oh engañadora
Tierra, que ofreces á los verdes años
Felicidad lejana y seductora!
»Tú que brindas falaz goces extraños
Que tan sólo prometen alegría
Para trocarse en negros desengaños;

»¿Qué hiciste, di, de la esperanza mia?
¿Qué de mi corazon? ¿Adónde huyeron
Las dichas que tu halago me fingia?
»Bien de valle de lágrimas te dieron
El nombre de dolor los que, avisados,
En tí mansion de pena ver supieron.
»En mis sueños felices y dorados
No creí la verdad de tal sentencia,
Que estaban mis sentidos fascinados.
»Abrióse dulce á plácida creencia
Mi pecho incauto, mas dejóle herido
Con golpe aterrador cruda experiencia.
»Y miéntras, viendo mi vigor perdido,
Doblaba al peso del dolor la frente,
De todo encanto me privó el olvido.
»Y aquellos sueños de la edad rïente
Volaron, y hoy en mí tan sólo existe
Mudo vacío, soledad creciente.»

Calla Lotario, y tras de pausa triste
Prosigue así con habla lastimera,
Pues á la infiel en recordar persiste:

«Ledia hermosa, te ví (¡nunca te viera
Y no así me matara ese tormento!),
Te oí (¡jamás para mi bien te oyera!).
»Sentí la voz y el perfumado aliento
De los primeros, cándidos amores,
Y tu esclavo quedó mi pensamiento.
»Reflejo de celestes resplandores,
Brilló en ardor sublime tu mirada

Cuando decirte pude mis dolores.
»Y acogiste mi súplica, y colmada
Ví en tu ternura la esperanza mia,
Ví mi pena á su término llegada.
»¡Cuánto fué pura y casta la alegría
Que aquella union de espíritus amantes
En mi pecho feliz brotar hacia!
»¡Y cuántas, cuántas que me fueron ántes
Memorias de placer, contemplo ahora
Como recuerdos de dolor punzantes!
»Quiero en el hondo afan que me devora
Repasar una página, al acaso,
De aquella vida que acabó en mal hora.
»¡Bien la recuerdo, Ledia! Paso á paso
Tras el rojo crepúsculo bajaba
La estrella vespertina al triste ocaso.
»Ante el vivo esplendor que derramaba
Como fanal sobre remota cumbre,
Mi mente por doquier fantaseaba.
»Presa de indefinible dulcedumbre,
Viendo el bello espectáculo del cielo
Que un mar bañaba de purpúrea lumbre,
»Sintió el pecho crecer su ardiente anhelo,
Y abrasado en el brillo de tus ojos
Te demandé la vida y el consuelo.
»Tú, del pudor con los matices rojos,
Y en lánguido mirar, así elocuente
Me hablaste sin desden y sin enojos:
»*Por tí mi corazon arcana siente*
La pura llama del amor primero:
Tuyo será miéntras latiendo aliente.

»¿Y esto dijiste tú? Pues qué, ¿severo
No ha matado tan plácida memoria
Con negro olvido desengaño fiero?
»¿Qué fué de tu promesa y de mi gloria?
¿Por qué mi corazon despedazaste
Poniendo fin á mi amorosa historia?
»¿Por qué en la soledad me abandonaste?
Gózate, infiel, en mi mortal tristeza;
Gózate en la amargura que causaste;
»Pues tú no comprendiste la pureza
Del culto aquel, de aquellas ilusiones
Que me inspiró tu angélica belleza.»

¡Oh Lotario infeliz! Sus aflicciones
Arráncanle una lágrima que brilla
Cual chispa del volcan de sus pasiones;
Pero al sentir que escalda su mejilla
Comprende que á su pecho generoso
Deshonra el llanto y la flaqueza humilla.

«¿Y así me quejo? exclama. Valeroso
Morir sabrá mi corazon callando,
Si no queda en la lucha victorioso.
»Ya con solemne voz en él gritando
Denuedo varonil, noble le alienta,
Su antigua fortaleza recordando.
»Que cuanto más el ánimo atormenta
El agudo aguijon de los dolores,
Tanto más grande el ánimo se ostenta.
»Cesen ya, pues, las lágrimas de amores
Que con flaqueza derramar solia.

Cesen ya para siempre. Los fulgores
»De la llama que siente el alma mia
Pueden mostrar á la razon la senda
Que á dicha más veraz segura guía.
»Y sólo habrá un amor que al pecho encienda,
No terrenal, mezquino y pasajero,
No amor que pide deleznable ofrenda;
»Sino aquel que, infinito y verdadero,
Fuente inexhausta de inefables bienes,
Es de dicha sin par ancho venero.»

Dice, y mostrando espléndidas sus sienes
La aureola inmortal de la esperanza,
El arpa en que cantó fieros desdenes
Rota, léjos de sí, férvido lanza.

CANTO DE LOS ZAGALES.

A la pradera hermosa
Tornad ¡oh ninfas! á olvidar la pena;
Aquí donde olorosa,
Junto á purpúrea rosa,
Cándido cáliz irgue la azucena.

Venid á la enramada
Que del sol amortigua los ardores
Y es de quietud morada;
Aquí donde hechizada
La mente forja ensueños seductores.

¿No mirais anhelantes
Cómo la primavera ufana envia
Sus luces fulgurantes?
Pues de ella sois amantes,
Venid para gozar de su alegría.

Las que al gárrulo estruendo
De claras fuentes, aves que gorjean,
Y céfiros bullendo,
Sentís que, libres siendo,
Por doquier vuestras almas fantasean;

Llegad. Aquí se agitan
Otras, henchidas siempre de ilusiones
Que nunca se marchitan:
Aquí nobles palpitan
Por vuestro amor ardientes corazones.

Ver podréis, de la aurora
Flotando entre la luz, que estos pensiles
Vivifica y colora,
La imágen fiel que adora
La humana mente en años juveniles.

Traed en la dulzura
De vuestros ojos lánguidos y bellos
Miradas de ternura;
Y así delicia pura
Desparcirán con fúlgidos destellos.

¿No oís cuán dulcemente
Suena campestre música, perdida
Por el sereno ambiente?
Ella en voz elocuente
Con inefables goces os convida.

Venid, pues, sin tardanza
Adonde el mal no mueve cruda guerra;
Y hallaréis bienandanza,
Fino amor sin mudanza,
Sol en el cielo, flores en la tierra.

———

EL REGALO EN SUS DIAS.

Hermosura peregrina,
Hija de Albion la nublada,
Y al Manzanáres llegada
Que un ángel ver se imagina;

Hoy que el cielo amor te ofrece
Porque tu santa patrona
Bella ostenta la corona
Que su virtud ennoblece;

En este risueño dia,
Cuando á tu delicia atento
Dulce te regala el viento
Con aromas y armonía;

Permite que sin aliño
Mi cariño, que es muy grande,
Una sola flor te mande,
Símbolo fiel del cariño.

No es la fresca, altiva rosa,
Que luce del sol al rayo,
Ni el rojo clavel de Mayo
Ni la camelia pomposa;

Pues tan arrogantes flores,
Que almas sin pasion prefieren,
Aunque brillan mucho, mueren
De su vida en los albores.

Yo te mando una flor triste,
Modesta como ninguna,
Que resiste á la fortuna
Y al crudo tiempo resiste:

La que despues de la muerte,
Cual memoria duradera,
Cubre la mansion postrera
Que nos depara la suerte.

Tu mano, pues, la reciba;
Riégala con tierno llanto,
Porque flor que vale tanto
Se llama, y es, siempreviva.

LA MUERTE DEL PAJARILLO.

«Calló su trino dulce y sonoro;
Su vista inmóvil sin luz está;
Ya no aletea con plumas de oro,
Y á mi reclamo no acude ya.

»Al que en alegre, fácil gorjeo,
Tras mí venía siempre veloz,
Hoy en su jaula rígido veo
Sin que me llame su amiga voz.

»Lacias, del hierro penden colgadas
Con muda pena, su muerte al ver,
Las verdes hojas, al valle hurtadas,
Que le brindaron sustento ayer.

»En vaso limpio vertió mi mano
Agua de un fresco, claro raudal;
Y el agua espera, y espera en vano,
Bañar sus alas con su cristal.

»Aunque en oriente raye la aurora
Y el sol derrame vivo fulgor,
¡No es saluda su voz canora
Con melodiosos pios de amor.

»Aunque mi diestra su cárcel abra,
Y aunque le excite libre á volar,
Ni ya se cuida de mi palabra,
Ni ya en mis hombros viene á posar.

»¡Oh pajarillo! ¡Cuán honda pena
Me oprime al verte yaciendo así!
¡Qué desconsuelo mi vida llena
Desde el instante que te perdí!

»Crudos dolores sufrió mi pecho;
La muerte he visto sin afliccion;
Mas con angustia y á mi despecho
Hoy débil llora mi corazon.

»Y es que en tí, acaso, yo no veia
Sólo de un ave la realidad,
Sino el amigo, la compañía
Que consolaba mi soledad.»

Dijo así un rudo, viejo soldado,
Que en cien batallas sangre vertió;
Y por su rostro, ya demacrado,
Lágrima acerba lenta rodó.

———

AL CAER LA TARDE.

Mirad á lo léjos el vasto occidente
Poblado de nubes de vário color;
Brillante cortejo del sol esplendente
Que apaga en los mares su vivo fulgor.

Miradlo teñido de verde esmeralda
Con ráfagas sueltas de rojo carmin,
Y á trechos manchado de azul y de gualda,
Y á trechos con cintas de rosa y jazmin.

¡Cuán rico está el cielo con esa belleza,
Memoria del dia que acaba de arder,
En tales momentos de dulce tristeza
Que inundan el alma de etéreo placer!

¡Cuán lleno de encanto se ostenta el paisaje
Que el último rayo refleja del sol,
Del sol que las copas del fresco boscaje
Con orlas circunda de claro arrebol!

¡Qué hermoso está el valle que oculto florece
Guardado por montes de enhiesta cerviz,
Y al fin de la tarde dormirse parece
Con ledo abandono y en sueño feliz!

¿No veis cómo al nido los pájaros vuelan?
¿No oís el murmullo del claro raudal?
¿No hallais que apacibles el alma consuelan
Los vagos rumores del aura estival?

¡Oh sol de poniente! Mi pecho te adora
Mirándote en solio de grana y tisú:
Cual dulce esperanza, muy bella es la aurora;
Cual triste recuerdo, más bello eres tú.

MELODÍAS.

I.

INVOCACION NOCTURNA.

Cierra mis ojos, benigno sueño:
Tus leves alas toquen mi sien;
Y al blando influjo de tu beleño
Mi mente goce de nuevo Eden.

Bajo tu imperio mi afan acabe;
Y cuando el alma quiera sentir,
Alce mi dueño su voz süave
Y al escucharla torne á vivir.

Deten ¡oh noche! tu raudo vuelo:
La azul esfera ven á velar;
Y ampara al triste que en este suelo
Dicha en tu sombra puede gozar.

II.

RISA Y LLANTO.

Cuando al anunciar mi muerte
Vibre la fatal campana,
Podrás ver en mi semblante
Leda risa, ó tristes lágrimas.

Si ántes me has dado al olvido,
Mi partida será amarga,
Porque á despecho de todo
Dejará de verte el alma;

Pero vagará en mis labios
Muda risa involuntaria,
Viendo que, al fin, de la vida
Sacudo la odiosa carga.

Si fiel siempre me has querido,
Mi partida será grata,
Porque iré á pedir al cielo
Que su recinto nos abra;

Pero verás cuál mis ojos
Llanto silencioso baña,
Porque tendré que dejarte
Para emprender mi jornada.

III.

LA GOTA DE ROCÍO.

Como en el cáliz de la fresca rosa
La perla del rocío,
Así en tu puro corazon ¡oh hermosa!
Descansa el amor mio.

¡Nunca al rayo del sol para su daño
La gota se evapore!
¡Nunca mi fe, por fiero desengaño,
Desvanecida llore!

IV.

ELLA.

(Imitacion.)

Cuando miro aquellos ojos,
Gloria, templo del amor,
Y en sus puros labios rojos
Casta risa de candor;

Por su seno el pecho mio
Fuego siente discurrir,
Y en sublime desvarío
Me parece ya morir.

Nunca temas que vencida
Mude fácil mi pasion:
Miéntras guarde aliento y vida
Fiel será mi corazon.

Al rigor de adversa suerte
Nunca el alma rendiré;
Que no espanta, ni la muerte,
Al que es mártir de su fe.

V.

GRATA ILUSION.

¿Oís? ¿Oís? Por la region del viento
Canto de amor á resonar comienza:
Brilla ante el alma rutilante aurora
Y en mundo ignoto de placer despierta.
Ledo perfume por doquier respira,
Fuego divino su esperanza alienta,
Y alado coro en invisible vuelo
Por la azulada inmensidad la eleva.

¡Grata ilusion! Tus delicadas manos
Roban al arpa, que celeste suena,
Blanda modulacion que al mundo trae
La remembranza del Eden risueña.
¿Eres ángel? Tu frente me lo dice:
¿Eres mujer? Tu acento lo revela.

Mujer, ó ángel, canta, y vuele el alma
Léjos, léjos, muy léjos de la tierra.

VI.

EL MENSAJE.

(Imitacion.)

Quise mandar un mensaje
A la que mi pecho amó,
Sintiendo por cruda pena
Transido mi corazon:
Mas ella partió tan léjos,
Tan léjos de aquí partió,
Que llamarla fuera en vano,
Con doliente, humana voz.
Mandarle un mensaje quise,
Prenda fiel de casto amor,
Y ansiando estaba que un genio
Se lo llevara veloz.
En una cándida nube
Lo envié con ciego ardor,
Mas pronto la ví deshecha
Por la roja luz del sol.
Despues lo tomó la alondra
Que subir, subir logró,
Mas faltándole las alas
Dióle muerte el mar feroz.
Al verla clamé llorando:

«¿No hay un ángel volador
»Que dar mi mensaje quiera
»Con celeste compasion?»
¡Ay! entónces vago el viento
Ledamente palpitó,
Con tan dulces, blandas notas,
Que calmaron mi dolor.
En grato acorde tañian
Cien arpas de aéreo son,
Y en las alas de aquel canto
Mi mensaje reposó.
Y sentí que por los aires
Resonaba su clamor,
Léjos, muy léjos, más léjos
Que cuanto el alma soñó.
Ví que al fin llegó el mensaje
A la angélica mansion,
Y en mi pecho desde entónces
Conversamos ella y yo.

VII.

SU IMÁGEN.

Doliente, bella imágen,
Que vienes del Eden,
Los ojos no te miran
Y el alma en sí te ve.

La sombra débil eres
De aquella prenda fiel
Que muerte despiadada
Robó á mi tierna fe.
Si tornas para alivio
De amor en su viudez,
Los cielos te bendigan,
Memoria de mi bien.
Si tornas porque piensas
Que acaso te olvidé,
En este pecho herido
Tu nombre puedes ver.
Doquiera que me encuentre,
Doquiera te hallaré;
Cual norte que me guia
Con pura nitidez.
No sepa ya mi labio
Más nombre de mujer:
Lo mismo que hoy te adoro
Mañana te amaré.

VIII.

AMOR INMORTAL.

Tú de mi vida
Casta ilusion
Que en grato sueño
La mente vió,

Mira mis penas,
Oye mi voz,
Pues vengo á darte
Postrer adios.

El mar me llama
Con ronco hervor:
Hoy por sus ondas
Huiré veloz.
Mas nunca olvide
Tu corazon
Que en tí se cifra
Mi eterno amor.

Con hondo duelo
Veré otro sol;
Verás con pena
La fresca flor.
Doquier sabrémos
Sufrir los dos,
Si tú pesares,
Tormento yo.

Triste la muerte
De mí va en pos,
Mas nunca al alma
Dará pavor.
Tendré tan sólo
Cruda afliccion
Al ver que pierdo
Tu puro amor.

IX.

MUERTE DEL POETA.

Ya velado en densa nube
Triste el sol muriendo está...
Ya de Oriente al cielo sube
Negro horror que espanto da.
Tal su ocaso halló mi vida...
Tal su noche vi venir...
Hoy mi voz, de llanto henchida,
Quiere al mundo adios decir.

¡Poco vives, gloria humana!
¡Dicha infiel, la muerte das!
¡Sois tan sólo sombra vana!
¡Viento y humo sois no más!
Fe en vosotras tuve un dia,
Viva luz de fiel pasion:
Hoy en pago al alma mia
Luto queda, no ilusion.

Es querer el propio daño
Siempre ansiar mentido bien:
Vense aquí dolor y engaño;
Dicha y gloria no se ven.
¡Oh vosotras, tiernas almas!
No soñeis en triunfos, no:

Yendo en pos de lauro y palmas
Crudo afan tendréis cual yo.

Mas... ¿por qué tan hondo duelo?
Harto aquí sin paz lloré:
Ya la mente, ansiando el cielo,
Vuela en alas de otra fe.
Sacudiendo su desmayo,
Rauda siéntese subir
Más que el ave, más que el rayo
De una nube en otra al ir.

Cubra el éter velo umbrío...
Ronco el trueno brame ya...
Nada teme el pecho mio:
Libre al fin del mundo está.
Voz que gozo blanda inspira
De otra patria viene á mí:
Nace un sol que nunca espira...
¡Dulce muerte, vivo en tí!

DEL SEÑOR

D. MANUEL DEL PALACIO.

EL SUEÑO.

—

Rumor de voces lejano
Parece suena en mi oido,
Quiero recordar en vano,
Y el libro, que no he leido,
Se desliza de mi mano.

—

Ante mi incierta pupila
Miro en silenciosa fila
Seres y objetos pasar;
Cuanto me cerca vacila,
Mi aliento se va á apagar.

—

Veo risueñas llanuras
Y montañas escarpadas,
Selvas frondosas y oscuras,
Y entre arroyos y cascadas,
De un antro las angosturas.

—

Del antro sobre la puerta
Arrojo yelmo y escudo,
Y por la escala desierta,
Ciego, irritado, desnudo,
Me lanzo á carrera abierta.

Rápido cruzo y sereno
Calles de lava y basalto,
Nada á mi ardor pone freno.
Si hallo un torrente, lo salto,
Si hallo un abismo, lo lleno.

—

A un mundo desconocido
Llego al despuntar la aurora.
Mundo de paz y de olvido,
Donde se ensalza al caido
Y se consuela al que llora.

—

No existe allí el ódio fiero,
Ni la envidia, ni el agravio,
Y unidos van de bracero
El mendigo con el sabio,
Torquemada con Lutero.

—

Rosada luz ilumina
De aquel mundo el horizonte,
Y á traves de la neblina
Palmas se ven en el monte,
Laureles en la colina.

—

En la más cercana cumbre
Alza un templo sus arcadas
Que dora del sol la lumbre,
Y en cuyas gigantes gradas
Se postra la muchedumbre.

Y cien voces á la par,
Y cien mil de ellas en pos,
Van con el mismo cantar
Repitiendo: «¡Gloria á Dios!
¡Su reinado va á empezar!»

—

Al eco de esta armonía
Mi imaginacion turbada
Recobra su lozanía,
Y en mi pupila inflamada
Refleja la luz del dia.

—

De todo cuanto soñamos
Nada en derredor hallamos,
Las ilusiones dejemos,
Y puesto que despertamos,
A la batalla tornemos.

—

Otro viaje nos espera
Por más árido camino,
Donde en vez de la palmera
Halla cipreses doquiera
El cansado peregrino.

—

Y de ese viaje al final,
En cuyo largo arenal
La materia se evapora,
Se ve de una dulce aurora
El crepúsculo inmortal.

Madrid, 1873.

TROVA.

—Di por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo;
Herido vengo, y moriré mañana
Al pié de tu castillo.

—No entran en él los viles que pelean
En lucha fratricida;
Huye donde mis gentes no te vean,
Y cure Dios tu herida.

—Jamas en lides tales, mi señora,
Manché mi limpio acero;
Lidio por la beldad que el alma adora,
Sólo por ella muero.

Decir oí que de su honor en mengua
Murmuraba un villano,
Y en el vecino rollo está su lengua
Clavada por mi mano.

Herido estoy; tras mí con furia insana
Llegarán al castillo;
Di por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo.—

Oyóse el rechinar de las cadenas,
Sonaron campanadas,
Y viéronse de pronto las almenas
De arqueros coronadas.

Miéntras á una mujer con dulce acento
Un trovador decia:
Puedo mirarte, y moriré contento;
¡Gracias, amada mia!

Madrid, 1873.

PREFACIO DE UN LIBRO

DEDICADO Á MI HIJA.

Al pronunciar tu nombre, hija querida.
Puros están mis labios y mi alma;
Pasadas las tormentas de la vida,
Miro ya al cielo con serena calma.

De cuanto amé y creí con fe y empeño,
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo:
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
Mi amor á tí, que morirá conmigo.

Rendido alguna vez, jamas postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamiento honrado,
No dócil al error, y sí á la enmienda.

Nunca esperé ni aplauso ni memoria
Ni demandé favor á la fortuna;
Los pobres lauros que debí á la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios
Eres, como ángel hoy, mujer un dia,
Oirás contada por ajenos labios
Una historia infeliz; ésa es la mia.

—

Aspirar á lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan sólo la razon por dueño,
Y al capricho del mundo encadenarla:

—

Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje á veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El ódio ruin y la ambicion gigante:

—

Tal fué mi vida, tal será la tuya,
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece!
Cuando mi noche terrenal concluya,
Cuando tu aurora celestial empiece.

—

Verás con miedo, como yo con ira,
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad á la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.

—

Verás de amor cubierta con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño;
Herencia del sufrir, el desconsuelo;
Herencia del gozar, el desengaño.

Si esto sucede, y si la duda impia
Osa empañar tu corazon siquiera,
Abre este libro entónces, hija mia,
Donde cayó mi lágrima postrera.

—

Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas,
En que copiarte quiso mi deseo
Del ruiseñor amante las congojas
Ó de la alondra tímida el gorjeo;

—

Piensa no existe entre sus hojas una
Que un consejo no guarde provechoso,
Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.

—

Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracan resiste ufana
Y al blando impulso de la brisa cede.

¡Sentir, amar, creer! Aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta mision sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.

—

Por eso yo con efusion te estrecho,
Hija del alma; te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho,
Como el atleta de luchar cansado.

Madrid, 1873.

A MADAME.....

En el mar nos encontramos
Y en el mar nos comprendimos,
Recia borrasca corrimos,
Y uno por otro temblamos.

«Nunca te podré olvidar»
Me gritaban tus acentos
Entre el rumor de los vientos
Y las olas al chocar.

Y al ver la tierra cercana
Que anhelábamos los dos,
En vez de decirme: ¡Adios!
Me dijiste: ¡Hasta mañana!

Hoy, mujer, te vuelvo á hallar;
Tus hijas ya son amables:
Cuando de abismos las hables
No las hables de la mar!

POLOS OPUESTOS.

Por más que mires, por más que rias,
Por más que juegues, por más que corras,
Yo te aseguro que tus encantos,
Aunque me encantan, no me enamoran.
Sé que eres linda, sé que tus ojos
Dan, como el rayo, la muerte sorda.
Sé que á jazmines tu aliento huele,
Sé que de perlas nido es tu boca.
Mas sé que fuiste siempre coqueta,
Mudable siempre, siempre traidora,
Como la nube,
Como la sombra,
Como los vientos,
Como las olas.

Tú sueñas mucho, yo espero poco,
Yo soy esquivo, tú eres celosa,
Tú, como el ave, buscas espacio,
Yo, cual molusco, vivo en mi concha.
Tú, embelesada con el rüido,
Sientes del mundo la fiebre loca,

Yo en la tristeza y en el silencio
Mis ilusiones evoco á solas;
Tú eres flexible como la idea,
Yo rudo y grave como la historia,
Como el destino,
Como la roca,
Como la vida,
Como la fosa.

Puerto-Rico, 1868.

— — —

UNA CARTA.

Á DON ANTONIO FERRER DEL RIO, ENVIÁNDOLE LA CREDENCIAL DE UNA GRAN CRUZ PARA EL SEÑOR VARONA, SU AMIGO.

Mi buen amigo Ferrer,
De su romance al favor
Va esta carta á responder;
Verla le dará placer,
Y á mí escribirla, mayor.

Dentro de ella encontrará
La gran cruz con que el Gobierno
Premio á los servicios da
Del que es liberal eterno
Do tantos no lo son ya.

De aquel en cuya persona
Sólo hallo una incorreccion,
Pues quien tan alto blasona,
Más que llamarse Varona
Debe llamarse Varon.

Del buen rey Cárlos tercero
Honrará tal caballero
Insignia, diploma y banda,
Más que tanto majadero
Que se la echó por bufanda.

Lo quiso la suerte así;
Y aunque no me toca á mí
De esta jornada la gloria,
Pues de tan cerca la ví,
Bueno es que cuente su historia.

Usté la accion presentó,
Merelo la comenzó,
Yo á retaguardia luché,
Mártos con nosotros fué
Y el triunfo la coronó.

—

Mande usté, pues, á su amigo
La credencial que ambiciona,
Y de su hogar al abrigo
Viva con su cruz Varona
Lo que mis cruces conmigo.

Que son tantas y son tales
Las que el destino me ha dado
Con propios y ajenos males,
Que áun espero en los anales
Pasar por crucificado.

En tanto sucede así
Y vienen Dios ó el demonio
Á desterrarme de aquí,
No me olvide, don Antonio,
Y disponga usted de mí.

Madrid, 1871.

A LA LIBERTAD.

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo
Que triste á veces su fulgor derrama,
Cuando al mirar su luz trocada en llama
Mejor destruye que ilumina el mundo!
Ya hundida del abismo en lo profundo;
Ya rica de poder, de gloria y fama,
Como la madre por sus hijos clama,
Aclamo yo tu imperio sin segundo.
Dentro del corazon tu nombre leo:
Ántes que ausente de mi hogar te llore,
Ántes que el hierro del esclavo muerda,
De mi existencia el fin hallar deseo:
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

Madrid, 1873.

DEL ÁLBUM DE MI HIJA.

Cuentan que al sentirse herido
Y ya próximo á su fin,
Con un amargo gemido
Llora el ciervo perseguido
La maldad del hombre ruin.

—

Lo mismo en toda ocasion
Debe hacer el corazon
Al ver perdido su encanto,
Que muchas veces el llanto
Castiga una mala accion.

A UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.

Si alguna vez de Trevi en la fontana,
Ó del risueño Pincio en la colina,
Ó en la desnuda cárcel Mamertina,
Ó en la soberbia iglesia Vaticana,
La patria de Quevedo y de Santana
Echas de ménos por servil rutina,
Y envidias á la pobre golondrina
Que se viene á posar en mi ventana,
No te detenga mujeril decoro,
Troquemos de lugar, y te confieso
Renunciaré al garbanzo sin desdoro.
Una grada de sol tendrás de exceso,
Y si la calma te aburrió del Foro,
Te daré mi tarjeta del Congreso.

Madrid, 1873.

LAS ONDINAS.

(IMITACION DE ALEARDI.)

Del lago azul y límpido
Las ondas cristalinas
Surcando va fantástica
Sin eco y sin rumor,
La hueste mitológica
De sílfides y ondinas
Que alientan con el céfiro,
Que duermen en la flor.

Cuanto soñó el espíritu
De seductor y bello,
En sus semblantes cándidos
Idealizado está:
Sus labios son de púrpura,
De nácar es su cuello,
Y á la azucena pálida
Su seno envidia da.

Con danzas y con cánticos
Alegran su existencia
En la mansion recóndita
Que les labró el Señor:
Un coro son de vírgenes
De paz y de inocencia;
Sonrien, pero ¡ay míseras!
No saben qué es amor.

—

A veces un estrépito
La superficie altera
De la laguna plácida
Do bullen sin cesar:
Y al ir con ojos lánguidos
Buscando una quimera,
Ven sólo sus imágenes
Tranquilas reflejar.

—

De noche á los purísimos
Destellos de la luna,
Cuando el hermoso ejército
Al sueño se entregó;
Parece ver de tórtolas
Cubierta la laguna,
Y lleva el aire lágrimas
Que al paso recogió.

. . . .

Así con vuelo rápido
Tu pensamiento, Elisa,
De un vértice á otro vértice
Desvanecido va:
Así navega intrépido
Tu corazon aprisa,
Por ese mar sin límites
Donde el abismo está.

¡Cuál de tu labio trémulo
El beso fuera grato!
¡Cuál de tu frente mórbida
El celestial fulgor!
Si hallando al bien estériles
Tu afan y tu arrebato,
Lográras por bien único
Saber lo que es amor.

Hoy como estatua fúnebre
Sobre el sepulcro yerto,
Ni das al dolor bálsamo
Ni estímulo al placer.
Inerte y melancólica
Parece tu alma muerta
Despojo de un autómata
Con forma de mujer.

Vendrán las horas tétricas
De angustia y de quebranto;
Caerán los rotos ídolos
Del carcomido altar:
De tu semblante célico
Se borrará el encanto,
Y ¡ay, si te falta el último
Consuelo, el de llorar!

Madrid, 1873.

LA MUERTE DE UN ANGEL.

Á MI AMIGO C. F.

Su vida, cual relámpago brillante,
La vuestra iluminó;
Rasgó la oscuridad, brilló un instante,
Y luégo se apagó.

Mas no muere la luz; fúlgida y bella
Busca su antiguo sér;
Quizá bajo la forma de una estrella
Torna á resplandecer.

Por eso cuando alceis al puro cielo
Los ojos desde aquí,
Miradle siempre con amante anhelo,
Que ella está allí!

Madrid, 1873.

CANTARES.

Huye, niña, de los hombres
Que baja la frente llevan,
Que el águila mira al sol
Y la serpiente á la tierra.

—

El amor y el interes
Salieron á viajar juntos,
Pero aquél llegó hasta el cielo,
Y éste no salió del mundo.

—

Para hacerle una visita
Que su padre me encargó,
Pedí á un avaro sus señas,
Y ni sus señas me dió.

—

Del tamaño de un guisante
Tengo una caja de plata,
Y guardo enterrado allí
El corazon de una ingrata.

Perdió á Luzbel, siendo un ángel.
Un pecado solamente,
¿Cómo has de salvarte tú
Teniendo seis de los siete?

—

Una mujer y una liebre
Se apostaron á correr,
Y como el premio era un hombre,
Se lo llevó la mujer.

—

De los niños y los viejos
Todo con calma lo sufro,
Porque he sido lo primero
Y espero ser lo segundo.

—

Si eres modista y no dejas
Aguja sin enhebrar,
Yo te pido que me enhebres
La aguja de marcar.

—

Fueron tus palabras, niña,
Chaparrones de verano;
A la mañana cayeron
Y á la tarde se secaron.

De cuantas cosas existen
Sólo cuatro no hallo bien :
El hambre, la desvergüenza,
La fealdad y la vejez.

Dices, Ines, que el alma
Se te ha perdido;
Mira á ver no la tengas
En el bolsillo :
Que muchas veces
Donde ménos se piensa
Salta la liebre.

Madrid, 1873.

DEL SEÑOR

D. ANTONIO F. GRILO.

¡ELLA Y ÉL!
INVERNADERO IDEAL.—EN LAS ERMITAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA
MI FUENSANTA.—LA HAMACA.—LA NIEBLA.
TU TRAJE AZUL.

¡ELLA Y ÉL!

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA VIUDA DE CASA-TORRES.

Fínjome lontananzas y paisajes,
Tardes breves y cándidas mañanas;
Bosques, quintas, palmeras y follajes;
Noches serenas del silencio hermanas;
Miro horizontes de color de rosa,
Un lago azul que tiembla y languidece,
Y una luna discreta, que envidiosa,
Ilumina, consuela y enmudece.
Miro en la majestad del Himeneo
Dos corazones que en tranquila calma
Se sacian en las fuentes del deseo
Allá en las noches del festin del alma.
Al par los miro descorrer los velos
De santas dichas y de amor profundo;
Fundir en una lágrima dos cielos,
Abarcar en un éxtasis un mundo;
Una mirada lánguida, indecisa,
De otra mirada entre la luz bañarse;
Devolverse sonrisa por sonrisa
Y lágrima por lágrima cambiarse,

Y el corazon, para sentir despierto,
Exclama en su insensato desvarío:
¡Cómo debe llorarla el pobre muerto
Allá en la ausencia del sepulcro frio!
Él recogió de tus velados ojos
La luz primaveral de Andalucía;
Tuvo en tus bucles y en tus labios rojos
Cárcel de amor y copa de ambrosía.
Sol de tu juventud, árbol caido,
Tendió cual sauce su follaje al suelo;
¿Quién sabe si su espíritu escondido
Prefiriera á ser ángel en el cielo
Ser de nuevo en el mundo tu marido?

. . . .

. . . .

. . . .

Vino la tarde del alegre dia,
Y de la noche en el medroso manto,
Cuando en tus ojos y en tu amor vivia,
Se murió..... como yo me moriria
Y otro cualquiera que gozára tanto!!

18 *de Abril de* 1873.

INVERNADERO IDEAL.

Á SOFÍA.

Para dormir las rosas,
Los nardos y los lirios,
Cárceles de cristal en las estufas
Tienen guardando sus aromas tibios.
Allí camelias blancas
Y juncos amarillos,
Con madreselvas, hijas de las noches,
Guirnaldas cuelgan en flotantes hilos.
Como la flor su estufa
Y el pájaro su nido,
Y el entreabierto cáliz del capullo
La trasparente gota de rocío,
El alma de las flores,
La esencia del espíritu,
La gentil y purísima doncella,
Rasgo viviente del pincel de Urbino,
Esconde su hermosura
En el fanal magnífico,
Que alfombras visten, que perfuman flores,
Y á quien da su esplendor el paraíso.

Su techo no es la nave
Ni es el arco bendito,
Que bordan con fantásticos reflejos
Las lámparas que crujen en sus vidrios.
Allí no rueda el eco
Ni el acordado ritmo
De las veladas vírgenes que en coro
A Dios elevan amorosos himnos.
No es templo, y allí flota
Un reflejo suavísimo,
Que al llegar á la puerta..... dulcemente
Llena de paz el corazon tranquilo.
¡ Allí está ! de la estancia
Al umbral detenido,
La contemplan extáticos mis ojos,
Postrada ante los piés del crucifijo.
Cerca del casto lecho
El cadáver bendito,
Pendiente de una cruz, con ambos brazos
Al ángel guarda del gentil recinto.
Sobre almohadon de plumas,
En la alfombra tendido,
De rodillas la cándida doncella
La imágen finge del pincel divino.
Creacion fascinadora,
Amor del amor mismo,
Espuma virginal de la pureza,
Del ángel y del cielo regorijo,
En sus ojos azules
De las pestañas el esmalte vivo,
La nieve de sus párpados sombrea

Cual pétalos de oro sobre un lirio.
Ni el cuello de paloma,
Ni el hombro alabastrino,
Los deja ver la cabellera rubia
Que en ondas cuelga de flotantes rizos.

. . . .

Si así postrada reza
La niña en su retiro;
Si á solas con sus padres y sus flores
Llena de luz el virginal recinto;
Si allí sus sueños de oro,
Como apacible rio,
Resbalan entre búcaros y cintas,
Entre la cruz, la música y el libro,
Cúbrela con tus brazos,
Guárdala así, ¡Dios mio!
Conserva de sus padres la ventura,
Ya que por galardon nos la has traido,
Y haz que nadie comprenda,
Al verla ante los piés del crucifijo,
Si es la doncella que desciende al mundo,
Ó el ángel que se vuelve al paraíso.

15 *de Abril de* 1873.

EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.
Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.
Allí, junto á las nubes,
La alondra trina;
Allí tiende sus brazos
La cruz divina.
La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!
Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan

Los ermitaños.
El agua que allí oculta
Se precipita.
Dicen los cordobeses
Que está bendita.
Prestan á aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes...
¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo
¡Cuán poco falta!
Puso Dios en los mares
Flores de perlas:
En las conchas jardines
Donde esconderlas;
En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De Abril en las auroras
Tiernos capullos.
Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves,
Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas!
Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre

Á los que desde el llano
Van á la cumbre...
Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
¡Más larga es la vereda
Cuando se baja!
Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad á los que rezan
Sobre esa cumbre.
Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
¡Caravana bendita
De aquel desierto!
Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres
Santo *rosario;*
De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.
De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.
Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasa la vida
Junto á la muerte!
Por los ojos que finge

La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.
Calavera sombría,
Que en bucles bellos,
Adornaron un dia
Ricos cabellos.
Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.
Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías.
¡¡Qué resta ya, del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!!
La huella polvorosa
De un sér extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño!
Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!!
Y una cruz: ¡¡vida!!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Muy alta está la cumbre,
La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!!

Madrid, 1873.

MI FUENSANTA.

Te soñé como al mar; mi fantasía
Ni vió tu rostro, ni escuchó tu acento,
¡Y ya te conocia!
Mis tardes breves y mis noches largas
Las alumbraba tu candor divino,
Y derramando lágrimas amargas
Luchaba por hallarte en mi camino.

. . . .

Una noche... los céfiros del rio
Me trajeron aromas y rumores,
Y abrí mi corazon, como las flores
Su cáliz abren al primer rocío.
Del alma amante, de gozar ansiosa,
De su ilusion en la gentil mañana,
Se lanzó bulliciosa,
Parándose cual pobre mariposa
Al borde del cristal de tu ventana.
¡Eras tú, vida mia!
Tú eras la imágen de mi amor primero
Que á traves de los vidrios sonreia!
¡Qué pestañas tan negras sombreaban
Aquellos ojos garzos y atrevidos
Que ya me tuteaban!

Acaso por extraña simpatía
Solos y amantes sin pensar nos vimos;
Era la vez primera... ¡y parecia
Que ya en otra ocasion nos despedimos!

—

La reja es el altar; altar desierto
Donde oficia el amor; faro escondido
Que allá en la noche le señala el puerto
Al desgraciado corazon herido.
Fuente del bien y de misterios cuna,
Eden feliz de los que amantes lloran,
Donde al tranquilo rayo de la luna
Se embelesan las almas que se adoran.
¡Qué vale el rico alcázar altanero
A quien en ondas trémulas perfuma
El oriental dorado pebetero;
Ni las estufas de magnolias llenas,
Ni la gruta que perlas atesora,
Ni el castillo que guarda en sus almenas
El regio lujo de la estancia mora!
¡Qué valen ni el alcázar perfumado,
Ni mármoles, ni el oro que refleja,
Junto al puerto envidiado
De un corazon que gime aprisionado
Bajo el cancel de la morisca reja!

¡Cuántas noches en ella, amada mia,
Nos sorprendió con claridad curiosa
La ausente luz del dia!

Cuando escuchas palabras lisonjeras,
Cuando el rumor de trémulos suspiros
Recoges en tus verdes primaveras;
Cuando llegan á tí voces extrañas,
Palpitaciones mudas,
Miradas indecisas,
Lágrimas y sonrisas,
Del rubor encendida por el rayo
Con sublime tristeza,
Abatida por lánguido desmayo,
Triste reclinas la gentil cabeza.

—

Orló el cielo tu frente
Con las tintas del sol de la mañana;
La luz del alba amaneció en tus ojos
Y se escondieron en tus labios rojos
Sabrosas mieles y color de grana.
Dió á tu sien de la vírgen la guirnalda,
A tu boca el clavel de la pradera;
Ondulacion bellísima á tu falda
Y derramó por tu tendida espalda
El raudal de tu oscura cabellera;
Como del cisne el nítido plumaje,
Que á la orilla del lago se abrillanta,
Así tu pecho cual gentil paisaje
Blanco se esconde entre el bordado encaje
Del suave tul que ciñe tu garganta.
Tambien te envuelve, como á flor del valle
La palmera gallarda,
El rojo chal que desde el hombro al talle

Cual purpúreo dosel tus formas guarda.

. . . .

. . . .

Si eres sol de mi ardiente fantasía,
De mis medrosas noches el lucero,
Mi bien, mi amor, mi orgullo y mi poesía,
¡Ay, la vida es muy corta, *Fuente* mia,
Para quererte como yo te quiero!

Madrid, 1873.

LA HAMACA.

Yo, que á las aves en su rumbo sigo
Del ronco mar al límite lejano;
Yo, que en mi eterna soledad bendigo
La pompa del verjel americano,
No del alcázar las marmóreas puertas
Soñó mi fantasía,
Ni están jamas para mi canto abiertas;
Algo de mi risueña Andalucía
Me recuerda aquel mundo peregrino,
Que, feraz en sus vírgenes llanuras,
Brotó evocado de las aguas puras
Al bravo esfuerzo del audaz marino.

En mi insomnio febril; en este lento
Cansancio de la vida,
En que las horas fatigadas siento
Rodar como un lamento
Que exhala al paso la ilusion perdida;
En la eterna ansiedad que me devora,
En este afan de refrescar mi frente
En un aura de amor consoladora,

Se trasporta mi mente á la distante
Magnífica ribera,
Y acaso envidia en éxtasis amante
Una hamaca flotante
Mecida al pié de la gentil palmera.

¡Oh, qué sueños de amor realizaria
En perezoso y lánguido desmayo
Mi ardiente fantasía!
Aves de mil colores,
Como de Abril la matizada alfombra.
Tal vez me revelasen sus dolores;
Tal vez vinieran á contarme amores
Y con sus alas á prestarme sombra.
Yo, en el bajel del viento,
Por el indio bordado
Del fértil Yucatan, allí olvidado,
Con muelle y perezoso movimiento,
Viera á traves de las doradas mallas
De mi ondulante trono,
La línea azul de las distantes playas.
Y aquel libre abandono
Con que las olas en tropel se estrellan.
Se cruzan, se dividen,
En confusion gigante se atropellan,
Y de lo inmenso los espacios miden.

¡Ah, los que al són de bárbara tormenta
Entre el vapor de fatigada bruma,

Bogais á impulso de la mar violenta
En pobre esquife que en su marcha lenta
Arrastra el viento como débil pluma;
Los que en la nave que sin rumbo avanza,
Viendo sin luz el horizonte triste,
Flotais entre el abismo y la esperanza
Que á la implacable muerte se resiste;
Los que en largos caminos,
Como esa nave que abandona el puerto,
Atravesais, eternos peregrinos,
La soledad terrible del desierto;
Caravanas partidas,
Roncas locomotoras,
En su propia grandeza defendidas;
Más rápidas á veces que las horas
Allá en las noches del amor corridas;

. . . .

. . . .

Vuestros locos empeños
Acaso el hombre encontrará pequeños
Desde el mar de su inquieta fantasía;
¡Envidiad al viajero de los sueños,
Que á la indolente hamaca se confia!

Madrid, 1873.

LA NIEBLA.

Á MI MEJOR AMIGO GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

ODA.

Brillaba el sol en medio del espacio
Cual corona de oro
Que puso Dios en su inmortal palacio:
Ni una nube empañaba
Con su cendal ligero y trasparente
El rayo que purísimo brotaba
De los dorados rizos de su frente.
La sonrisa de Dios aparecia
En el astro gentil de la mañana
Que alegre anuncia el suspirado dia.
Mas de pronto las nubes
Sus velos extendieron
Por la region azul de los querubes;
Lágrimas tristes en la flor vertieron,
Y de sus negros mantos comprimidos,
Extendiendo las olas enlutadas
Por la bóveda inmensa,
Formaron agrupadas
El negro velo de la niebla densa.

¿Por qué me ocultas ya, manto sombrío,
Del cielo los purísimos colores,
Y del sol el brillante poderío?
¿Por qué cierras el cáliz de las flores?
¿Por qué envuelves en lúgubre misterio
Cumbres, valles, praderas y montañas,
Que son ya dilatado cementerio?
¿Es que el monstruo feroz de la tormenta,
Rodando por los ámbitos del cielo,
El humo de sus llamas encendidas
Lo arroja y lo dilata por el suelo?
¿Es que Satan con su furor inmundo
Quiere ocultar á nuestros pobres ojos,
Desde la cárcel mísera del mundo,
La luz del cielo que le causa enojos?
¿Es que llora la tierra
Entre el crespon de la neblina oscura,
Recordando quizá que cuanto encierra
Será mañana horrible sepultura?

¡Dime, niebla sombría,
Dime qué anuncia el fúnebre sudario
Que en noche opaca nos convierte el dia!
La tarde adelantada
Parece que del sol ha recogido
La moribunda y trémula mirada.
Tal como en pecho que la fe no escuda,
Al grito abrumador de la conciencia
Se levanta el fantasma de la duda,
Así se esparce el nebuloso velo

En el inmenso espacio que separa
Á la tierra del cielo!
¡Así arrastran tristísimos los vientos
Ese mundo de sombras amarrado,
Cual mancha de los crímenes sangrientos
Que en hondas luchas abortó el pecado!

Bien vengas si al cubrir nuestros hogares
Te apareces ufana,
Como la blanca bruma de los mares
Ó la niebla feliz de la mañana.
¡Bien vengas si al tender por el vacío
Sus pálidos vapores,
Enamoradas perlas de rocío
Derramas sobre el cáliz de las flores!
¡Bien vengas si extendiéndote indecisa
Por los pliegues del viento,
Cuando el sol aparezca.... su sonrisa
Te borra en el azul del firmamento!
¡Mas huye presurosa,
Huye, neblina, con tu velo inmundo,
Si vienes á caer como una losa
Sobre el cadáver mísero del mundo!

Madrid, 1873.

TU TRAJE AZUL.

Ni el velo blanco, bruma de gasa,
Que en su cabeza flotó gentil,
Ondulando del viento que pasa
Al beso sutil;
Ni cintas bellas, ni lazos sueltos,
Entre los pliegues de airoso chal,
A ella unidos cual lirios esbeltos
Encarcelados en un fanal;
Ni las tempranas flores sencillas
Del traje blanco que en su ilusion
En el templo estrenó de rodillas
Cuando tomaba la comunion;
Ni la flotante falda ligera
Que encajes bordan de leve tul,
Rivalizan ni pueden siquiera
Copiar ese prisma que imita á la esfera
Y ostenta sólo su traje azul!

¡Ay, déjame soñar, hermosa mia!
Cuando con tan celeste vestidura
Te contempla mi ardiente fantasía,

A mis ojos se aumenta tu hermosura
Como se aumenta con la luz del dia!
Ya se finge mi mente soñadora
La onda azul de los mares;
Ya ese vapor que el aura voladora
Eleva desde el fondo de los lagos;
Ya esos matices vagos
De un sol que se adormece en lontananza;
Ya una bruma que al fin se desvanece,
Ya una nube que avanza
Y trémula otra vez desaparece;
Ya un paisaje de raso, ya el portento
En que envuelves tus gracias y sonrojos;
Ya una mitad del mismo firmamento
Que alumbran las estrellas de tus ojos.

Lo azul es lo impalpable, lo vago y misterioso;
El prisma con que el cielo su túnica vistió;
Es el matiz diáfano del mar tumultuoso,
La veste que en sus vírgenes Murillo idealizó.
Es el color del lirio que el búcaro perfuma,
Es la azulada ráfaga de incienso virginal,
De quejumbrosa tórtola la trasparente pluma,
Y el fondo que se esconde del lago en el cristal.
La banda que en el iris más fúlgida destella,
La vena azul que esmalta sublime palidez,
Y el sello que en los ojos de cándida doncella
Revela de su pecho la tierna candidez.

Por eso de tu imágen hasta la sombra sigo,
Por eso me enamora tu trasparente tul;
Por eso te amo tanto, por eso á Dios bendigo,
Que te formó tan pura como tu traje azul.

Madrid, 1873.

———

DEL SEÑOR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

EN EL CEMENTERIO.—EPIGRAMAS.
Á ESPAÑA EN SUS DISCORDIAS CIVILES.—INTRODUCCION Á LA SÁTIRA
TITULADA «GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS».
EL CÁNTARO ROTO.

EN EL CEMENTERIO.

Visité la necrópolis desierta
Cuando la luz postrera de la tarde,
La calma de los campos, la hora triste,
Dolorosos recuerdos, todo en ella
Brindaba á meditar; sólo el gorjeo
Dulce de un ruiseñor, que entre el follaje
De un árbol á cantar se deshacia,
El solemne silencio interrumpia.

¿Será verdad?..... Como impulsada corre
Por inflexible ley la fuente al rio,
Y el rio corre al mar, y en él se pierde,
Así la vida en rápida carrera
Va á la nada, al no sér, piélago inmenso,
Callado y tenebroso; nadie pudo
Arrancar á la esfinge, que ese abismo
Tiene á su entrada, la segura clave
Del enigma fatal; nada se sabe
De esa negra region; no ha vuelto un hombre
A decir á los otros: « Yo he gozado
» Nueva existencia de la tumba allende,
» Y la esperanza os traigo y el consuelo
» De la inmortalidad; isla invisible

»Es vuestro globo en el espacio, donde
»Hoy duerme la sedienta caravana
»Para marchar al porvenir mañana.»
¿Será verdad, ó creacion del miedo,
Que ese terrible sér, Dios ó la ciega
Materia bruta, inagotable orígen
De cuanto puebla la extension, sus hijos,
Como Saturno, sin cesar devora,
Sordo al lamento universal?.....
Se hundieron
Entre el fragor de horrendas convulsiones,
Magníficas naciones
Que llenaron los siglos con su fama,
Y de su nombre ni memoria queda:
Babilonia y Persépolis murmuran
Áun el suyo, mas no con la palabra
De su grandeza y juventud caidas;
Con la voz de sus ruinas lastimera.
Hundióse la virtud y hundióse el vicio
Al golpe igual de inexorable fallo:
Sócrates y Focion, ¡romped la copa
De la amarga cicuta! estéril fuera
El sacrificio; en el ignoto imperio
De las sombras eternas no florece
El árbol de la vida; allí perece
Con la inocente víctima el verdugo;
Lucrecia con la impura Mesalina
En el abismo se sumerge, y cae
Con Espartaco el que azotó su rostro
Y lo amarraba á la servil coyunda.
Al mártir de la idea

¿De qué le servirán la generosa
Fe y ardimiento varonil, que espantan
Al injusto opresor? ¿De qué á la vírgen
La gracia y castidad que la embellecen,
Ni su candor al niño?.....
El que los astros
Sembró en el infinito, como flores
Del jardin sideral, ó claras notas
Que en inefable y armonioso ritmo
Elevan nuestras almas,
¿Para qué los creó, si cuando suene
En el reloj del tiempo la hora suya,
De la órbita natal siendo proscritos,
Y errantes todos al acaso, espectros
De mundos apagados,
Tras sí no dejarán huella ni sombra?
¿Si una vez, pobres átomos perdidos
En la materia cósmica, no vuelven
Formas á dar y majestad completas
A la vida ulterior de otros planetas?
¿Para qué el pensamiento?..... Con él roba
Al cielo un rayo de su luz el hombre;
Con él, entre la noche en que se agita,
Asciende por la escala misteriosa
Que lo invisible á descubrir le lleva;
Y cuando el premio á su ambicion aguarda
Este espíritu noble y valeroso:
«¡Inútil es tu afan!» cruel le grita
Una voz interior; y encadenado
A la roca fatal de su destino,
Infeliz Prometeo—por el crímen

De elevarse del polvo — eternamente.
Buitre implacable, bárbaro verdugo,
Su corazon devora, que renace
Una vez y otra al infernal suplicio,
Haciéndole dudar este tormento
Si es un dón ó un castigo el pensamiento.
Envuelta del crepúsculo en la bruma,
Álzase en el confin del horizonte
La ciudad de los vivos,
Cuyo rumor semeja al sordo y vago
De una colmena, ó de marinas olas
Que en la playa se estrellan:
Aquí, profunda calma:
El viento se ha dormido entre las flores:
Su copa hácia la tierra el sauce inclina
Como una frente pensativa, y canta
La única voz que me recuerda el sitio
Donde estoy de los hombres alejado
Y de mi soledad acompañado.
¡Oh, bendita la voz mil veces sea
Que de la tumba en el silencio se oye!
Revelacion quizás del gran misterio
Que el hombre anhela descubrir: la vida
En el fecundo seno de la muerte,
Que la mece cual madre cariñosa
Al fruto de su amor: así nacieron
Del lodo de pantano corrompido
Florecillas que al aire balancean
Sus corolas azules, y en el hueco
De poderosa frente
Que lo creado contener ansiaba,

—Del pensamiento alcázar soberano—
Hospédase la vida, siempre augusta,
Como ántes en el hombre, en el gusano.
Mentira es el no sér; cuna el sepulcro;
Nombre vano la muerte, dulce aurora
Que la conciencia universal presiente
De superior estado y claro dia;
Pasa la forma, la sustancia queda,
Y en mano del artífice divino,
Que sábiamente la modela, cubre
La desnudez de nuevas creaciones.
Aquí su corazon, su fe, su ciencia,
Su gloria, su dolor, esa nostalgia
De un bien que disfrutó no sabe cuándo,
De una perdida patria, de otro mundo
Cuyo recuerdo vago en él existe,
Diciendo al hombre están: «Como el obrero
»De sus mejores galas se atavia
»Para acudir á la sonora fiesta,
»Despojado ya tú del mortal velo
»En este valle oscuro, cuando tocas
»En él tu breve término, otro paso
»El alma avanza, de esplendor vestida,
»Á la ciudad eterna de la vida.»
Mármoles, epitafios, sepulturas,
Negros crespones, fúnebres coronas,
Imponente silencio,
Si al sentido carnal destruccion sólo
Anunciándole estais, otro, impalpable,
El sentido interior, el verbo que habla
Á nuestro sér con luminoso acento;

Lince penetrador del hondo arcano;
Aguja siempre fiel, vuelta hácia el polo
Que al espíritu guia,
En más bellos y puros horizontes
Haciéndole pensar, viva mantiene
La esperanza de toda criatura
En bien supremo y perfeccion futura.
La ruina de las cosas
Es progreso, no fin; el polvo canta
El himno eterno de la eterna vida,
Transfigurado sin cesar;
le deben,
La luz, diafanidad; magia, el sonido;
Su púrpura el clavel, y su perfume;
La roca, sus cristales;
El cielo, sus auroras boreales;
Sus arenas la playa; el Chimborazo,
La enormidad de sus gigantes cimas.
Si cieno es hoy sin brillo,
Fulgurará mañana en el diamante
Ornato rico de nupcial corona;
Si pobre resto fué de un infusorio,
Nacerá despues sol, entre arreboles,
Al polvo unido ya de muertos soles.
Pues si á vida inmortal está llamado
Lo que no piensa ni ama,
¿Habrá de perecer su rica esencia,
El espíritu activo que lo anima,
De lo creado la porcion más noble?
¿Ménos que humo fugaz será la gloria?
¿Ménos la gran tarea de la historia?

Esta labor pasmosa, el alma misma
Es de la humanidad; generaciones
Sin cuento, en largos siglos
Sublimándola fueron, y hoy más bella
Es que del mundo en los primeros dias:
Y en tanto, cada espíritu—ya roto
El lazo material que aquí lo ataba—
Subiendo va con vuelo interminable,
De una esfera á otra esfera,
Hasta alcanzar la dicha suspirada
Con duelo siempre y con afan ganada.
Su obra santa en la tierra es el progreso:
En ella el fundamento, en ella el gérmen
Está del hombre nuevo; la crearon
La inspiracion del vate y del artista;
El sabio, con la ciencia indagadora,
Que va de la verdad á la conquista;
El justo, con su ejemplo;
Con su pasion, el mártir: al pié de ella,
Para elevar la fábrica sublime,
Sangre sudó el esclavo, y de sus ojos
Lágrimas desprendiéronse á raudales:
Al pié de ella, sentado
Sobre hediondo muladar, mostraba
Job—la paciencia humana vencedora
Del dolor enemigo—su profunda
Miseria y llaga inmunda
Que á escarnio cruel y á compasion movia.
Sesostris, Tamerlan, Fidias, Esquilo,
Augusto, Cristo, Guttemberg, Cervántes,
Galileo, Colon, Fúlton, Daguerre;

Los unos, asolando
Con formidables huestes vengadoras
Grandes imperios corrompidos; otros,
Incendiando las almas con el fuego
De la palabra, que renueve el mundo
Por la virtud que le infundió la idea;
Éste, volviendo al mármol carne viva
Y voz dándole al par; aquél, pulsando
Entre laurel y palmas,
Rey de la escena, las dormidas almas,
Que á su poder fascinador responden
Como liras sonoras,
Con dulce llanto de íntima ternura,
O de la pena con el ¡ay! amargo.....
Todo, la idea, el hecho:
Lo que habla, lo que canta, lo que llora
De tierra, cielo y mar en las regiones;
La razon, el instinto, las pasiones
Que ennoblecen al sér ó lo degradan;
El errante cometa despeñado
De las celestes cumbres; la hoja seca
Que en su vértigo arrastra el viento airado,
Todo trabaja y cumple su destino
Como instrumento fiel del plan divino.

. . . .

¡Huye, pavor del ánima cobarde,
Amamantada en el estéril pecho
De loca vanidad ó de fe ciega!
Tú rebajas á Dios hasta tu propia
Mísera pequeñez, cuando lo finges,
Demente destruyendo la obra suya,

El limpio espejo en que su imágen santa
De toda eternidad se está mirando:
Aquí tambien nos la dejó esculpida;
Muéstrate, ¡oh corazon! sereno y fuerte,
Y hallarás la palabra de la vida
En el libro terrible de la muerte.

EPIGRAMAS.

I.

Cierto avaro empedernido
Iba mil gracias á dar
Por un favor recibido;
Mas de pronto, arrepentido,
Escribió sin vacilar:
« Un amigo..... no, un hermano
Ha sido usté en las desgracias
Que mi pelo vuelven cano;
Por todo lo cual, Mariano,
Le doy..... novecientas gracias. »

II.

Á la devota Juliana
Dióle un atrevido un beso,
Y ella castigó el exceso
Con la humildad más cristiana,
Diciendo : « Aunque me mancilla,
Imitar quiero al Señor;
¡ Repita usted!..... ¡ Por favor!
Aquí está la otra mejilla. »

À ESPAÑA

EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

I.

¡Patria idolatrada,
Centro de mi amor,
Númen de mis himnos,
Alma de mi voz!
¡Cuándo será el dia,
Cuándo querrá Dios
Que feliz te cante
Quien tu mal lloró!
Traspasado siempre
Vi tu corazon
Por la mano impía
De crüel dolor.
Á tus ojos bellos,
Mudos de afliccion,
Llanto ya no acude.....
¡Todo se agotó!
Con ultraje duro,
Con sarcasmo atroz,
Hoy..... ¡hasta tus hijos
Te atormentan hoy!

Otros en tus duelos
Hágante traicion;
Cuanto más tú sufres,
Más te quiero yo.

II.

Contemplar tu genio
Siglos há logró
Por alfombra el mundo,
Por corona el sol.
Como ruina ha sido
Tu grandeza en pos.
Nuevos ideales
Tu alma acarició.
Viendo tu desgracia,
No hubo compasion;
Contra tí elevóse
General clamor.
Todos hacen leña
De árbol que cayó.....
Siempre así los hombres
Y los pueblos son.
Yo, si recobrases
En feliz sazon
Toda tu hermosura,
Todo tu esplendor,
Más que en tu infortunio
No te amára, no;
Cuanto más tú sufres,
Más te quiero yo.

INTRODUCCION Á LA SÁTIRA INÉDITA

TITULADA

GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS.

Cabalgando en un burro
Cierto honrado labriego,
Ignoro si de Illéscas ó pasiego,
Con aire nada curro,
Por una calle de Madrid pasaba;
Cuando héte que de pronto,
Fuese casualidad ó mañas viejas,
Resbala el burro tonto,
Haciéndole apear por las orejas,
Y tendiéndole allí como una rana;
No sé si le quedó costilla sana.
Á formidable risa y á chacota,
Que de morir al pobre le dan gana,
El duro lance al transeunte mueve
En tal dia del siglo diecinueve.
¡Así fué siempre la malicia humana!
¡Siempre!..... (entiéndase bien) con este pero.....
Que el prójimo reciba el daño entero.
Si pinto aquí un hipócrita, el borracho,
La meretriz, el mercader que sisa,

El fanfarron de indómito mostacho,
El patriota de pega,
El que mata, el que adula y el que juega,
Á coro exclamarán: «Presta un servicio
El que de ese bribon ataca el vicio.»
Todos aman la ley, pero yo dudo
Si esta ley es ó no la del embudo.
Que mi sátira toque
Á Tirso, á Rufo, á Nicolás, á Roque,
Á Petra..... ó al tio Lila,
Aunque el nombre de pila
Omita mi bondad ó mi prudencia.....
Entónces cada cual, hecho un infierno,
Me guardará rencor, rencor eterno,
Diciendo: «Más es él.» Voy á ser franco:
Esta es una razon de pié de banco.
No soy yo una excepcion: en mí, no rota
La ley se advierte que á los hombres rige;
El decirlo me aflige:
Tengo más faltas yo que una pelota;
Pero, aunque éstas se cuenten por docenas,
¿Servirán de disculpa á las ajenas?
¡Las ajenas! ¡La mar!..... Entre la turba
De tanto pecador impenitente,
De pasiones raquíticas esclavos,
Milagro si se encuentra
Un carácter que valga dos ochavos.
¡Ay del que el suyo conservar intente!
No sabe lo que cuesta el ser decente.
Confieso que no pinto yo querubes
Con celestiales cándidos equipos;

¿Iré, pues, á las nubes
En busca de mis tipos,
Ó la pluma que tengo prevenida
Ha de tomarlos tal como ellos suelen
Pasar en la comedia de la vida?
Si viejo es uno y le retrato viejo
Cuando se precia de gallardo y mozo,
No diga que su gozo eché en un pozo.
No trine contra mí; siga el consejo
Que dió á una vieja presumida un vate,
Al ver pedazos hecho el cristal limpio
Donde ella se miraba el rostro añejo:
«Arroje usted la cara, no el espejo.»

EL CÁNTARO ROTO.

Cantando alegremente,
De amor y vida y esperanza llena,
Una niña morena
Por agua iba á la fuente,
Escondida entre mirtos y entre rosas,
Del carmin de sus labios envidiosas.
Si modesto jubon y corta saya
Publican su humildad y su pobreza,
Tambien su juventud y gentileza:
¡Oh, mal haya, mal haya
Quien destruir osáre la ventura
De que en sus dulces ojos hay destellos!
Pues asomada en ellos
Siempre un alma se ve, serena y pura.
Los pájaros, oyéndola, cantaban:
El agua, que corria
Entre césped y juncos, sonreia;
En su cristal los olmos se miraban,
Turbando únicamente de aquel cielo
Una ligera nube el claro velo,
Siempre azul en tan bellas soledades:
¡Quién sospechar pudiera

Que es á veces la nube más ligera
Anuncio de terribles tempestades!

La muchacha sencilla
Á la fuente llegó con ágil paso
Cuando el sol ya tocaba en el ocaso,
Y puso el rojo cántaro en la orilla.
El coro de las aves la saluda
De trinos y gorjeos con la salva
Que á la apacible claridad del alba.
Y aquí asalta una duda
De improviso á mi mente;
No sé qué diera yo por salir de ella:
¿Iba, cual dije, la gentil doncella
Sólo por agua á la escondida fuente?.....
El que tenga la llave
Del corazon humano,
Que encierra en cada sér profundo arcano,
Á mi duda responda si lo sabe.
Tornando en derredor los negros ojos
Con el afan inquieto del que aguarda
Lo que mucho desea y mucho tarda,
Sentóse pensativa,
Apoyada en la mano la alta frente,
Que el sol y el aire doran suavemente,
Como sus largas crenchas mal trenzadas,
De campesinas flores adornadas;
Y con el pié desnudo,
Cuya blancura natural sombrea
El polvo del camino, seco y rudo,

La niña el suelo sin cesar golpea.
Siguiendo el movimiento apresurado
Del corazon, que late enamorado.
El tiempo trascurria;
La casta flor de noche
El rayo de la luna recibia,
Abriendo á su contacto el verde broche,
Y ¡en vano era esperar! nadie venía.
Entónces la aldeana
En pié se puso, trémula de enojos
Pintados en el fuego de sus ojos,
Y el cántaro cogiendo con tristeza,
Lo colocó agitada en su cabeza.
Mas ¡ay! que dado un paso apénas hubo,
Perdiendo el equilibrio, en su despecho,
El cántaro quedó pedazos hecho,
Y un corazon con él; que á los cristales
Del agua derramada allí con ruido
Se unieron de dos ojos los raudales.

Las aves, sin reposo
Por el presente mal y el que recelan,
Interrumpen su cántico armonioso
Y en busca de otro asilo raudas vuelan.
La nube que del cielo
Turbaba únicamente el azul velo,
Extendiéndose va densa y oscura;
En su seno el relámpago fulgura.
Todo es triste señal, todo presagio
De tormenta, de riesgo y de naufragio

De algun soñado bien. ¡Oh loco empeño!
¿Quién fia en la verdad hija de un sueño?
«¡Tres citas sin venir!..... ¡Ah! no me quiere;
Ciega estaria yo, si no lo viere;
Dar crédito á su amor es desatino»:
Por el ancho camino
Que parte en dos mitades la campiña,
Murmuraba la niña,
Andando..... andando hácia el lugar vecino.
A veces, con más fiero
Dolor y desvarío,
En que descubre el corazon entero,
Exclamaba: «¡Dios mio!
¡Cómo olvidarle, si por él me muero!»
Y siguió andando..... andando,
Y aunque remedio la infeliz no alcanza,
Todavía en un resto de esperanza
Yo no sé qué ilusion va fabricando,
Que á poco se deshace
Para servir de cuna
Á la ilusion que nace;
Siempre fué así la vida, una cadena
Que el placer eslabona con la pena.
Y así sucedió entónces; del espeso
Ramaje de un sotillo
Salió el rumor de un beso,
Ó tal se lo fingió la fantasía
Á la pobre muchacha que lo oia;
Y oyó el cantar de acento conocido
Á claro acento de mujer unido,
Amado el uno cuando Dios queria,

El otro eternamente aborrecido.
No hay duda ya; la deja. la abandona
El desleal mancebo;
Con espinas corona
El tierno amor de tiempos más felices,
Que áun en ella conserva hondas raíces.

Desde el infausto dia,
De su fiel corazon fué desterrada,
Como huésped molesto, la alegría.
¿Tendrá su pena coto?
¿Otra pasion la encontrará indefensa?.....
No sé; mas siempre que un amante voto
Le jura lealtad, la niña piensa
En el cántaro roto.

DEL SEÑOR

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

VELUT UMBRA.

CREPÚSCULO.—PROBLEMA.—MISERERE.—¡AMOR!— EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.
Á VOLTAIRE. — LAS ARPAS MUDAS.

VELUT UMBRA.

¡Oh incesante desvarío
Del hombre! ¡Oh mentida gloria,
Tan fugaz y transitoria
Como las ondas de un rio!
El tiempo impasible y frio
Va empujando tu memoria,
Que brilla un punto en la historia
Y se pierde en el vacío.
¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
Que ni áun recuerda la gente,
Habrá visto, habrá alumbrado
Ese sol, desde la altura
En que gira indiferente!
A medida que hácia el puerto
Va marchando del olvido,
Aparece cuanto ha sido
De espesas brumas cubierto.
Ese polvo, árido y yerto,
Ha pensado y ha sentido:
Es el despojo perdido
De la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre.
¿Quién el misterio adivina?
¿Quién á descifrarlo alcanza?
Tan oscuro es para el hombre
Lo pasado que declina.
Cual lo porvenir que avanza.
¿Dónde está la oculta fuente
Del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito Oceano
Va á parar esa corriente?
Principio y fin, velozmente
Se buscan y dan la mano;
Y en el gérmen bulle el grano,
Y en el grano la simiente.
La flor, que arrebata el viento,
Préstale al campo marchito
Nuevo jugo y nueva vida;
Mas ¿quién en el movimiento
Del génesis infinito
Recuerda la flor caida?
¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
Sobre las ciudades muertas
Álzanse nuevas ciudades.
En ignotas soledades,
En regiones hoy desiertas,
Yacen, de polvo cubiertas,
Las glorias de otras edades.
Cae en mortal cautiverio
Cuanto el alma inquieta y muda
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra.

Mayo 23, 1873.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
Y la luz tibia y dudosa
Del crepúsculo envolvia
La naturaleza toda.
Los dos estábamos solos,
Mudos de amor y zozobra,
Con las manos enlazadas,
Trémulas y abrasadoras,
Contemplando cómo el valle,
El mar y apacible costa
Lentamente iban perdiendo
Color, trasparencia y forma.
A medida que la noche
Adelantaba medrosa,
Nuestra tristeza se hacia
Más invencible y más honda.
Hasta que al fin, no sé cómo,
Yo trastornado, tú loca,
Estalló en ardiente beso
Nuestra pasion silenciosa.
¡Ay! al volver suspirando
De aquel éxtasis de gloria,
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,
Y en nuestra conciencia sombra.

PROBLEMA.

Ciego: ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
Una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
De espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
Alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
El eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
Sometida al dolor, con sangre traza
La historia de sus luchas giganteas?
Y si es ficcion la gloria prometida,
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiracion del mundo
Y ostentacion de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
Y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
Surca el ancho firmamento,
Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre són,
Con que llama á la oracion
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
En honda calma reposa,
Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.
Colgada lámpara envia
Su incierta luz á lo léjos,
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan
Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
La régia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.
Es que el César Cárlos Quinto,
Con mano firme y segura,
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario,
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto

En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra
Con aquella voz concisa,
Que oyó en el siglo, sumisa
Y amedrentada la tierra.
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
Varones que honrais la fama,
Antiguas y excelsas glorias,
De vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros,
Un clamor confuso y hondo
Parece brotar del fondo
De aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
De los sepulcros, ya abiertos:
La serie de reyes muertos
Despues á salir empieza,
Y es de notar la tristeza,
El gesto despavorido
De los que han envilecido
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado
Se alza Felipe Segundo,
En su lucha con el mundo
Vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,

Y detras del rey devoto,
Aquel que humillado y roto
Vió desmoronarse á España,
Cual granítica montaña,
A impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
De infausta y negra memoria,
En cuya edad, nuestra gloria
Como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece todavía.....
¡ Ay, qué terrible armonía,
Qué oscuro enlace se nota
Entre aquel mísero idiota
Y su exhausta monarquía !

Con terrífica sorpresa
Y en silencioso concierto,
Todos los reyes que han muerto
Van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
Cobra los vitales bríos,
Y se aglomeran sombríos
Aquellos yertos despojos,
Aquellas cuencas sin ojos,
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
Respondiendo al llamamiento,
Cual si llegára el momento

Del santo juicio de Dios,
Acuden de dos en dos
Por claustros y corredores,
Príncipes, grandes señores,
Prelados, frailes, guerreros,
Favoritos, consejeros,
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
Por su semblante amarillo
El fosforescente brillo
Que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
Con mil terrores secretos,
Viendo aquellos esqueletos,
Que ante el César, que los nombra,
Se deslizan por la sombra
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
Cuántas grandezas pasadas,
Cuántas invictas espadas,
Cuántas firmes voluntades
En aquellas soledades
Muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
Que el genio habitára en vida,
Convertidos en guarida
De miserables gusanos!

Desde el triste panteon

En que se agolpa y hacina,
Hácia el templo se encamina
La fúnebre procesion.
Marcha con medroso són
Tras del Rey que la congrega,
Y cuando á la iglesia llega,
Inunda la altiva nave
Un resplandor tibio y suave,
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
Como en los siglos pasados,
Reyes, príncipes, prelados
Toman asiento en el coro.
Despues en tropel sonoro
Por el templo se derrama,
Rindiendo culto á la fama
Con que llena las historias,
Aquel haz de muertas glorias,
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
De Cárlos, que el cetro ostenta,
Llega al órgano y se sienta
Un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
En el gran teclado imprime,
Y la música sublime
Que á inmensos raudales brota,
Parece que en cada nota
Reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
Su voz, los muertos despojos
Caen ante el ara de hinojos
Y á Dios elevan su canto,
Honda expresion del quebranto.
Aquel eco de la tumba
Crece, se dilata, zumba,
Y al paso que va creciendo,
Resuena con el estruendo
De un mundo que se derrumba:

—

«Fuimos las ondas de un rio
»Caudaloso y desbordado.
»Hoy la fuente se ha secado,
»Hoy el cauce está vacío.
»Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
»Se extingue, se apaga y muere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito, maldito sea
»Aquel portentoso invento
»Que dió vida al pensamiento
»Y alas de luz á la idea!
»El verbo animado ondea
»Y como el rayo nos hiere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito el hilo fecundo
»Que á los pueblos eslabona,
»Y busca, y cuenta, y pregona

»Las pulsaciones del mundo!
»Ya en el silencio profundo
»Ninguna injusticia muere.
»¡*Miserere!*

»Ya no vive cada raza
»En solitario destierro.
»Ya con vínculo de hierro
»La humana especie se enlaza.
»Ya el aislamiento rechaza,
»Ya la libertad prefiere.
»¡*Miserere!*

»Rígido y brutal azote
»Con desacordado empuje
»Sobre las espaldas cruje
»Del Rey y del sacerdote.
»Ya nada existe que embote
»El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
»¡*Miserere!*

»Mas ¡ay! que en su audacia loca,
»Tambien el orgullo humano
»Pone en los cielos su mano
»Y á tí, Señor, te provoca.
»Miéntras blasfeme su boca,
»Ni paz ni ventura espere.
»¡*Miserere!*

»No en la tormenta enemiga,
»No en el insondable abismo:

» El mundo lleva en sí mismo
» El rayo que le castiga.
» Sin compasion ni fatiga
» Hoy nos mata; pero muere.
» *¡ Miserere!*

» Grande y caudaloso rio,
» Que corres precipitado,
» Ve que el nuestro se ha secado
» Y tiene el cauce vacío.
» ¡ No prevalezca el impío,
» Ni la iniquidad prospere!
» *¡ Miserere!* »

Súbito, con sordo ruido
Cruje el órgano y estalla,
La luz se amortigua, y calla
El concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
Del grave y solemne canto,
Llega á su colmo el espanto
De las mudas calaveras,
Y de sus órbitas hueras
Desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
La luz misteriosa y vaga,
Todo murmullo se apaga
Y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece

El cortejo se evapora,
Y miéntras la blanca aurora
Esparce su lumbre escasa,
A lo léjos silba y pasa
La rauda locomotora

Junio 25, 1873.

¡AMOR!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
Das á los seres vida y movimiento,
Con qué entusiasta admiracion te siento,
Aunque invisible, palpitar doquiera!
Exclava tuya la creacion entera,
Se estremece y anima con tu aliento,
Y es tu grandeza tal, que el pensamiento
Te proclamára Dios, si Dios no hubiera.
Los impalpables átomos combinas
Con tu soplo magnético y fecundo:
Tú creas, tú trasformas, tú iluminas,
Y en el cielo infinito, en el profundo
Mar, en la tierra atónita dominas.
¡Amor, eterno amor, alma del mundo!

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno;
En ese bosque que oscurece el dia,
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

—

En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado rio;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado: —¡Creo,
Creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

—

Arpa es la creacion, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento

En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

—

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota
Que en acordado són al cielo sube.

—

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Ese poder augusto y soberano,
Que enfrena el Océano
Y hace girar los astros en el cielo.

—

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio, 1872.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
Resiste á tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
Resuena tu estridente carcajada.
Cayó bajo tu sátira acerada
Cuanto la humana estupidez creia,
Y hoy la razon no más sirve de guía
A la prole de Adan regenerada.
Ya sólo influye en su inmortal destino
La libre religion de las ideas;
Ya la fé miserable á tierra vino,
Ya el Cristo se desploma; ya las teas
Alumbran los misterios del camino;
Ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

LAS ARPAS MUDAS.

La vírgen poesía,
Huyendo de los hombres,
Se pierde en las profundas
Tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
Y el eco no responde
Sino á los broncos gritos
De cien revoluciones.

—

¡Ay, cuando la tormenta
Cierne sus negras alas,
La tímida avecilla
Se oculta y tiembla y calla!
¿Qué valen sus gorjeos
Ante la voz airada
Del trueno que retumba
En valles y en montañas?

—

¡Qué cambio y qué contraste!
Ayer llenaba el mundo

La inspiracion sublime
De Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
Que envileció el tumulto,
Parece que gravita
La losa de un sepulcro.

—

Miraban nuestros padres
El despertar de un siglo:
Nosotros á sus hondas
Angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
Su cántico era un himno.
El nuestro, ¡oh desventura!
El nuestro es un gemido.

—

Cuando despues de aquella
Sangrienta sacudida,
Que derribó en el polvo
La sociedad antigua,
Con su potente mano
La santa poësía
Logró sacar ileso
A Dios de entre las ruinas;

—

Cuando en estéril roca,
Entre el rumor confuso
Del mar, agonizaba

En su aislamiento augusto
El águila altanera,
Tan grande en su infortunio,
Que de sus corvas garras
Tuvo suspenso el mundo;

—

Entónces, como el gérmen
Oculto que despierta
Y rompe vigoroso
La cárcel que lo encierra,
Sobre las viejas ruinas
Brotaron por doquiera
La religion, la gloria,
La libertad, la ciencia.

—

¡Siempre el dolor fecunda!
La tierra, nuestra madre,
Sufre el agudo arado
Que sus entrañas abre:
El mar tiene sus roncas
Y oscuras tempestades,
Su duda el pensamiento,
La religion sus mártires;

—

Todo lo grande surge
De este combate eterno,
Como la luz del choque
Del pedernal y el hierro.

¡ Felices nuestros padres,
Que entónces recogieron
La miés ántes regada
Con llanto, sangre y cieno!

—

¿Es raro que el poeta
Alzase himnos de gloria
Al Dios que renacia
De entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
La alborozada Europa
Al nuevo sol, naciendo
De la impalpable sombra?

—

Pero hoy ¿qué alegre canto
Entonarán las Musas?
La llama del incendio
Nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
De alborotadas turbas,
Arrastra por el fango
Sus blancas vestiduras.

—

El entusiasmo espira
En lecho de dolores:
Atónita y turbada
La fé su venda rompe,

Y caen de sus altares,
Bajo insensatos golpes,
La patria, la familia,
Los reyes y los dioses.

—

¡Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
Su inspiracion al vicio,
Y entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.

—

¡Poetas! Hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sauces.
Tal vez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda
Y vibren, giman, canten.

—

Tal vez cuando del tiempo
Se amanse la corriente,
Nuestros felices hijos
Piadosos las descuelguen.

¡Quién sabe! aunque las densas
Tinieblas nos envuelven,
No eres eterna, ¡oh noche!
¡Dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

AL MAR CANTÁBRICO.
ENTRE SCILA Y CARÍBDIS.—EPITAFIO EN EL SEPULCRO DE ELISA.
LA ILUSION.—SONETO.—CREPÚSCULOS.
LOS DOS SUSPIROS.
JUNTO Á LA CUNA VACÍA.—EL HUÉRFANO.—Á UNA FLOR.
EN LA AUSENCIA.—AMBICION.
POESÍA HUMORÍSTICA.

AL MAR CANTÁBRICO.

(Á MI QUERIDO AMIGO EL EXCMO. SR. DUQUE DE SESSA Y DE MONTEMAR.)

Terrible ¡oh mar! tu rumoroso estruendo
Llega hasta mí. La acelerada planta
Guio al enhiesto peñascal gigante.
Ya su cima alcancé...... ¡Ya te estoy viendo!
Déjame te contemple un solo instante,
Miéntras rápido al cielo, cual tus olas,
Mi pensamiento altivo se levanta,
Y libre puedo, á mi placer y á solas,
Cantar tu mole, que á la tierra espanta.

Pero ¿cómo cantar de tu oleaje
El contínuo bullir? ¿Quién sus acentos
Podrá mezclar á tus acentos rudos.
Cuando, movido por el fiero empuje
Y el ímpetu salvaje
De los fragosos vientos,
Dejas los aires con tus ecos mudos?

Aquí se siente á Dios..... Mar infinito
De insondables arcanos; ancho cielo

De luces y tinieblas, donde escrito
Con letras de los astros refulgentes
Su nombre eterno está; terrible enojo
Que abisma al hombre que en su loco anhelo
Se lanza al mar con indomable arrojo;
Valla inmortal, donde á estrellarse llegan
De la ambicion mundana
Los perdidos clamores; voz potente
Que con el rayo vengador se hermana
Para anunciar á la espantada gente
La pequeñez de la grandeza humana.

El aliento de Dios aquí se agita
En este mar profundo
Donde las olas sin cesar renacen
Como los siglos en el mar del mundo.
Yo te venero, ¡oh Dios! ¿Cuál labio impío
Tu nombre negará? ¿Quién, tu grandeza,
En medio de este mar, de este vacío,
De este cielo de espléndida belleza?

Ése es tu pabellon. Ésa tu alfombra,
Bordada por los vientos bramadores
Y los rayos del sol. Do quier la sombra
De tu inmenso poder. Léjos la bruma
Velando el horizonte ilimitado,
Mi vista llega allí; más adelante
Nuevos espacios hay, nuevo horizonte
Que ya á mi vista penetrar no es dado.

¡Cuántas veces gozando en libre calma

Mis sueños de poeta,
A grandes rasgos te tracé en mi alma
Con el pincel de la ilusion inquieta!
Yo haré flotar mi pensamiento un dia
Por cima de ese piélago, cual flota
Vencedora del aire la gaviota
Buscando nuevo espacio, me decia.
A su sordo rumor, envanecido
Un himno entonaré, y el pobre plectro,
Que hora inacorde entre mis manos vibra,
Del corazon dolido
Llegará á conmover la última fibra.

¡Y héme ya junto á tí! Mas no á ese intento
Voy á elevar mi voz. Triste mi idea,
Débil mi pensamiento,
Jamas me inspirará mágico acento
Que digno ¡oh mar! de tu grandeza sea.

Yo vengo de otro mar. En él se agita
Turbulento oleaje
De envidias y rencores confundidos.
En él se precipita
La horrible tempestad de las pasiones.
Ruge el crímen y mueren oprimidos
Los ayes del dolor, como en tu seno
Mueren las blandas auras
Cuando se extiende rebramando el trueno.

¡Ay del hombre infeliz! ¡ay del cuitado
Náufrago triste en la borrasca fiera

De ese viviente mar siempre agitado.
Yo en medio me encontré de sus abismos,
Sin otro amparo que el dolor agudo
De la triste orfandad. Aquellos mismos
Que al puerto dirigieron
De mi pobre bajel la incierta quilla,
Más de una vez mi corazon hirieron
Contra la roca del desden que humilla.

Mas todo lo olvidé rápidamente,
Mar de Cantábria, al contemplarte ufano,
Alzando altivo la nevada frente,
De la tierra gigante soberano.
Aquí se siente á Dios, y el labio solo
Su nombre balbucea.
No la traicion y el dolo
Cruza en la mente que ante tí se inspira;
Amor, inmenso amor, virtud sublime,
Que el hombre débil que en la tierra gime,
Contemplándose en tí, grande se mira.

ENTRE SCILA Y CARÍBDIS.

Cruzando el mar del dolor
Cuando huérfano me vi,
Dije: «Me amparo al amor»,
Y en el escollo traidor
Del desengaño me hundí.

Viéndome en tal ansiedad,
«Puerto es de fe la amistad»,
Feliz al puerto bogué;
Pero ¡ay! tambien naufragué
Y hundíme en la falsedad.

Y desde entónces advierte
Mi triste razon perdida,
Combatiendo con la suerte,
Que es el puerto de la muerte
La salvacion de la vida.

EPITAFIO

EN EL SEPULCRO DE ELISA,

MUERTA Á LOS QUINCE AÑOS.

Cuando la aurora infantil,
Rica en gala y armonía,
Ante el sol palidecia
De la ilusion juvenil;
Quien da á la brisa sutil
Y al mar y al ave su acento,
Quien es del alma el aliento,
Quien es de la vida el sér,
Descendió hasta la mujer
Y ángel la alzó al firmamento.
¡Feliz el ave que perseguida,
Vuelve á su nido..... vuelve á la vida!

LA ILUSION.

Yo recuerdo en mis penas vagamente
Una ventana con brillante luz;
Por ella contemplaba diariamente
Desde mi lecho la extension azul.

Un dia, al despertar el alba ufana,
Ninfa risueña en el cristal tocó;
Yo estaba de mi vida en la mañana,
Y abrí inocentemente á la *ilusion!*

Tan pura la encontré, tan candorosa,
Que á su lado..... ¡soñé que era feliz!
Este es el sueño de una edad hermosa
Que para siempre se disipa al fin.

Ahora, cuando al par del alba ufana
Despierto para ver la luz del sol,
Ya no veo como ántes la ventana
Donde vino á llamarme la *ilusion!*

SONETO.

¡Y eres tú la que ayer, enamorada,
Tiernos suspiros sin cesar fingias,
Y al blando acento de mi voz solias
Quedarte dulcemente enajenada!
¡Eres tú la que ayer, entusiasmada,
Enlazando tus manos con las mias,
Me jurabas amor, y ausente herias
El viento con gemidos desolada!
No eres tú, no, la que amorosa y pura
Pudo fingir con celestial encanto
Tanta dulce emocion, tanta ternura,
Tanto delirio y tan acerbo llanto;
Eres no más que la sirena impura
Que engaña artera al modular su canto.

CREPÚSCULOS.

La dije balbuciente,
Inspirado en su cándida mirada,
Con el temor que siente
El alma enamorada:

«Niña, la más hermosa,
Que llena de ilusion mi mente inquieta,
Tú eres la luz crepuscular radiosa
De mi alma de poeta.

»De mi alma, que áun ignora
Si eres la luz con que se anuncia el dia,
Ó eres la precursora
De la noche sombría!

»Si con tu esencia pura
No has perfumado el corazon amante
De otro sér, mi ventura
Es tuya en este instante.

»Tuyas las horas son que deba al cielo,
Tú puedes, vida mia,

Llenarlas de consuelo,
Llenarlas de agonía.»

Y díjome la hermosa,
Temblando y ruborosa,
Con la misma sonrisa
Con que el fresco clavel se abre á la brisa:

«Vuestro amoroso acento
Sin duda es voz de la ilusion inquieta.
Quizás habla el poeta,
No del soñado amor el sentimiento.

»Dejad que el alma mia
No turbe duda ni fatal recelo;
Y así..... nuncio será de claro dia
La luz crepuscular de vuestro cielo.»

Y así, en esta esperanza,
Ávida el alma su impaciencia apura
Viendo, en el cielo de su amor, si avanza
Radiante el sol de mi inmortal ventura.

LOS DOS SUSPIROS.

Cruzando en opuestos giros
La inmensidad trasparente
Halláronse frente á frente
Dos amorosos suspiros.

—El raudo vuelo deten,
Dijo uno parando el vuelo:
¿Dónde caminas?—Al cielo.
—Yo al cielo subo tambien.

—¿Quién te envia?—Un corazon
Que amor tirano domina.
—Una alma á mí me encamina
Esclava de igual pasion.

—Yo soy del dolor esencia.
—Yo expresion del sentimiento.
—Yo nací del desaliento.
—Yo del pesar de la ausencia.

—Ambos nacimos al par
De una alma y un corazon,

Esclavos de igual pasion,
Sujetos á igual pesar!

—Nuestra suerte está ligada.
—El mismo amor nos dió vida.
—Yo soy ilusion perdida.
—Yo esperanza defraudada.

—Juntos volemos en pos
Del mismo bien y consuelo.
—La ilusion está en el cielo.
—La esperanza alienta en Dios.

JUNTO Á LA CUNA VACÍA.

—

Suelto el cabello abundoso,
Fija la triste mirada,
La mente con los recuerdos,
Con los dolores el alma,
De la noche en el misterio
Y en las horas más calladas,
Cuando la imágen sombría
Del dolor la mente exalta,
Vierte una madre en silencio
Llanto que su rostro escalda
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas

¡Allí fué!..... No há mucho tiempo
Allí el inocente estaba,
Sér de su sér, vida suya,
Luz y amor y alma de su alma!
Buscan sus ojos ardientes,
Pero sus ojos no hallan,
Ni sus oidos escuchan,
Ni su boca se regala,

¡Que está vacía la cuna
Del hijo de sus entrañas!

Súbito un punto sonrie,
Serena la faz turbada;
Formula frases que sólo
Sabe una madre formarlas.....
Mira al hijo..... le contempla.....
Le adora..... le observa extática,
Le tiende febril los brazos,
Le llama ansiosa á su falda,
Y luégo..... ¡Dios de clemencia!
Loca al vacío se abraza;
¡Que está vacía la cuna
Del hijo de sus entrañas!

—

Corazones desgarrados
Por la fortuna voltária;
Los que en lides amorosas
Sufris, ¿qué son vuestras ánsias?
¿Qué valen vuestros delirios?
¿Qué valen vuestras desgracias?
Dolor..... ¡el dolor agudo
De esa madre infortunada
Que en la noche silenciosa
Vierte un torrente de lágrimas
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas!

———

EL HUÉRFANO.

Galas tienen los campos,
Brisas tienen los mares,
Bellos goces el alma
Cuando su fuego aviva la juvenil edad.
Mas, ¡ay! que sólo abrojos
Y bramadores vientos
Y redobladas penas
Existen para el alma que gime en la orfandad.

—

Tras la risueña aurora
De la niñez sencilla
Nacen las esperanzas,
Vagan los dulces sueños, brota el primer amor.
Mas, ¡ay! que el pobre huérfano,
Cuando á la vida nace
De los felices sueños,
Las realidades sólo concibe del dolor.

—

Entre palacios ricos,
Entre preciadas joyas,

Hastiado de placeres,
Sustenta el sibarita su orgullo y vanidad.
Cruza entre tanto enfermo
El pobre huerfanito
Sufriendo los rigores
Del frio y de la lluvia, sin ropa y sin hogar.

—

Llega á la edad caduca;
Sucede á los reflejos
Del sol de los amores
La sombra funeraria que envuelve el ataud.
Solícitos cuidados
Rodean al pudiente,
La pompa le acompaña
Despues que dan sus ojos la postrimera luz.

—

Desfallecido, exánime,
Al término infalible
De su angustiada vida
Llega por fin el huérfano..... se ve en un hospital.
Ni una palabra tierna,
Ni una furtiva lágrima,
Ni un triste «adios» percibe!.....
Sólo con sus dolores vuela á la eternidad.

À UNA FLOR.

———

(Á MI QUERIDO POETA ANTONIO GRILO.)

Seca y marchita flor que en otros dias
Al viento dabas tus perfumes suaves,
Por el fiero huracan sigue impulsada,
Y muda y triste á mi existencia no hables.

—

Gala del cielo que nacer te viera
Del prado ameno en el fecundo valle,
Fuiste no há mucho..... y en la arena fria
Ya sin color y sin perfumes yaces.

-

Cual tu existencia mi ilusion ha sido,
De amor en alas al querer alzarse;
Reina ayer de este mundo se gloriaba,
Y hoy este mundo mi ilusion abate!

—

¡Sigue!..... No dejes que el pensil ameno
Que ayer llenabas de esplendor, hoy aje

Los restos puros de tus ricas galas.....
¡Ya con ellas no puede engalanarse!

—

Arrebatada por el cierzo, altiva
Girando irás por la region del aire,
Y así al ménos..... si no lecho de flores,
Digno lecho hallarás entre los mares.

—

¡Quién pudiera entregar su pensamiento
Al raudo giro de la brisa errante,
Y alzar su vuelo á otra region más alta,
Rompiendo el yugo de su inmunda cárcel!

—

Mas ya que el mundo á mi pesar me oprime,
¡Oh flor marchita que en la arena yaces!
Por el fiero huracan sigue impulsada,
Y muda y triste á mi existencia no hables.

EN LA AUSENCIA.

Ondas inquietas que bullendo leves,
La brisa os mece con gentil donaire,
Id, y á las playas que á mi amor recrean
Mis quejas dadle.

Dadle apacibles con amante anhelo
Los ecos tiernos que del alma parten,
Y buscan raudos en el ancho espacio
Quien los ampare.

Porque, perdidos en la azul esfera,
Medrosos vuelan sin que á nadie ablanden.
¡Triste es mi suerte; que mis ayes no hallan
Nunca otros ayes!

Por las mañanas, cuando el sol colora
Con ténues tintas el inmenso Atlante,
Cuando entibiando sus reflejos huye,
Muerta la tarde;

Y cuando tiende, de misterios llena,
La noche triste su crespon flotante,
Ó, temblorosa, su fulgor la luna
Manda á los mares;

Entónces, ninfa, que mi amor recreas,
Preciada concha de nevado esmalte,
Suelto un suspiro que hasta tí vibrando
Llevan los aires.

—

Queda mi pecho de temor henchido,
Creyendo siempre que la brisa errante
Vuelve ligera para darme el premio
De mis afanes.

—

Pero á mi acento se enmudece el tuyo,
No oigo otros ecos que los ecos graves
Que se deslizan por la turbia espalda
Del mar pujante.

—

Ondas inquietas, á vosotras quiero
Deciros todos mis dolientes ayes.
¡Tambien vosotras avivais la llama
Del fuego amante!

—

Vénus os presta su sagrado aliento,
Reina del mundo, del amor que abate
Altos designios, corazones fieros,
Almas gigantes.

—

Y pues las penas comprendeis del triste
Que en hondas dudas sin cesar combate,
Id, y á las playas que á mi amor recrean
Mis quejas dadle.

—

AMBICION.

Tú, compañero odioso,
De mi edad juvenil al par nacido,
Espíritu ambicioso,
Que haces latir ansioso
Mi débil corazon, piedad te pido.

No más mi pecho sienta
Tu punzante aguijon: cura su herida.
Loca el alma y sedienta,
A tu impulso fatal va en la tormenta
Cruzando el mar de la mundana vida.

Incesante ambicion, que aprisionada
Tienes mi mente en el mezquino suelo,
Deja, ambicion malvada,
Más poderosa cuanto más odiada,
Que tienda léjos de la tierra el vuelo.

Como lejana bruma
Que cubre el bello sol, la infancia mia
Cubierta está por tí, y un ánsia impía
Mi pensamiento abruma,
Y de tu furia el huracan me guia.

Cárcel del alma son los vanos goces
Y mágicas quimeras,
Que cual las olas de la mar arteras
Dejan en pos atroces
Y hondos abismos al pasar ligeras.

—

¿Qué sueña el alma mia? ¿Qué pretende?
¿Qué desmedida vanidad la ofusca?
¿Qué fatuo brillo enciende
Mi tranquila ilusion? ¿Qué es lo que busca?
Quizá ella misma su ambicion no entiende.

—

¡Fausto..... riqueza..... honores!.....
Metéoro brillante,
Vagarosos rumores!.....
Gala pueril de las livianas flores,
Vuelo fugaz de golondrina errante!

Sólo en tí, misterioso
Supremo Sér que el universo llenas,
Está el eterno bien y está el reposo;
No en la vida mortal, gérmen vicioso
De horribles duelos y de amargas penas.

—

Por eso tú, implacable compañero,
Nacido ayer para turbar mi calma,
Espíritu rastrero
De mundana ambicion, huye ligero,
No te sienta jamas dentro del alma.

— —

POESÍA HUMORÍSTICA.

LO QUE SUELEN DECIR.

(Imitacion.)

¿Descender en mi vida á trabajar?
Ni sé ni me hace falta mal zurcir.
Modistas dos ó tres me han de vestir;
Doncellas dos ó tres me han de peinar.
La moda es mi constante ocupacion;
El lujo desmedido mi placer.
¿Es de dia?..... á dormir. ¿De noche?..... á ser
La coqueta locuaz de algun salon.
Mi sistema es el «qué se me da á mí.»
Viajes..... trenes..... palacios..... ¡qué primor!
Que se acaba el caudal: vendo mi amor.
¿Y es esto una mujer? Dicen que sí.

LARMIG.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO.

I. Mílton y su hija Débora.— II. La luz. — III. Gloria. — IV. Infidelidad. — V. Revolucion inglesa (1642-1660). — VI. *El Paraíso perdido.*— VII. ¡Cinco libras esterlinas! (1).— VIII. Adios á la patria. — IX. Desaliento. — X. El llanto de Débora. — XI. Al destierro. — XII. Conclusion.

I.

El tibio resplandor de la alborada
Se extiende por los términos del cielo,
Y traspasa la lóbrega y pesada
Niebla, que entolda de Bretaña el suelo.

—

En el brazo de Débora apoyado
Un ciego de canosa cabellera,
Con insegura planta, de un collado
Desciende de la mar á la ribera.

—

Es el cantor de la celeste guerra,
Del bien perdido, del castigo eterno,
De la primera culpa de la tierra,
De la primer conquista del averno.—

(1) Cantidad en que Mílton se vió precisado á vender la primera edicion del *Paraíso perdido.*

De Débora los dulces claros ojos
Son del azul del cielo refulgente,
Guardan sus esmaltados labios rojos
Perlas abrillantadas del Oriente.

Es cual la flor de la mañana pura,
Como ensueño de amor es hechicera;
La dió el sauce su lánguida tristura,
La dió su gentileza la palmera.

Tiene del cisne erguido el albo cuello,
Levantado es su pecho, su pié breve;
Desciende en rizos de oro su cabello
Desde la sien de inmaculada nieve.

Atesora su cándida hermosura
Más que terrenas celestiales galas:
Es un ángel venido de la altura,
Que tan sólo al bajar perdió las alas.—

Besa la falda del agreste monte,
Que Débora y su padre están bajando,
El espumoso mar; en su horizonte
Las velas de un bajel se van alzando.

No empavesan la nave misteriosa,
Ni flámula, ni insignia, ni bandera,
Y el gobernalle rige á la arenosa
Playa do Milton con afan la espera.

El seno maternal de la Bretaña
Se apercibe á dejar, que en los combates
Vencido, va á pedir á tierra extraña
Asilo do librar lira y penates.

—

Y miéntras llega la nadante quilla,
Cuyas pomposas lonas hinche el viento,
Á la desierta y nebulosa orilla,
Del vate oid el apenado acento.

II.

«Del sol la etérea, la fecunda llama,
Iluminando la celeste esfera,
Júbilo y vida por doquier derrama
En su triunfal espléndida carrera.

—

»Himno ferviente al Hacedor entona
La humanidad, y olvida sus pesares
Cuando del sol la vívida corona
Se desprende del fondo de los mares.

—

»Abre la flor sus hojas virginales,
Trinan las aves, plácido se agita
El pez entre los móviles cristales
Y del orbe la máquina palpita.

»Ay del que, como yo, desventurado
No rinde al regio sol digno tributo,
Y vive en este mundo condenado
Á noche eterna y perdurable luto.

»¡Con qué belleza para mí tan triste
La estacion germinal de los amores
En mi arrobada mente se reviste
Con sus galas de arroyos y de flores!...

»Ya me figuro ver mieses doradas,
Que al afanado labrador consuelan,
Ya las ramas del bosque entrelazadas
Á do las aves á arrullarse vuelan,

»Ó la diáfana gota de rocío
Que el puro cáliz de la rosa embebe,
Ó en el silencio del invierno frio
Las deslumbrantes sábanas de nieve,

»Ó ya las olas de la mar henchidas
Que amenazantes á la playa llegan,
Y obedeciendo á leyes no sabidas,
Con murmurio imponente se repliegan...

»¿Quién no adora el poder almo y fecundo
De la sábia y divina Providencia?
¿Quién puede inerte contemplar el mundo
Con ojos de insensible indiferencia!

»¡Oh padre de la luz, astro de fuego!
Si en el templo brillante de tu gloria
No te puede admirar el vate ciego,
Te admira en el altar de su memoria.

—

»Y si mis muertos ojos un instante
Se volvieran á abrir y á ver el dia,
¡Con qué placer mirára tu semblante,
Hija del corazon, Débora mia!

III.

»Con áspero rigor desde mi cuna,
Sin que un momento de oprimirme ceda,
A sus plantas me tiene la Fortuna
Bajo la pesadumbre de su rueda.

—

»Vi al cantor de *Julieta* y de *Romeo*
Pobre bajar á su inmortal ocaso,
Visité en su prision á Galileo,
Lloré las penas que lloraba el Taso.

—

»Lira que canta, corazon que gime.
No hay pensamiento grande que no sea
Hijo de un gran dolor. Dolor sublime
Á los Homeros y Cervántes crea.

—

»Cuando esas sombras del sepulcro evoco,
Insensato mi orgullo lisonjeo:

La aspereza del mundo es lo que toco,
La gloria universal lo que deseo.

—

»¿No se podrá dejar alta memoria
Sino con propias lágrimas regada?
¿En el sagrado alcázar de la gloria
Sólo á la desventura dan entrada?

IV.

»Yo era gallardo, jóven y valiente.—
Este alarde perdona al pobre anciano
De temblorosa voz, arada frente,
Escasas fuerzas y cabello cano.

»Idolatré la pérfida hermosura
De quien no debo pronunciar el nombre,
Con toda la vehemencia y la ternura
Que amor, sólo el amor, inspira al hombre.

—

»Y si quieres saber cuánto la amaba,
Recuerda, hija del alma, el tierno canto
Que trémulo mi labio te dictaba,
Y veces mil entrecortó mi llanto,

—

»Cuando describo la mujer primera,
Víctima ya de la serpiente astuta,
Que incita á Adan risueña y placentera
Para que coma la vedada fruta.

»¡Cuál se estremece Adan!— Llegó la hora
Que el ánimo le inunda de amargura
De abandonar á la mujer que adora
Ó renunciar á la eternal ventura.

—

»Y ni llega á dudar. No es que le mueva
De ser Dios el soberbio pensamiento,
Es que no quiere separarse de Eva,
Y así prorumpe con sentido acento:

—

«Sin tí la dicha, con tu amor la muerte.
»Te pierdo si á mi Dios sigo sumiso.
»No, no vacilo, partiré tu suerte.
»¡Qué fuera sin tu amor el Paraíso!»

—

»Y ese triunfo de amor nunca igualado,
Que no cantó más lira que la mia;
Ese amor, cuanto inmenso desgraciado,
Ese infinito amor yo lo sentia.—

—

»De mi cariño el consagrado nudo
Una mujer rompió.—¡Mujer siniestra!—
¿Qué importuna piedad tuvo el agudo
Hierro que alzó mi justiciera diestra?

—

»La angustia que de entónces me acompaña
Me seguirá lo que mi vida dure.
Heridas hay que el tiempo no restaña,
Ni bálsamo se encuentra que las cure.

»Se perdona la ofensa del extraño,
Y con la ofensa al ofensor se olvida;
Pero ¿quién borra el indeleble daño
Del desamor de la mujer querida!

V.

»Cuando sumido en mi afliccion estaba,
En el aire vibró clarin guerrero;
Desolada mi patria me llamaba,
Volé á su voz y fulminé el acero.

»Luchaban esforzados capitanes
En fratricida y obstinada guerra;
Fué otra lucha de dioses y titanes
Que conmovió los ejes de la tierra.

»Ensañadas las huestes combatian,
Y su nombre de hermanos olvidaban:
El *derecho* los unos defendian,
La *libertad* los otros proclamaban.

»Vístese el rey con la bruñida malla
Y á defender acude su corona,
Truécase el reino en campo de batalla,
Y un combate con otro se eslabona.

» Mas reducen al rey á cautiverio,
En cárcel su palacio se convierte;
Y miéntras llora su perdido imperio
El Parlamento le condena á muerte.....

—

» ¡ Ah! bien recuerdo su figura esbelta,
Su negro traje, su mirar severo,
Su adusta faz, su cabellera suelta
Y su paso pausado y altanero.

—

» Los que al cadalso á Cárlos conducian
Llevaban los sombreros en la mano:
Asustados esclavos parecian,
Pendientes de la voz de su tirano.

—

» Del tablado fatal subió las gradas
Con firme y desdeñoso continente,
Y clavando en el pueblo sus miradas,
Cruzó las manos y dobló la frente.

—

» Impenetrable máscara el semblante
Del verdugo de Cárlos encubria,
Y mirándole el Rey un breve instante,
Dijo con entereza y energía:

« La justicia que el rostro se recata
» Ha perdido la paz de la conciencia;
» Su cobardía y su maldad delata,
» Y en alta voz proclama mi inocencia. »

»Se inclina al tajo, con su diestro brazo
Da la señal de herir, y con presteza,
Exánime y sangrienta, de un hachazo.
Rueda sobre el cadalso su cabeza.

—

»Derrocada la patria dinastía
Del rey desventurado con la muerte,
Desbórdase rugiendo la anarquía,
La enfrena el *Protector* con mano fuerte.

—

»Seguí constante la segura huella
Del vencedor, indómito caudillo;
Deslumbró al universo de su estrella,
Jamás contraria, el victorioso brillo.

—

»Atónitos los pueblos admiraban
Su fiero ardor, su austeridad sombría;
Sus escuadras los mares fatigaban,
Y su ejército fiel siempre vencia.

—

»Él de la libertad ornó las sienes
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Y de su mando los fecundos bienes
Con letras de oro grabará la historia.

—

»Pero no bien á la insaciable tumba
De la presente edad baja el coloso,
Tiembla, se desmorona y se derrumba
Su alcázar con estruendo pavoroso.

»Y la nacion, que se juzgó salvada
Por la sangrienta mano del verdugo,
Hoy, de su libertad ya fatigada,
Se amarra dócil al antiguo yugo.

»Y tras de tanto sacrificio acerbo,
El derrocado trono restablece.—
El pueblo quiere ser déspota ó siervo;
Ama la libertad y la envilece;

»Mañana desatiende al que hoy escucha;
Al ídolo de ayer ora desprecia;
Goza en las emociones de la lucha;
Las ventajas del triunfo menosprecia.—

»¿Qué pensarás, monarca restaurado,
Del pueblo que á tus piés llega anhelante?
¿Qué dirás al oir alborozado
A tu arribo feliz salva triunfante?—

»¿Cuándo la voz del pueblo es voz del cielo?
¿Cuándo escarnece al rey y le destrona,
O cuándo, ardiendo en entusiasta anhelo,
Llama al hijo y le vuelve la corona?

»Soberano infeliz, Cárlos primero,
Si áun tu espíritu vaga por el mundo,
Mira de hinojos á tu pueblo fiero
Ante su nuevo rey Cárlos segundo.

VI.

»Tanta escena de horror y tanto crímen,
Tanta desolacion y estragos tantos,
Profundas huellas en mi pecho imprimen
Y hallan ecos terribles en mis cantos.

— —

»El eco que repiten las montañas
Con sonido doliente y prolongado
En sus abiertas cóncavas entrañas,
Es confuso, incompleto y apagado;

— —

»Pero el eco del alma no aminora,
Concento que repite lo engrandece,
Con nuevas vibraciones lo avalora,
Y con sentidas notas lo embellece.—

— —

»Pulso las cuerdas de la hebraica lira,
La tempestad flamígera me alumbra,
La sacra musa de Sïon me inspira,
Y á las regiones célicas me encumbra.

— —

»Y describo batallas estridentes
De grandeza sin par, de eterno duelo;
Que son el bien y el mal los combatientes,
Y el campo de batalla el mismo cielo.

»Trazo el hórrido golfo del averno,
De Satán la fatídica figura,
Su indomable altivez, su afan eterno
De vengarse de Dios y de su hechura.

—

»Vuela al Eden el pérfido enemigo,
Ve la mansion de bienandanza llena,
Y tiembla de furor. ¡Qué más castigo
Para el malvado que la dicha ajena!

—

»De fresca gruta en la apacible sombra
Contempla á los humanos moradores
Que, reclinados en la verde alfombra,
Hablan de sus dulcísimos amores.

—

»Ve que no por temor, que á Dios adora
Adan por gratitud. ¡Su dicha es tanta!
No es su oracion la que demanda y llora,
Es la oracion que glorifica y canta.

—

»De la envidia las olas de veneno,
De la venganza las airadas nubes,
Se agolpan y agigantan en el seno
Del que fué el luminar de los querubes,

—

»Y audaz emprende..... Mas, ¿á qué repito
El que en largas veladas te he dictado
Épico libro, por tu mano escrito,
Y en tu sencillo corazon grabado?

»Del Eden la tragedia misteriosa,
En que la fe resuelve el gran problema,
Llave de nuestra vida dolorosa,
Lego á la humanidad en mi poëma.

VII.

»¡Qué irrisoria del vate es la corona!
¿Qué importa que su cántico se admire,
Si con desden el mundo le abandona
Y de hambre en un rincon deja que espire?

—

»Pronto de pan mendigará un pedazo
Quien ostenta la délfica diadema;
Y ¡pagan al verdugo cada hachazo
Más de lo que me vale mi poëma!

—

»Si fuera el interes el móvil solo
Del calumniado corazon del hombre,
¿Quién en el templo del ingrato Apolo
Mármol buscára do grabar su nombre?

—

»Mas nuestro corazon responde y late
Á impulsos altos de divina esfera:
¿No marcha el héroe impávido al combate?
¿No va tranquilo el mártir á la hoguera?

»Nunca anhelé subir de la riqueza
Al palacio de techo artesonado,
Ni me placen el ocio y la pereza
Del torpe y sibarita potentado.

—

»Y fuera yo el mortal más venturoso
Si pudiera en Albion vivir tranquilo,
Y habitar, ni envidiado ni envidioso,
De la sóbria virtud en el asilo.

—

»Pero estar en contínuo desosiego
Y fatigando espíritu y materia,
Llegar á la vejez y hallarse ciego,
Fugitivo y sumido en la miseria,

—

»Anonada, enloquece. En mi demencia
Indigno y criminal me juzgo á veces
Cuando me hace apurar la Providencia
El cáliz del dolor hasta las heces

VIII.

»Hoy me destierra de los patrios lares
Implacable y cruel suerte enemiga,
Y en suelo extraño, allende de los mares,
Hogar y pan á mendigar me obliga.

»Verdes colinas, arroyuelos claros,
Prados amenos do jugué de niño,
Parece que en el punto de dejaros
Mi corazon os tiene más cariño.

—

»Tierra donde rodó mi humilde cuna,
¡Cuál me cuesta arrancarme de tus brazos!
¡Ojalá que propicia la fortuna
Junte á tus hijos en fraternos lazos!

»Adios, tierra natal, suelo querido,
Oye el postrer adios del vate ciego:
Tu desdeñosa ingratitud olvido
Y al Sér Supremo por tu dicha ruego.

IX.

»La reina del espacio, la sagrada
Ave de Jove, emblema de la guerra,
Que anida por las nubes circundada
En los montes más altos de la tierra,

—

»El águila que en yugo incontrastado
Á todo el reino de las aves tiene,
Y que cierne su vuelo sosegado
Sobre el Cáucaso, el Atlas y el Pirene,

»Si luengo tiempo prisionera gime,
Tras angustioso padecer sombrío
Mirando la cadena que le oprime,
Su cuna olvida y su arrogante brío.

—

»Y no sabe (sus fuerzas agotadas
En enervante y lánguido desmayo)
Cómo extender las alas enarcadas
Para volar á la region del rayo.

—

»Así se olvida el alma, de este suelo
Encadenada en la prision oscura,
Que más allá del estrellado velo
Se encuentra su region y su ventura.

—

»Y segun se prolonga la existencia,
Cual flor que se deshace hoja tras hoja,
De la paz, del amor, de la inocencia
Y hasta de la esperanza se despoja.

—

»Crece la vida y la desdicha crece,
Y se empieza á dudar si Dios es justo,
Viendo que la virtud ora y padece,
Y sube el vicio á tribunal augusto.

—

»¡Ah, cuántas veces el delito lleva
Del ínclito poder á la alta cumbre,
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre.

»Y hundidos en inerte desaliento,
No tenemos los míseros humanos
Ni á quién alzar el desmayado acento,
Ni á dó tender las suplicantes manos.

—

»Marchítase la fe, la duda brota,
Y va asolando cual hirviente lava;
Y hasta el anhelo del placer se agota,
Y hasta el instinto de vivir se acaba.

X.

»La condicion mortal de nuestra vida
Es el dón más precioso de la suerte.
No con temor imbécil me intimida,
Ántes con avidez llamo á la muerte.—

—

»Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!
Oyendo estoy tu congojoso aliento;
Lloras, sí, y es por mí..... tus penas calma,
Que más tu lloro que mis males siento.

—

»Comprendo bien tu queja lastimera,
Amor me prueba tu inocente llanto,
Y miéntras haya un alma que nos quiera,
La vida tiene objeto y tiene encanto.

»Quiero vivir, pero vivir contigo,
Y aprecio tanto tu filial ternura,
Que desdeño mis penas, si consigo
No darte por herencia mi amargura.

—

»Cuando cubra la tumba mis despojos,
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,
En el cristal de tus azules ojos
Con viva luz reflejará mi gloria.

—

»Eres, Débora, el aura de bonanza,
Que en primavera el manantial deshiela,
El ángel celestial de la esperanza
Que acompaña al dolor y le consuela.

—

»¡Te hará gemir el que te debe tanto!
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso!
Fueran tus penas mi mayor quebranto,
Sé tú feliz, y me verás dichoso.»

XI.

El bajel, de la orilla ya cercano,
Ancla y bota á la mar lancha ligera,
Que, encomendada á la robusta mano
De hábil remero, atraca á la ribera.

Entra en el bote el ciego desvalido,
Y Débora tras él rauda se lanza,
Boga la lancha al barco detenido
Y en instantes brevísimos le alcanza.

—

De nuevo el barco su derrota emprende
Dejando al rededor montes de espuma,
El seno de la mar ligero hiende
Y desparece entre la densa bruma.

XII.

Los que sabeis que el alma atribulada
Necesita de Dios en sus dolores,
Y no cerrais del corazon la entrada
De la ajena desdicha á los clamores.

—

Venid, venid á mí, y si os contrista
El lamentar del inspirado ciego,
A las alturas dirigid la vista
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

—

¡Que amanse su furor el Océano!
¡Que no se nuble la polar estrella!
¡Que Dios proteja al venerable anciano!
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!

—

EL DIA DE LUNA,

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EL DIA DE LUNA.

¡Oh misterio! Es la alta noche,
Y en su inmensidad augusta
No reinan ni el mudo sueño
Ni las tinieblas nocturnas.....

No viste, no, como suele,
Negras tocas de viuda
La tierra desamparada
Del muerto sol en la tumba.....
Ni orlada de adormideras
Inclina la frente mustia,
Con lágrimas de rocío
Llorando su desventura.
No el silencio la acompaña,
Testigo fiel de su angustia,
Velando para que nadie
Su hallada paz interrumpa.....
Ni el hermano de la muerte,
Miéntras piadoso la arrulla,
Soñados bienes le finge,
Con que sus males endulza.....

Es la alta noche, ¡oh misterio!
Y en su inmensidad augusta,
Despiertos cielos y tierra,
De amor y placer fulguran.



Insomne, bella, gozosa,
Naturaleza relumbra,
Como régia desposada
En la fiesta de sus nupcias.
Olas de argentado encaje
Doquier desata la luna,
Colmada y resplandeciente,
Ebria de amor y ventura.
Los rutilantes luceros
Y las estrellas innúmeras,
Como en extático eclipse,
Muestran su luz moribunda.....
Y del infinito espacio
Tras la bóveda cerúlea,
Móviles se trasparentan
Del Olimpo las columnas.

No: no es de noche en los cielos.....
Sus leyes trocó Natura,
Y el hemisferio asombrado
Contempla un *dia de luna.*



Tampoco es noche en la tierra.....
¿Qué importa que el sol no luzca?.....
¡Despiertos están los hijos
Del Amor ó de las Musas!
Despiertas están las aves,
Aunque en sus nidos ocultas,
Cantando como si el dia
Rayase ya en las alturas.
Despiertas están las flores
Que al sol siguen á la tumba,
Y aquellas que una mañana
(¡Sólo una mañana!) duran.
Despiertos están los céfiros,
Jugando con las más púdicas,
Y, entre una y otra lisonja,
El casto aroma les hurtan.
Despierto está el arroyuelo,
Que enamorado susurra
Al pié de altivas palmeras
Ó entre las fragantes juncias.....
Y despierta la cascada,
Que, desvalida en la altura,
Cual de otra peña de Léucades,
Sollozando se derrumba.
Despiertas están las vírgenes,
Las vírgenes andaluzas,
Pegaditas á la reja
Do de amor la ciencia estudian.....
Y despiertos los galanes,
Que no saben lo que juran,
Ó al són acordado cantan

De guitarras y bandurrias.

¡Oh misterio! Es la alta noche.
Y en su inmensidad augusta,
«*Amor*»..... suspira la tierra:
«*Amor*»..... el cielo murmura.



En tanto duermen los tristes
Que ya el amor no conturba,
Y aquellas infortunadas
Almas que no amaron nunca.
Los espíritus apáticos
Yacen en su paz estúpida:
El viejo en su frio lecho;
El niño en su mansa cuna.
Tambien duermen los dichosos
Que, bajo santa coyunda,
Del hondo rio del olvido
Cruzaron las hondas turbias.....
Duermen los *padres-tiranos*:
Duermen las madres adustas;
Duermen los sepultureros.....
¡Duerme la muerte sañuda!

¡Sí! la muerte está dormida;
Y abiertas se hallan las tumbas
De las que murieron jóvenes,
Ricas de amor y hermosura.
Como inmortales Julietas

Que de su destino triunfan,
Las amantes heroínas
Surgen de la fosa oscura.....
  Y, tan bellas como fueron,
Trocado el sudario en túnica,
Su trágica historia olvidan
Al resplandor de la luna.

*
* *

  Aquí un *Jardín* se descubre;
Allá un *Bosque* se columbra,
Y entre los dos un *Palacio*
Sus blancas líneas dibuja.
  Mágico hechizo doquiera
Filtra su delicia suma
Con los fulgores de plata
Que el diáfano ambiente inundan.
  De taza en taza de mármol
Besos amantes simula,
Al verterse de alta fuente,
Destrenzada el agua fúlgida.
  Las trémulas ramas fingen
Abrazos en la espesura,
Y entre las hojas se oyen
Conversaciones confusas.....
  Erguidas sobre sus tallos,
Las gayas flores ondulan,
Y hasta parece que andan,
Y que al andar se saludan.
  Severos troncos de árboles

Y marmóreas esculturas,
Inmóviles se vigilan,
Palpitando en la penumbra.....
Y, entre el murmurio suave
De hojas y de aguas, se escucha
Del ruiseñor arrobado
La tierna y amante música.



Un hombre, una sombra, un alma.....
Recorre con planta muda
El *Jardin de los Amores*,
Y frente al palacio cruza.
Detiénese allí anhelante,
Y en las ventanas oscuras
Fija una larga mirada
Llena de infinita angustia.—
¡Abiertas están y solas,
Como profanadas tumbas!.....—
Nadie mora en el alcázar.....
—«*¡Nadie!*»..... el Viajero pronuncia.



Un hondo suspiro lanza,
Y va á marchar..... cuando súbita
Iluminacion diabólica
Tras las ventanas relumbra;
Y fantástica aparece
Una sombra en cada una,

Repitiendo aquel suspiro
Con inefable tristura.



—«*¡Ellas son!* (dice el Viajero,
Llorando y las manos juntas)
¡Las mujeres de mi vida!.....
¡Las sombras de mi ventura!».....
Y el ruiseñor en su rama
Canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron.....*» y, sarcástico,
El viento responde:—«*¡Suyas!*».....



Como de retablo gótico
Las místicas esculturas,
En actitudes dramáticas,
Las hornacinas ocupan,
La fachada del *Palacio*
Ornan aquellas figuras,
Aunque jerárquicamente,
Segun su clase y alcurnia.

En el balcon principal
Hállanse las nueve *Musas*,
Primer amor de los hombres,
Hadas que mecen su cuna.

En las contiguas ventanas

Están sus hijas augustas,
Las trágicas *Heroínas*
De la amorosa ternura:
  Aquellas que los Poetas
Vistieron de eterna púrpura,
Destinándolas al culto
De las edades futuras:
  Las que les mostró la Historia;
Las que inventó su facundia;
Y aquellas que en su existencia
Ángeles fueron ó furias.

  Allí *Fedra*, *Dido*, *Safo*,
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
Y toda la antigua y clásica
Pléyade medio desnuda.

  Allí están *Elisa* y *Flérida* (1);
De Escocia la reina impura;
La *Julieta* de Verona
Y de Rímini la adúltera.
  Allí del genio romántico
Se ven todas las hechuras,
Con lágrimas engendradas,
Concebidas en la duda.
  Allí están del triste *Byron*
Las cien víctimas inultas,
Y la amada de *Espronceda*,

(1) Las de *Garcilaso*.

Y *Elvira*, amante y perjura (1).
Allí gime *Ines de Castro;*
Llora *Isabel de Segura;*
Reza la triste *Desdémona;*
Carlota calla y escucha (2).....
Y allí están *Lelia*, *Eloisa*,
Ofelia, *Leonora* (3), *Julia* (4),
Y la ideal *Dulcinea*
De *El de la Triste Figura.*

*
* *

Todas allí están, y todas
Ciñen blancas vestiduras,
Y al cielo elevan los ojos,
Que las lágrimas anublan.
Orlan su dulce semblante
Sus trenzas negras ó rubias,
Y en ademan de plegaria
Cruzan las manos ebúrneas.
Santas parecen..... (y acaso
Hubiéranlo sido algunas.....)
—Son las deidades profanas.
Son las románticas musas.—
Las Santas son de los Vates.....
El Arte lavó sus culpas,

(1) La de *Macías.*
(2) La de *Werther.*
(3) La del *Tasso.*
(4) La de *Rousseau.*

Y las ha canonizado
La bella Literatura!!!



¡Oh Apolo, señor del Pindo!
(Permitid que me interrumpa.)
¡Oh padre de los poetas!
¡No puedo más! ¡Dame ayuda!
¡Mantenme en el trono serio.
Y permite que concluya
Lo poco que ya me queda
Sin echar mi historia á burla!
¡Tú ves cuántas humoradas
Me retozan en la pluma,
Y á cada verso que escribo
Por escapárseme pugnan!
¡Tú ves, señor, que no puedo
Templar mi cascada guzla,
Ni llorar sin sonreirme,
Ni reir sin amargura!
¡Tú ves que á cantar en broma
Condenado estoy sin duda,
Y que me dan tentaciones
De escribir zarzuelas bufas!
Pero ya fuera una lástima
No acabar El Dia de luna
Con estilo circunspecto
Y entonacion gemebunda,
Siquiera por si entre todas
Mis lectoras hay alguna

Que apetezca saber cómo
Terminó aquella aventura.—
Atiende, señor y padre,
Atiende, pues, esta súplica,
Y sosten mi seriedad.....
Llevando tú la *battuta*.



A más de las nueve Diosas
Que el balcon de enmedio ilustran,
Y de las cien legendarias,
Amorosas Thaumaturgas
Que en el fróntis del *Palacio*
Ventanas de honor ocupan,
Trocándolo en paraninfo
De viviente arquitectura,
Vese (en esfera ya humilde,
Como es su mortal alcurnia),
Detras de las ámplias rejas
De estancias bajas y oscuras
(Cual apariencia fantástica
De espectantes andaluzas),
Otra blanca y misteriosa
Constelacion de Hermosuras.



Deidades ya no son éstas,
Del alto Olimpo oriundas,
Ni, de eterna fama ansiosas,

Heroínas insepultas.....
Mujeres nada más son,
Que de la muerte no triunfan,
Sino en la amante memoria
Del triste que las saluda.....
Mujeres que del Viajero
El corazon áun perfuman
Con los recuerdos lejanos
De las pasadas venturas.....
Las *Mujeres* de su vida;
De su juventud la suma;
Las flores de su existencia.....
¡Como su existencia mustias!.....

*
* *

Mas no entónces—que las mira
Resucitadas y fúlgidas,
Como en la feliz mañana
En que lució cada una.....
No entónces—que vuelve á verlas
Jóvenes, cándidas, puras,
Como en los dichosos dias
En que amor las hizo suyas.....

*
* *

Y, sin embargo, allí están
Las que no amarán ya nunca,
Las que el tiempo ha marchitado,
Las que holló la desventura:

Las que no existen, ó existen
De ajenos destinos súbditas;
Las monjas y las casadas,
Las locas y las difuntas.

Allí están las que á los cielos
Alzaron sus almas pulcras,
Restituyendo á la tierra
Incólume su hermosura.....
Y las que en áurea carroza
Al cielo y la tierra insultan,
Y al viejo esposo acarician.....
De un buen testamento en busca.

Allí están las que, magnánimas,
Sus ilusiones apuran,
Doblando sobre los libros
La frente llena de arrugas.....
Y las que su fe inmolaron
A una prosa vil é insulsa,
Con la cual se creen felices.....
Porque el vulgo así lo juzga.

Allí están las que sin nombre
Fueron á la sepultura,
Huéspedas de muchas almas,
No lloradas de ninguna.....
Y allí las que sucumbieron
Bajo el puñal de la duda,
Fieles amantes de un alma,
Lloradas luégo de muchas.

Allí está la que le dijo,
Con una mirada impúdica:
—«*Elévate hasta mis labios.....*»
Al que lo creyera injuria......
¡La misma que agora, impávida,
Lo desconoce y se encumbra.....
—Águila caudal que lleva
Un corazon en las uñas!

Y allí tambien está aquella
Inmortal, innata, única,
Que al amanecer del alma
El primer amor incuba,
Eva, del hombre congénita,
Que surge bella y fulgúrea
Del adolescente espíritu
Como Vénus de la espuma!

¡Sí, sí!..... Allí está la *primera*.....
Y á su lado la *segunda*.....
Y la *tercera*..... y la *cuarta*.....
Y todas..... hasta la *última*.....



(Amigo Apolo, esto es hecho:—
Me emancipo:—disimula:—
Estoy harto de fingir:—
Quiero mudar de postura.
Mi historia se está acabando.....
¡Deja que hable en prosa cruda,

Y que cuente el desenlace
Del modo que á mí me gusta!)

*
* *

..... Todas allí están, y el triste,
El mísero sin fortuna
Que el *Jardín de los Amores*
Solo y pensativo cruza,
Reconócelas á todas;
Sus caros nombres murmura;
—«*¡Héme aquí solo!*», les dice,
Y por su amor les pregunta.

*
* *

Inmóviles tras las rejas
Permanecen las figuras,
Como estatuas sepulcrales
Apoyadas en sus urnas.....

Y el ruiseñor en su rama
Canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron*»..... y, sarcástico,
El viento responde:—«*¡Suyas!*»

*
* *

En esto sonó las cuatro
El reloj de *Las Angustias*.....
(Pues la escena era en Granada,

Reinando Isabel Segunda.)
Oyóse el *Ave-María*
En la catedral vetusta,
Y dijeron:—« *Gratia plena* »
Los que hoy:—« *¡Viva la república!* »
Tras los montes del ocaso
Púsose entónces la luna,
Y el *Palacio* al mismo tiempo
Se volvió á quedar á oscuras.
Dispersáronse en el acto
Tantas vírgenes y adúlteras
Como acababan de estar
Por la vez primera juntas.....
—Juzgando yo que se irian
A su Parnaso las *Musas*,
Las *vivas* hácia sus casas,
Y á sus nichos las *difuntas*.



Lo que sé es que amaneció
Una mañana de lluvia,
Mañana tétrica, gris,
Parda, torva, negra, sucia,
Que parecia la noche
De aquella noche tan fúlgida,
O el dia que abrirá paso
Del mundo á la noche última.....
Y lo que sé es que el *Palacio*,
De faz renegrida y turbia,
Estaba solo y cerrado

Como una olvidada tumba.

*
* *

El Viajero, que era un hombre
Lleno de canas y arrugas,
Mas no viejo todavía
De una manera absoluta,
Alzó de la tierra el báculo,
La esclavina hizo capucha,
Y, saliendo del *Jardín*,
Del *Bosque* entró en la espesura.

*
* *

Me falta la *moraleja*,
Que es ésta:—El Dia de luna
Es la hora de los recuerdos
De una vida disoluta.
Y el Viajero solitario
Sufre la condena justa
Del *solteron* egoista
Que al dolor el cuerpo hurta;
Que de su parte de afanes
Llevar la carga rehusa,
Y se echa el alma á la espalda.....
Y sus hijos á la Inclusa.

*
* *

Cásate, pues, ¡oh lector!.....

Pero no en segundas nupcias.....
(Quiero decir que te cases,
Pero jamas con viuda.....)
Y si llegas á enviudar.....
O las hembras no te gustan,
Oye un segundo consejo:
¡En el momento hazte cura!

Madrid, 24 *de Junio de* 1873.

PRIMAVERALES,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

MI VALLE.—SANTO Y SANTA.—PRELUDIO.—FRUTOS ÁGRIOS.
SOMORROSTRO.—EL DOMINGO.
SANTA JULIANA Y SAN PEDRO.—TORNADA.

MI VALLE [1].

I.

Mi valle es de cuatro leguas
Y tiene diez mil hogares
Ocultos en apacibles
Bosquecillos de frutales;
Montes férreos le dan sombra,
Le arrullan azules mares,
Cuatro rios le fecundan,
Crúzanle infinitas naves;
Gozo y riqueza derraman
En él la industria y el arte,
No hay en él mano que huelgue
Ni garganta que no cante;
La vid cubre sus collados,

(1) Alúdese aquí al valle que se extiende desde Bilbao á Múzquiz. Este valle comprende las jurisdicciones de Begoña, Bilbao, Abando, Deusto, Baracaldo, Portugalete y los siete concejos del valle de Somorrostro, que son Santurce, Sestao, San Salvador del Valle, Ciérbana, Abanto, Santa Juliana y Múzquiz. Los cuatro rios que le bañan son el Ibaizábal ó Nervion, el Cadagua, el Galindo y el Somorrostro. Las montañas que le resguardan por el sur son las de Triano, de las que dijo el naturalista Plinio : «En la parte marítima de Cantabria, bañada por el Océano, hay un monte alto y quebrado, cuya abundancia de hierro es increible, como que todo él es de esta materia.»

Y sus vegas los cereales,
Flores y eterna verdura
Le dan perfume y esmalte,
Y tiene al pié de sus montes
Regacitos deleitables,
Donde la paz y la sombra,
Y el cántico de las aves
Y el arroyuelo y el césped
Lleno de flores fragantes,
Dicen en la primavera
Con dulcísimo lenguaje,
A los que piensan, que piensen,
Y á los que cantan, que canten.

II.

Tal es el valle en que tengo
Mi hogar y mis amistades,
Y mis esperanzas de hombre
Y mis recuerdos de infante.
Ramificacion de otro
Donde lloran los mortales,
No es en él todo delicias
Ni beatitud perdurable,
Que á veces ¡ay Dios! encuentro
Réprobos entre sus ángeles,
Espinas entre sus flores
Y entre su calma huracanes:
Pero tengo un rinconcito
Donde entónces refugiarme:

El rinconcito del alma,
Adonde no hay mal que alcance.
Desde el Llangon al Gangúren,
Y desde el Triano al Sarántes,
La primavera ha vestido
De luz y flores el valle!
Vamos, musa mia, vamos
Por esos campos y hogares
Llorando con los que lloren,
Cantando con los que canten,
Que brotan ya de mi alma
Canciones primaverales.

SANTO Y SANTA.

Á RAMONA DE LIZANA,

HIJA DEL MARQUÉS DE CASA-TORRE.

Tiene Yurre en corto espacio
Que fecunda la onda fria,
Una vieja ferrería,
Un molino y un palacio.
En el palacio no brilla
Ni mármol ni plata ni oro,
Pero brilla otro tesoro,
Que es una santa capilla,
Donde encontraban consuelo
Tus nobles progenitores
Levantando en sus dolores
Corazon y ojos al cielo,
Y ornando en toda estacion
A una efigie de madera
Con flores de la pradera
Y flores del corazon.
Quéjase la fe sencilla
De la campesina gente
De que un santo solamente

Haya en aquella capilla,
Y esta queja no me espanta,
Que aquella capilla bella
Sólo con que entres tú en ella,
Tendrá un santo y una santa.

PRELUDIO.

I.

—Madre, todas las noches
Junto á mis rejas
Canta un jóven llorando
Mi indiferencia:
«Quiéreme, niña,
Y al pié de los altares
Serás bendita.»
Esta dulce tonada
Tal poder tiene,
Que me pongo, al oirla,
Triste y alegre.
Dí, ¿por qué causa
Entristecen y alegran
Esas tonadas?

II.

—Hija, lo que las niñas
Como tú sienten
Cuando junto á sus rejas

A cantar vienen,
Es el preludio
Del poema más santo
Que hay en el mundo.
Tornada en santa madre
La vírgen pura,
Tristezas y alegrías
En ella turnan;
Y este poema
Es, niña, el que ha empezado
Junto á tus rejas!

FRUTOS ÁGRIOS [1].

I.

Yendo por la ribera
Del Ibaizábal
Pensando en tus desdichas,
Mi pobre patria,
Sin saber responderme,
Me preguntaba:
«¿Por qué ¡ay Dios! las naciones
Desventuradas
Que parecen más libres
Son más esclavas?»
Y seguia adelante,
Pasa que pasa,
Por campiñas y aldeas
Ensangrentadas,
Donde ya no se rie
Ni ya se canta
Desde que tiranuelos

(1) No se olvide, al leer estos versos y otros de la presente coleccion, que han sido escritos en la primavera de 1873, en que Vizcaya se veia afligida por la guerra civil.

Te despedazan
Y blasonas de libre,
Mi pobre España!

II.

Orilla del camino
Vi unas muchachas
Que de un parral cogian
Uvas doradas.
Brindáronme un racimo,
Tomé su dádiva,
Y hallé que eran las uvas
De aquellas parras
Lo mismo que el almíbar
Azucaradas.
«Planta que da este fruto,
Dije al gustarlas,
¿De qué manera vive?
¿Libre ó esclava?»
Y hácia el parral mirando,
Vi á toda planta
Con unos mimbrecillos
Que sin dañarla
No sé si sostenian
Ó sujetaban.

III.

Daba sombra al camino
Fresca enramada,

Donde libres é incultas
Se entrelazaban,
Cargadas de racimos,
Vides lozanas,
Entre cuyo ramaje
Revoloteaban
Pajaritos del cielo
Que el nido labran
Donde no tocan nunca
Manos humanas;
Y como viese ociosas
A las muchachas,
Por qué las parras libres
No vendimiaban,
Pregunté, y me dijeron:
«Porque las parras
Que fructifican libres,
Dan uvas ágrias.»

IV.

Libertad de mi vida,
Libertad santa
Que perdurablemente
Tienes un ara
En todas las conciencias
Rectas y honradas,
Léjos de profanarte
Con mis palabras,
Purificarte quiero
De infames manchas.

No eres tú la que invocan
Hoy en mi patria
Las inconscientes turbas
Desenfrenadas
Y las turbas conscientes
De sicofantas;
Que tú eres la que invocan
Las nobles almas
Que entre el cielo y la tierra
Lloran y cantan.

SOMORROSTRO [1].

I.

Somorrostro, Somorrostro,
¡Con cuánto placer arrostro
Lluvia ó sol canicular
A través de tu campiña,
Donde la mies y la viña
Remplazan al arbolar!
Y es natural que así sea,
Que ir camino de mi aldea
Es por tu campiña ir,
¡Y en este camino hay tantos
Recuerdos dulces y santos
Que conmigo han de morir!
Allá Seldortun asoma
Como una blanca paloma
En la falda del Llangon,
Y en nombre de Montellano.

(1) Para la mejor comprension de estos versos, conviene decir que el poeta nació en Montellano, una de las feligresias del concejo de Galdames, y que Seldortun es uno de los barrios de aquella feligresía, que se ve desde el concejo de Múzquiz.

Donde me hicieron cristiano,
Me envia una bendicion.
   Hácia la cañada honda,
Cuya perfumada fronda
Me deleitó en la niñez,
A mi saludo responde
Aquel santo templo, donde
Recé la primera vez!
   Velados de blancos tules,
Allá los mares azules
Que en calma ó en tempestad,
Desde la cumbre bravía
Contemplaba cada dia
Mi infantil curiosidad!
   ¡Y aquí donde mi pié yerra,
Ni un solo palmo de tierra
Que no encierre para mí
El recuerdo alegre ó triste
De algo amado que áun existe
O algo amado que perdí!

II.

   Mas tornemos, musa mia,
Y no sigamos la via
De mi primitivo hogar,
Que quizá desierto se halle,
Y sin salir de este valle
Hay harto para llorar!
   Cuando yo era niño, iba
Ese riachuelo arriba,

Y siempre sentia allí
Ansia de exhalar un canto,
Que ya estaba el gérmen santo
De la poesía en mí.
  Y los blancos torbellinos
Del agua de los molinos
Eran mi encanto mayor,
Porque su inquietud eterna
Era la imágen externa
De mi inquietud interior.
  ¡Cotórrio! veintidos años
Recorrí campos extraños
Y habité rica ciudad,
Y no dejó un solo dia
De volar el alma mia
A tu dulce soledad!
  Si aptas para los cantares
Hasta las almas vulgares
Puede lo hermoso volver,
Desde Fresnedo á Pucheta
¡Cuántas almas de poeta
Pudiera lo hermoso hacer!
  Allí, todo paz ahora,
Pronto la locomotora
Silbará con estridor;
Mas no tiembles, musa mia,
Que nunca á la poesía
Puede silbar el vapor.

EL DOMINGO.

¡Qué alegre es el domingo
Cuando el primer cantar
Canta en su campanario
La iglesia parroquial,
Y vestidos de fiesta
Todos á misa van
Por la olorosa linde
De la verde heredad,
Ó la florida estrada
Ó el viejo castañar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando cariño y pan
Al volver de la iglesia
Se encuentra en el hogar,
Ó bajito, bajito,
Que lo oiga Dios no más,
Se ha conseguido alguna
Promesa muy formal
De labios que parecen
Hechos para besar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando la mocedad

Al pié de los cerezos
No se harta de bailar,
Ni se harta de reir
Con loca ingenuidad,
Y los de edad madura,
Poquito más allá,
De conversar no se hartan
Ni se hartan de fumar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando escondiendo va
El sol tras el Janeo
Su hermoso luminar,
Y con sus santas lenguas
La iglesia parroquial,
Cuyo alto campanario
Domina al arbolar,
Dice á los feligreses:
«Rezad y descansad»!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando la voz leal
De la conciencia humana,
Que no miente jamas,
Dice á los campesinos
Que tornan á su hogar:
«Mañana es dia santo
Como el que espira ya,
Porque mañana es
Dia de trabajar!»

— — —

SANTA JULIANA Y SAN PEDRO[1].

I.

Há más de quinientos años
Un honrado caballero
De los que su amor dividen
Entre la patria y el cielo,
Contempló desde la cumbre
De dos collados gemelos
La muchedumbre de hogares
En su derredor dispersos.
Como edificar castillos
En los altos vericuetos
Era universal costumbre
De aquel belicoso tiempo,
—«El caballero de Abanto,
Decian los agoreros,
Va á edificar dos castillos
En lo alto de los dos cerros
Para que en el valle todos

(1) Las iglesias parroquiales de San Pedro y Santa Juliana de Abanto fueron fundadas la primera en 1240 y la segunda en 1260, por D. Fernando de Abanto, nieto de los condes de Ayala.

Vivan sumisos á ellos.»
Mas, contra estas predicciones,
Lo que hizo el buen caballero
Fué edificar en la cumbre
De cada collado un templo
Donde recibiesen culto
Santa Juliana y San Pedro.
Y cuando santa corona
Los dos collados tuvieron,
El buen caballero dijo:
—«Santos templos, santos templos,
Desde los verdes collados
Donde asentados os dejo,
Cantad cuando el pueblo cante,
Llorad cuando llore el pueblo.»

II.

Y desde entónces en busca
De esperanzas y consuelos
A aquellos santos collados
Suben los que las perdieron,
Y de gozo y esperanza
Sonrien al bajar de ellos.
Cuando á la patria alborozan
Victorias de sus ejércitos,
Cuando unen los corazones
Vínculos santos y eternos,
Cuando el pueblo conmemora
Santos, sabios y guerreros,
Cuando la tormenta ruge,

Cuando fulgura el incendio,
Cuando un natalicio alegra,
Cuando entristece un entierro,
En toda ocasion y en todo
Fausto ó infausto suceso
Que regocije ó contriste
Aquellos valles amenos,
Hace más de cinco siglos,
Santa Juliana y San Pedro,
Desde los verdes collados
Donde tienen trono excelso,
Con sus sonoras campanas
Cumplen el santo precepto
Del caballero de Abanto
Que duerme allí el sueño eterno,
Anuncian tristes ó alegres
Los regocijos y duelos,
Cantando si el pueblo canta,
Llorando si llora el pueblo.

TORNADA.

I.

Un cántico de amores,
De júbilo y de paz
Naturaleza entona
En monte, en valle, en mar,
Y un cántico de guerra
Y de rencor mortal
Que los hombres entonan
Resuena á su compas!
Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar,
Porque á buscar vinimos
Santa fraternidad,
Y luchas de Caínes
No sabemos cantar.
Mansos Abeles somos,
Y áun siéndolo, quizá
Los odios fratricidas
Allí nos buscarán:
Mas, bendiciendo nuestra
Mision de amor y paz,

Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar.

II.

¡Mira! A nuestra ventana
Se han asomado ya
Caras que ya sonrien
Porque nos ven tornar!
Dios cuyo *fiat* santo
Trueca en serenidad
Las fieras tempestades
En monte, en valle, en mar,
Trocará en amor mutuo
Y en mansedumbre y paz
La que en tu seno llevas,
¡Oh pobre humanidad!
Y cuando en nuestro valle
No haya una mano audaz
Que ose al símbolo santo
Que en Memerca está,
Entónces volverémos
Sus galas á cantar.
Miéntras tal dia llega,
Que acaso tardará,
Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar.

Bilbao, Mayo de 1873.

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA

POR DON ANTONIO HURTADO.

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

PRIMERA PARTE.

I.

Hace mucho que en Toledo
Vivió un don Juan de Acevedo,
Fuerte y duro como un toro,
Hombre que no tuvo miedo
A Dios, ni á diablo, ni á moro.
Era su delicia holgar,
Comer, beber, pasear,
Trabajar poco y dormir,
Dispuesto siempre á bailar,
Como á jugar y á reñir.
Viviendo en la judería
Por antojo estrafalario,
De un moro allí se reia,
Que pasaba todo el dia
Dando vueltas á un rosario.
Y murmuraba entre sí
Don Juan al mirarle así
Gastando tiempo y saliva:
—«¿Creerá este bruto que arriba

Ha de gozar más que aquí?
¿Creerá lograr las mujeres
Que le promete su Alá,
Tan ducho en dulces placeres?
¿Quién cree en eso? ¡Que si quieres!
¡Valiente necio será!»—
Y dando rienda á su risa
Estrepitosa y crujiente,
Se echaba á la calle aprisa,
Cuando en la iglesia de enfrente
Tocaban á decir misa.
No le llevaba en verdad
A la iglesia su piedad
Ni un pensamiento elevado,
Que iba á la misa impulsado
Por mera curiosidad.
Que en ella, con interes,
De otros contrastes en pos,
Observaba á un feligres,
Que era un hombre como dos
Y más cristiano que tres.
Y contemplándole ufano
Rezar mano sobre mano
Un dia tras otro dia,
—«¡Éste es tan necio, decia,
Como el santon mahometano!»—
Y luégo que se cansaba
De este recreo especial,
La vuelta á una casa daba,
Donde un químico buscaba
La piedra filosofal.

Mas viendo al fin, en conciencia,
Que el químico con su ciencia
No daba con la guarida
De aquella piedra perdida,
Base de toda existencia,
Rompiendo en un ¡voto á brios!
Que en Zocodover se oia
Como el eco de una tos,
—«¡Éste es tan necio, decia,
Como son los otros dos!»—
Y con alma echada atras,
Iba diciendo á compas,
Haciendo á todos reir:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

II.

Mas el diablo al cabo quiso
Que le oyera el mahometano,
Y airado, más que sumiso,
Le dijo:—«Perro cristiano,
¿No crees en el paraíso?
¿No crees que allí nos darán
Una hurí tras otra hurí?
—¿Pues no? repuso don Juan,
¡Puestas á enfriar están
En el cielo para tí!»
Y ante tal contestacion
Lanzó un bufido el santon

Mano echando á su gumía:
Don Juan con suma alegría
Sacó su enorme espadon.
Y sin chistar ni gruñir
Se pusieron á reñir
Con furia insana los dos,
Cayó el moro, y al morir
Murmuró: *¡Lo quiso Dios!*
Y al clamar ¡válgame Alá!
Don Juan dijo:—«¡Qué fortuna
Hoy Mahoma te dará!
¡Moro..... si hay moras allá,
Guárdame siquiera una!»—
Y con su eterno compas
Dijo al moro: «¡Aviado estás!»
Y añadió dando á reir:
«—Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

III.

Y para borrar su pista
A fuer de buen camorrista,
Por el adarve torció,
Y sereno se metió
En casa del alquimista.
Y al verle siempre en materia,
Don Juan preguntó con calma
Como un curioso de feria:
—«¿Qué tal va? ¿La cosa es séria?

¿Hay alma al fin, ó no hay alma?» —
Y el químico en grave són,
Como persona entendida,
Exclamó:—«¡Necia ilusion!
¡No hay alma, sólo es la vida
Materia puesta en accion!
»Cuando del calor la esencia
El vigor vital mantiene,
Hay vida y hay resistencia:
Cuando calor no se tiene
Se acaba toda existencia.
»Juego de tira y afloja
Es el que viste y despoja
El árbol de traje externo:
¿Qué arbusto tiene en invierno
Ni un mal resquicio de hoja?
»Luego si el traje exterior
Anuncia el vital vigor
Con que la inerte revive,
Harto claro se concibe
Que es vivir *tener calor.*
»Por el calor se condensa
La materia; y en su intensa
Actividad sin medida,
Imprime en el mundo vida
A lo que piensa y no piensa.
»Por la ley de la atraccion,
Sustancia y forma se adquiere,
Y ésta es la vida en accion;
Por la de la repulsion
Se pierde forma y se muere.

»Y esto de manera y modo,
Que cuando no es atraida
La materia á este acomodo,
Estando en *todo* la vida,
No hay *vida* en *nada;* eso es todo.»

IV.

Con gran suma de atencion
Estuvo esta relacion
Oyendo el buen Acevedo;
Mas siendo á su comprension
Algo confuso este enredo,
—«Esperadme aquí, exclamó;
Que averiguar quiero yo
Si eso que decis es cierto»:—
Salió, y á poco volvió
Llevando á cuestas al muerto.
»Y dejándolo caer,
Añadió:—«¡Por Barrabas,
Que hoy quiero probar y ver
Si esto de ser ó no ser
Está en el calor no más!—
»Con que empezad, por mi nombre;
Que habiendo lumbre encendida,
Hacer podeis que me asombre,
Dando calor á este hombre,
Ya que el calor es la vida.
»Con eso saber aquí
Podemos al par los dos,

Si este santon ó alfaquí
Ha visto la cara á Dios
Y ha encontrado alguna hurí.»—

V.

Miróle el químico adusto;
Pero viendo con disgusto,
En lo apretado del gesto,
Que estaba don Juan dispuesto
A ocasionarle un gran susto;
Con muy solícito afan,
Para evitarse un mal rato,
Ofreció asiento á don Juan,
Y dispuso un aparato
Casi igual al de Galvan.
Y sometiendo al difunto
A la eléctrica corriente,
Cuando todo estuvo en punto,
Dijo:—«Vamos al asunto
Y lo veréis claramente.—
»Aquí teneis el motor
De toda vida; el calor
Que da fuerza y movimiento:
El muerto en este momento
Va á recobrar su vigor.»—
Y, en efecto, á un dos por tres
Vió don Juan con interes
Que, sin embrollos livianos,
El muerto movió las manos
Y luégo movió los piés.

VI.

Y abrió un ojo, y abrió dos;
Y al verle alzarse derecho
De tal probatura en pos,
Don Juan, de asombro deshecho,
Dijo: — «¡Vivo está, por Dios! —
»¡Que empiece al momento á andar!»,
Añadió: — Y el muerto anduvo
Derecho y sin vacilar.
— «¡Que se pare!» — Y se detuvo
El muerto sin replicar.
«¡Voto á Dios, que es admirable!»,
Dijo don Juan: — «¡A fe mia,
Esto es casi espeluznable!...
¡Probemos más todavía!...
Si tiene vida, que hable.» —
Y osado cual siempre, así
Preguntó al moro: «Alfaquí,
Aquí para entre los dos:
¿Has encontrado una hurí?
¿Has visto la cara á Dios?» —
Y atento lo más que pudo,
Don Juan, con oido agudo,
Esperó entre ardiente y yerto;
Mas ¡que si quieres! El muerto
Le contestó como un mudo.

VII.

Y aunque don Juan repitió
Sus frases punto por punto,
El muerto no contestó,
Que obstinado se empeñó
En callar como un difunto.
Don Juan, retorciendo el gesto,
Un tanto cuanto indigesto,
Empezó á sentir sospechas,
Pues sin mirar á derechas,
Dijo al químico:—«¿Qué es esto?
»¿Hace esto solo el calor?...
¿Es ésta la fuerza inmensa
De lo que llamais motor?
¿Pues dónde está lo mejor?
¿Dónde está el *calor que piensa?*
»Ó me probais, voto á San,
Que ese moro de Satan
Hablar puede ahora conmigo,
Ó yo en vuestra cara os digo
Que sois un gran charlatan.
»Que á la materia el calor
Pueda infundir movimiento,
Eso está bien, sí señor;
Mas decir que sea motor,
Resorte del pensamiento,
Eso, voto á mi conciencia,
Exclamó don Juan con ira,
No cabe en mi inteligencia:

. . . .

. . . .

¿No alcanza á más vuestra ciencia?
¡Pues vuestra ciencia es mentira!
Y derribando de un zas
El eléctrico aparato
Y al nigromante detras,
Dijo:—«Vé á ver, mentecato,
Si una vez muerto *ves más.*»
Y fué tran breve y tan corta
Su accion y de tal fiereza,
Que, como quien maja almorta,
Don Juan contra una retorta
Partió al sabio la cabeza.
Y con el mismo compas
Con que entró volvió á salir,
Y dijo mirando atras:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

VIII.

Y, traspiés sobre traspiés,
Por la calle abajo echó;
Y al volverla de traves,
Casi de bruces se dió
Con su amigo el feligres.
Éste, pensando en lo eterno,
Con acento blando y tierno,
Dijo:—«¿A dó va, hermano mio?.....»

Y agreste, rudo y bravío
Don Juan contestó: *¡Al infierno!*
  A tan negra exclamacion,
Que acaso llegó al abismo,
Dijo el otro en grave són:
«¡Voy á acusarte ahora mismo
A la Santa Inquisicion!.....»
  Oyólo Don Juan..... y ¡zas!
Con la daga de reves
Le dió un golpe por detras,
Diciendo sin más ni más:
—«Pues señor, cero y van tres.»
  Aquí se acaba la historia
Y esa eterna pepitoria
Del mal y el eterno bien:
Ahora verán si hay Eden,
Si existe infierno ó hay gloria.
  ¡Yo apuesto, por Barrabas,
A que no viene jamas
Uno lo cierto á decir!
¡Claro..... se nace á morir!
Despues de muertos..... *¿qué más?*
  Y descreido sin tasa
Y con la conciencia rasa
Como un desierto aterido.
Se entró descuidado en casa,
Y á poco estaba dormido.

SEGUNDA PARTE.

I.

Y á cosa de una hora
Ántes de despuntar la blanca aurora,
Temblando de terror y sobresalto,
Don Juan el lecho abandonó de un salto.
De piés sobre el desnudo pavimento,
Transido de pavor, falto de aliento,
Ni á moverse siquiera se atrevia.
Nada en la densa oscuridad callada
Se pintaba ó se oia.
Escuchó atento, y..... ¡nada!
Todo en silencio al parecer dormia,
Que en tan fiero momento,
Sólo don Juan el vivo movimiento
De su espantado corazon sentia.
Vistióse con cautela,
Echó á andar por las sombras sin ruido,
Encendió una pajuela,
Y arrimándola al cabo de una vela,
Alumbró su aposento ennegrecido.
Miró, buscó, indagó..... ¡Cautela vana!
Abrió luégo el cristal de su ventana,
Miró al lejano monte,
Y viendo que aún la luz de la mañana
No borraba el horror del horizonte,
Ante una mesa se sentó callado

Lacio el cabello de sudor bañado,
Y con vaga mirada,
Miraba á todas partes sin ver nada.
¿Qué pasó por su ruda inteligencia?
¿Qué luz rompió la bruma
De su oscura conciencia?
¿Quién lo puede saber? Tomó una pluma
Y escribió con extrema diligencia
Este relato, que de espanto abruma,
Monólogo ulterior de su existencia.

II.

¿Estoy muerto? ¿Estoy vivo?
¡No lo sé, no lo sé!..... Nada concibo
De cuanto pasa aquí; yo estoy despierto,
Y allá en mi lecho con horror percibo
Que estoy tendido, ¡inanimado..... muerto!.....
¿Soñaré? No estoy cierto:
Ántes de despertarme, mucho ántes,
Mis atónitos ojos
Han descubierto por el cielo errantes
Las sombras palpitantes
De los que ayer mataron mis enojos.
Sus lívidos despojos
Han hallado piedad sobre la tierra:
Una tumba los cierra,
Y por ellos imploran
Los que esperan en Dios y creen y oran!.....
Ellos tranquilos van por la campaña

De luz y de cristal; los acompaña
Un ángel del Señor, que en una nube
De grana y oro por el cielo sube.
¿Adónde van?..... Un cielo y otro, y otro,
Se rasgan al pasar. ¡Cuánto hemisferio
Descubro en su ascension! ¡Cuánto misterio
Se revela ante mí!..... ¡Dios soberano!.....
¡Era un hombre de bien el Mahometano!.....
¡En Dios santo creia!.....
¡Sus bienes con el pobre repartia,
Amaba la indigencia,
Y ciego observador de su creencia,
A sus leyes sujeto,
Daba á su Alá, que es Dios, santo respeto!.....
¡Oh torpe ceguedad..... rencor insano!
Yo maté á ese santon, y ¡era mi hermano!
¿Y el químico?..... ¡Tampoco
Era un sér criminal! ¡No estaba loco,
Áun faltándole fe! Dado á la ciencia,
Estudiar y pensar era su sino;
¡Pensar, buscar camino
Para encontrar á Dios más prontamente!
¡Oh qué hermoso destino!
¡Activar la razon inteligente!
¡Estimular al pensamiento humano
Para hallar la verdad!..... ¡Tender la mano
Al que ciego y sin guia,
Entregado á sí mismo,
Va caminando por la oscura via
Que conduce á los bordes del abismo!.....
¡Y tambien lo maté!..... ¡Yo, que en la eterna

Noche de la ignorancia sumergido,
Hubiera conocido
La ley que al mundo material gobierna!.....
Quien á un sabio, Señor, quita la vida,
¿No debe apellidarse parricida?.....
¿Y el pobre feligres? ¡Sér sin historia,
Que buscaba el camino de la gloria
En la fe de Jesus! Él, que al trabajo,
Humilde y cabizbajo,
Con alegre piedad se resignaba!.....
¡Él, que oraba y oraba,
Y esperaba y creia
Que en el cielo hallaria
Los bienes que esta vida le negaba!
¡Oh Dios, de horror me espanto!
Quien mata al que en tí cree, ¿no mata á un santo?
Mas ¡ah!—¿Qué es lo que veo?
¡Vuelven á mí los tres! Culpable y reo
Me confieso, Señor; yo, ciego y vano,
Tu existencia negué: ahora tu mano
Empuja á mí las víctimas sangrientas
De mi ciego furor.—¿Qué es lo que intentas?
¡Sepáralos de mí! ¡Yerto de frio
Me siento fallecer!... ¡En torno mio
Se agrupan, me despojan
De mi traje carnal; mudos me arrojan
A una tumba sin luz: atada el alma
Al pié de mis despojos,
Va á presenciar con espantosa calma
Penetrar los gusanos por mis ojos,
Y ¡ay! en mi propia podredumbre presos,

Comer mi carne y horadar mis huesos!
¿Hay infierno mayor? ¡Piedad, Dios santo! —
¿Por qué afligirme tanto?
¡No me castigues con tan dura suerte!
¡Dame sólo el silencio de la muerte!
—¿No hay quien rece por mí? ¿No habrá quien pida
Clemencia para un pobre condenado?...
¡Justo!... ¡Yo, infame, os arranqué la vida!
¡Tampoco por vosotros he rezado!
¿A quién puedo pedir?... ¿Llorais de pena?
¡Ay hermanos!.... ¡Romped esta cadena
Que me tiene ligado,
Y á ver mi podredumbre me condena!...
¿Orais?... ¡Que os premie Dios!—¡Él os bendiga!
¡Rezad con voz amiga!...
¡Orad con vivo anhelo!
¡Haced que llegue vuestra voz al cielo!...

III.

Callad, ya retira
De mí sus enojos
El Dios de los cielos, que juzga sin ira.
Ya torna sus ojos;
Benigno me mira:
Ya en calma reposan mis tristes despojos:
¡Ya el alma suspira,
Ya siento más flojos
Los lazos que hacian más fiera mi muerte!
¡Ya cambia mi suerte!

Ya hiende el vacío,
Cual blando rocío,
Un ángel de gloria, que en dulce embeleso
Me busca, me llama,
Me da un tierno beso;
¡Qué aromas derrama!
¿No ois? ¡Me bendice!
Se inclina á mi oido;
Mas ¿qué es lo que dice?...
¡Renacer!... ¡revivir! ¡Ir á la hondura
De la vida carnal!... ¡me da pavura!
¡Volver á los dolores
Cuando en lecho de flores
Se ha convertido ya mi sepultura!
¡Ah, sentencia expiatoria!
¡Vuelvo á la tierra á conquistar la gloria!
¡Tomar de nuevo el fardo
Del supremo dolor!... ¡Ir á otra muerte!...
¡Oh! ¿qué importa, Señor? tu ley aguardo,
Mi redencion está en obedecerte.
¡Yo emprenderé de nuevo mi camino
Errante y peregrino:
Yo tomaré á mi cargo la existencia
De esos tres! — En penosa penitencia
Naceré en pobre hogar, seré creyente,
Agotaré en pensar mi inteligencia,
Y desvalido, triste é indigente,
Visitaré tu templo,
Y en misterio profundo,
Será mi nueva vida por el mundo
De tu santa humildad callado ejemplo. —

—¿Aceptas?—¿Qué espantoso torbellino
Me arrebata, Señor?... ¿Dónde me llevas?
¿Es que empiezan mis pruebas?
¿Es que voy de camino?
¡Ah, sí, lo conozco; en mi memoria
Se va borrando ya la horrible historia
De mi pasado sér!... Sí, ya desciendo;
Desciendo... ya estoy viendo
El antro pavoroso á que impelida
Va de nuevo mi vida!
¡Ay hermanos!... orad: dentro de poco
Entraré en ese foco
De opacidad inerte,
Que es mansion del dolor y de la muerte.
¡No abandoneis mis huellas!
¡Ya dejo atras los cielos, las estrellas!...
¡Bajo!... ¡bajo!... ¡Qué miedo!...
¡Qué densa oscuridad!... ¡no bajo!... ¡ruedo!...
¡Ruedo!... caí!... caí!. . . . .

IV.

. . . . Y aquí su historia
Dejó sin concluir el de Acevedo.—
A su entreabierta y parda celosía
Llamó la luz del dia:
Penetró hasta su cama
Su resplandor incierto,
Y allí, del sol la fulgurante llama
No despertó á don Juan, alumbró á un muerto.

DEL Excmo. SEÑOR

DUQUE DE RIVAS.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

Á MI ESPOSA.—AL SEÑOR D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.—Á DIDO ABANDONADA.
EPÍSTOLA.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

El Duque de Rivas no incluyó en la coleccion de sus *Obras completas* sino una sola de las poesías íntimas y familiares que compuso, desdeñando las demas, sin duda como obras poco literarias, escritas con ligereza y desaliño, en momentos de amistoso esparcimiento y alegre desenfado. Nosotros nos complacemos en publicar aquí algunas de ellas, porque las consideramos como curiosidades de historia literaria de alto valor, por emanar de pluma tan ilustre y autorizada. El Duque de Rivas escribia en verso con más facilidad que otros escriben en prosa, y en aquellas juguetonas poesías, que él juzgaba desaliñadas, rebosan siempre la pureza del hablista, la soltura y galas del gran versificador y el agudo ingenio del poeta.

A MI ESPOSA,

PRESENTÁNDOLE UN RAMILLETE, UN ALCARTAZ DE DULCES Y UNA HEBILLA DE ORO (1).

Décima.

Flores, azúcares, oro,
Te presento como emblemas
De calidades supremas
Que en tí, amada esposa, adoro.
El oro pinta el tesoro
De tu bondad y alma pura;
Los confites, la dulzura

(1) Cuando el autor escribió esta décima, se hallaba emigrado en Malta.

De tu amable condicion,
Y las bellas flores son
Símbolo de tu hermosura.
(*Marzo de* 1827.)

AL SR. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA,

QUE LE PEDIA VERSOS PARA EL ALBUM DE SU HIJA (1).

Si hoy á la voz de la amistad no cedo,
Es porque el peso de la edad me abruma:
Perdona mi silencio; ya no puedo
Mover el pensamiento ni la pluma.

A DIDO ABANDONADA (2).

SONETO.

Más bella que la flor del *Tamarindo*
(Ántes que se inventára el *almanaque*),
Luciste ¡oh Reina! tu gallardo *empaque*,
Que tanto ha dado que decir al *Pindo*.

(1) Cuando el Duque de Rivas escribió estos cuatro versos, se hallaba completamente postrado, y ya muy cercano al término de su vida. Son los últimos que salieron de su lozana y poética fantasía.

(2) Este soneto, escrito, como se ve, con *piés forzados*, demuestra la soltura y el ingenio con que el Duque de Rivas sabia vencer las dificultades del pensamiento. Fué improvisado en Paris en una reunion íntima á que asistian Martinez de la Rosa, Alcalá Galiano, D. Joaquin María Ferrer y otros emigrados ilustres. El asunto era forzado, como los consonantes. Los concurrentes se esmeraron en buscar consonantes, como *almanaque* y *abalorio*, que estuviesen en discordancia con la época y el asunto.

Si sólo de pensar en tí me *rindo*,
¿Qué es de extrañar que el otro *badulaque*,
Que huyó con tiempo del troyano *ataque*,
Quedase, al verte, convertido en *guindo?*
¡Ay! su pasion fué tiro de *escopeta*,
Que te hundió en sempiterno *purgatorio*,
Gozándote y huyendo con vil *treta*.
Fué falsa su pasion como *abalorio*,
Niño impotente el que juzgaste *atleta*,
Y tu tálamo lecho *mortüorio*.

EPÍSTOLA.

Para comprender esta epístola es forzoso dar préviamente alguna explicacion del asunto.

Habia mantenido el Duque de Rivas, durante muchos años, con su hermano político el Sr. D. L. A. de Cueto, hallándose ambos en diferentes misiones diplomáticas, una correspondencia en verso, escrita sin aquellos esmeros y atildamientos que requiere cuanto se destina á la estampa. De esta correspondencia publicó el Duque una sola epístola en sus *Obras completas*. La presente epístola pertenece á la misma correspondencia. Hé aquí el asunto:

Cual suele acontecer en los parajes donde se llega con ánimo muy favorablemente prevenido por fantásticas ilusiones, no recibió el Duque de Rivas, al abordar á Nápoles, aquella sensacion de admiracion y de embeleso que él, en sus cavilaciones de poeta, iba forjando en la navegacion. En balde, al entrar en el mágico golfo, se presentaron á su vista tantas grandezas de la naturaleza y á su memoria tantos espléndidos recuerdos. Ni la poética isla de Capri, *llave del golfo*, ni la *corona del Vesubio*, ni el *mar de las Sirenas*, ni las lomas del Vómero y de Posílipo, el *monte de las Flores*, ni las risueñas laderas de Sorrento y Castelamare, ni el aspecto de la veneranda Parténope, á la cual vió más adelante

Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda,

nada bastó á despertar el entusiasmo del poeta. Todo le pareció y insulso descolorido.

Esta triste impresion, este repentino desencanto nació únicamente de la circunstancia de que al llegar el Duque á Nápoles la estacion era lluviosa y fria, y el cielo estaba sombrío y encapotado. No hay que maravillarse: ésa suele ser la índole del verdadero poeta. La ilusion pende de un cabello, y ese espíritu móvil y antojadizo, que todo lo extrema y hace ver las cosas segun la impresion casual del momento, es achaque inherente á la facultad de emocion viva y poderosa, que en almas poéticas es fuente de la creacion y del entusiasmo.

Trascurren algunos meses, y el cuadro sombrío se convierte en cuadro encantador. Recobra la naturaleza su hechizo, la sociedad docta ó aristocrática le halaga y le festeja, la vida culta y sibarítica le recrea, y olvida el poeta la primera impresion. Con risueños colores pinta entónces á Nápoles en otra de las epístolas familiares. En contestacion á esta última, y con el fin de ponerle en apuro y provocar una réplica festiva, hizo notar al Duque, su hermano político, la volubilidad de impresiones de quien en tan breve espacio juzgaba á Nápoles, con igual calor, ya una ciudad insípida y prosaica, ya el emporio de las artes y de los placeres. Defiéndese entónces el Duque con su habitual despejo y donaire, y con la ingeniosa dialéctica del poeta, que siente porque siente, y no necesita darse lógica cuenta de su desaliento ó su entusiasmo ni de su poética inconsecuencia.

Ahora es fácil comprender el espíritu ameno y chistoso que campea en la siguiente carta, escrita al correr de la pluma.

Nápoles, 28 *de Diciembre de* 1845.

Son preciosos, Leopoldo, tus tercetos,
Y aunque de estilo clásico y profundo,
Fáciles, numerosos y discretos.
Mas como en ellos, á la faz del mundo,
De ser mudable en parecer me acusas,
Y de que el bien y el mal trueco y confundo,
Quiero, si su favor me dan las Musas,
Al uno y otro cargo responderte,
Pues contra mí de tu talento abusas.
No es extraño que pueda parecerte
Contradiccion en quien te dijo un dia
Que era el vivir aquí terrible suerte,

Escuchar ahora elogios á porfía,
Y decirte que es Nápoles la bella
La mansion del placer y la alegría.
Mas no hay contradiccion. Yo formé aquella
Opinion inexacta en el momento
Que en estas playas estampé la huella.
Con mar entumecido y duro viento,
Y tras de noche horrenda y desastrosa,
Aporté á estas regiones descontento.
Era del año la estacion pluviosa,
Turbia niebla el paisaje me ocultaba,
La tierra estaba sin color, medrosa;
La ciudad como muerta, y circulaba
En sus calles, de fango inmundo llenas,
La turba humilde á quien la lluvia lava.
Entré en una gran fonda, donde, apénas
Puse el pié, me asaltaron mil hambrones,
Aguinaldos pidiéndome y estrenas.
Siguió el tiempo de oscuros nubarrones,
Y me di á las visitas de etiqueta,
Plaga de diplomáticas funciones.
Descuidando la lira y la paleta,
Me daba de cabeza en las esquinas,
Y de enojo llevábame pateta.
Entré en la sociedad; hallé mohinas
A las damas, por más que fuesen soles
Y se adornáran de maneras finas.
Luché con una lengua que á españoles
Ignorantes tan fácil les parece,
Y que tiene, te juro, tres bemoles.
El famoso teatro, que merece

De Europa con razon la primacía,
Por el encanto artístico que ofrece,
  Cerrado á piedra y lodo se veia,
Porque, de nuestra infanta con la muerte,
La córte luto funeral vestia.
  Duraba el temporal sañudo y fuerte,
Y con él los más bellos monumentos
No pueden agradarte y sorprenderte.
  Ni es posible con lluvias y con vientos
De estas playas gozar, de estos verjeles,
Ni visitar iglesias ni conventos.
  Envuelto entre tartanes y entre pieles,
Algunas horas paseaba en coche,
Que no eran en verdad ménos crüeles;
  Y á las ocho ó las nueve de la noche
Me iba á la cama, á que el imbécil sueño
Cerrára de mis párpados el broche.
  ¿Pudiera parecerme, di, halagüeño
Semejante país, del cual traia
Un juicio tan feliz y tan risueño?.....
  Y mi opinion sobre él, por vida mia,
Se fundaba en Cervántes, en Moreto
Y en los contemporáneos de valía.
  Aquél, entre discretos tan discreto,
Gloria de España, ingenio sin segundo,
Dedicó á esta ciudad más de un soneto;
  Y en su inmortal *Quijote*, en que fecundo
Su rica vena eternizó, la llama
La ciudad más alegre de este mundo.
  Pues el otro, que logra tanta fama
Y tanto lauro en la española escena,

Donde áun su nombre nuestro pueblo aclama,
  A cada paso de piropos llena
A Nápoles, y en ella á sus galanes
Entre floridos lazos encadena.
  Y si vamos más léjos, voto á Sanes,
Recuerda á autores griegos y latinos,
Pues diste culto á sus ilustres manes.
  Verás que eran los mares peregrinos
De las sirenas éstos; que el sesudo
Annibal hizo en Capua desatinos;
  Y que, de Roma huyendo el clima rudo,
De Ciceron, Salustio, Horacio y Nero
La mansion del placer ser ésta pudo.
  Escuchando despues tanto viajero,
Que en realzar lo que vió siempre se afana,
Era esto lo mejor del mundo entero.
  Yo por sus relaciones (que engalana
La imaginacion siempre) me creia
Hallarme el paraíso y la manzana;
  Que nunca en esta tierra se ponia
El rubicundo sol; que el cano invierno
Sus rigores en ella no ejercia;
  Que era en los prados el verdor eterno;
Que las flores jamas se marchitaban;
Que la abundancia aquí llenaba el cuerno;
  Que mágicas beldades paseaban
Por plazas y jardines; que poetas
Con dulce lira al viajador brindaban;
  Que hasta los que en harapos y en calcetas
Cruzan por estas calles, *lazarones*,
Tocaban bandolin y castañetas.

Y tantas esperanzas é ilusiones
Viendo desparecer, quedé, te juro,
En un mar de tristeza y confusiones;
Y con color tan tétrico y oscuro
Te pinté el negro cuadro de este suelo,
De siniestra impresion so el cetro rudo.....
Vino despues la primavera: el cielo,
Antes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo;
Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.
Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques vi de naranjos y jazmines;
De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lenguaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.
Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas; sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco
Puede un anciano verde alzar la nuca,
Y logré que dijeran muchas bellas:
¡Quanto è simpaticone questo Duca!!
Pinté con dicha los retratos de ellas;
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y vime encaramado á las estrellas.
He encontrado tambien hombres diversos,
De ciencia, erudicion, buen gusto y fama,
En esta grata sociedad dispersos.
Un célebre escritor hay que se llama

Blanch (1), y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama;
  Y un tal *Campagna*, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Segun su claro ingenio resplandece.
  Éstos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.
  Cada dia se aumentan y maduran
Aquí mis conexiones. Mis colegas
Conmigo obsequios y *champagne* apuran.
  Aquí hay vestigios de las artes griegas,
Y á su estudio, del gusto eterna fuente,
Tambien con fruto y con placer te entregas.....
  Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinion primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente;
  Ántes me honra en verdad sobremanera
El escribir segun mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinion cualquiera.
  Así deben hacerlo los varones
Imparciales é ingenuos, y se dice
Que es de sabios mudar las opiniones.....
  Juzgo que á tus reparos satisfice,
Y que son mis pecados muy veniales,
Pues si me he contradicho, muy bien hice.....
  En tanto he recibido dos quintales
De diplomas de cuerpos diferentes,
Que del saber de Italia son puntales;

(1) Luigi Blanch.

Pues cuantos hay despues de las vertientes
De los fragosos Alpes hasta el cabo
Do Polifemo ejercitó los dientes,
Grátis, y sin que expenda ni un ochavo,
Académico suyo me pregonan,
Porque en Castalia mis pañales lavo.
Mas con lo que mis dichas se coronan,
Es hoy con verme senador de España,
Como varios periódicos lo abonan.
Pues será para mí grande cucaña,
Conservando este puesto alto y honroso (1),
Las tierras ver que Manzanáres baña;
Asistir por dos meses al fogoso
Parlamento, charlar en él un rato;
Irme despues al Bétis delicioso;
Allí, de la familia el dulce fuego,
Las prendas de mi amor y mi conato
En mi seno estrechar, y luégo, luégo,
Regresar á este eden tranquilo y grato.

---

(1) El Duque de Rivas era á la sazon embajador de España en la córte de las Dos Sicilias.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

DEL SR. D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

DE LARMIG (*pseudónimo*).

DEL SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

DEL SR. D. ANTONIO DE TRUEBA.

DEL SR. D. ANTONIO HURTADO.

DEL SR. DUQUE DE RIVAS.

FIN DEL ÍNDICE.

445

AÑO XXXIII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS,

INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA.

Sale á luz los dias **6**, **14**, **22** y **30** de cada mes, y cada año forma un hermoso volúmen de unas **1.200** columnas gran fólio, de escogida lectura, conteniendo sobre **3.500** grabados de las más recientes modas y labores propias de señoras; — **48** figurines grabados en acero é iluminados con colores finos; — dibujos de tapicería; — **24** grandes patrones tamaño natural, con más de **600** modelos de vestidos, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán algunas veces con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptacion han tenido en el presente año; — algunas piezas de música; — **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM** digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **60** tomos en 8.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.			PROVINCIAS.			ANTILLAS.			REPÚBLICAS AMERICANAS.		
1 año. .	PESETAS	37,50	1 año.	PESETAS	40,00	1 año. . .	$	12	1 año. . . .	$	15
6 meses.	»	19,00	6 meses.	»	20,00	6 meses. .	$	7	6 meses. .	$	8
3 meses.	»	10,00	3 meses.	»	10,00	3 meses. .	$	4	3 meses. .	$	5

Se hacen ademas, para las clases ménos acomodadas, tres ediciones, cuyos precios son **6**, **8** y **12** reales vellon al mes.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con el aumento de 15 por 100, por exceso de portes.

DIRECTOR PROPIETARIO: D. ABELARDO DE CARLOS.

REGALO.

Las señoras que hagan su abono anticipado por un año á la primera edicion de lujo recibirán en el acto el elegante

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL,

que contiene composiciones de los Sres. Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Palacio, Calcaño, Bustillo, Arnao, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas, cuyos nombres son el más justificado elogio que se puede hacer de la obra, la cual consta de un tomo casi fólio, con más de **400** páginas de selecta impresion y en excelente papel.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Esta notable publicacion pertenece á la misma Empresa que **La Moda Elegante**, y aparecen en sus páginas cuantos acontecimientos importantes ocurren en el mundo.— Se envia un número de muestra grátis á quien lo solicita.

Administracion: Carretas, 12, principal, Madrid.